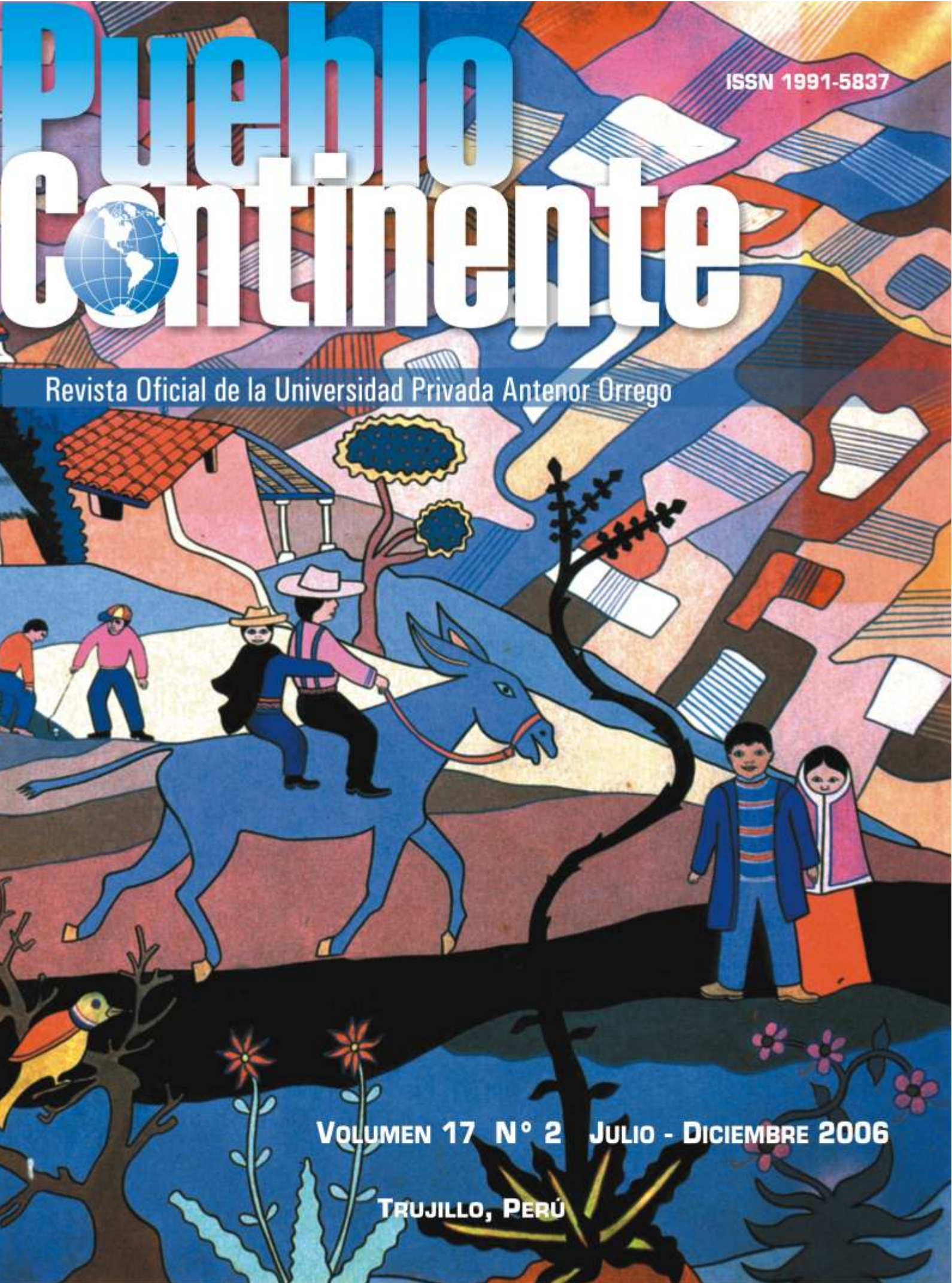
Pueblo Continente

ISSN 1991-5837

Revista Oficial de la Universidad Privada Antenor Orrego



VOLUMEN 17 N° 2 JULIO - DICIEMBRE 2006

TRUJILLO, PERÚ

Pueblo Continente

ISSN 1991-5837
Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú Nº 2006-8214

Revista Oficial de la Universidad Privada Antenor Orrego

Volumen 17 N° 2 Julio-Diciembre 2006

AUTORIDADES UNIVERSITARIAS

RECTOR

Dr. Guillermo Guerra Cruz

VICERRECTOR ACADÉMICO

Dr. Víctor Raúl Lozano Ibáñez

VICERRECTOR ADMINISTRATIVO

Ms. Julio Chang Lam

TÍTULO ABREVIADO

Pueblo cont.

DIRECTOR

Dr. Saniel Lozano Alvarado

EDITOR

Dr. Fernando Rodríguez Avalos

COMITÉ EDITORIAL

Dr. César Adolfo Alva Lescano
Mg. Walter Obeso Terrones
Mg. José Cépeda Ruiz

PRE PRENSA

Ediciones Carolina

DIRECCIÓN

UNIVERSIDAD PRIVADA ANTENOR ORREGO
Av. América Sur Nº 3145,
Urb. Monserrate, Trujillo, Perú,
Teléfono: 51-44-604447,
Telefax: 51-44-282900,
E-mail: postmaster@upao.edu.pe
http://www.upao.edu.pe

Nombre anterior: ANTENOR ORREGO.

Publicación semestral de distribución gratuita.
Revista indexada en el Latindex.

© Universidad Privada Antenor Orrego

La Universidad autoriza la reproducción de los trabajos de este número, siempre que se identifique su procedencia.

Cubierta: Almanaque 1989 de Lluvia Editores.
Ilustraciones en páginas de sección: Acuarelas de Martínez de Compagnon.
Dibujos páginas interiores: Mitografía Mochica de Enrique Vergara Montero y Manuel Sánchez Vera.

Los artículos que aparecen firmados en esta revista expresan las opiniones personales de sus autores y no las de la Universidad Privada Antenor Orrego.

"Yndios segando en minga", acuarela de Martínez de Compagnon

Sección dedicada a la difusión de las ideas y del pensamiento del patrono espiritual e intelectual de la universidad. También se incluirán trabajos de análisis, critica, interpretación y valoración de la obra del ilustre filosofo y educador, por lo que invitamos a los autores para que nos remitan sus trabajos para su publicación en esta sección.

PUEBLO CONTINENTE (I)
Ensayos para una interpretación de la América Latina

Primera Sección
EL BIO-METABOLISMO SIQUICO DEL CONTINENTE

1º LAS DOS CORRIENTES SIQUICAS COMPLEMENTARIAS

I
LA CONVERGENCIA DE LOS CAMINOS

La historia nos enseña, con múltiples ejemplos, que cuando nace un nuevo pueblo a la vida de la cultura y, por lo tanto, a la vida de la historia, hay una colisión, en los estratos iniciales de dos o más pueblos, de dos o más culturas, de dos o más espíritus colectivos. Es ley de la historia que los pueblos se fecunden unos a otros y que, solamente, chocándose y fundiéndose puedan engendrar una continuidad y una superación biológicas. Cuando el cuerpo de una nación , la forma material y tangible a través de la cual se expresa un aspecto del espíritu universal no se halla ya en condiciones de ser un instrumento maleable y flexible a las nuevas exigencias; cuando se ha anquilosado y endurecido hasta el punto de estar imposibilitado para permeabilizar las renovadas impulsiones de la historia y continuar el proceso evolutivo, ese cuerpo debe perecer para dar paso a una nueva estructura orgánica que sea capaz de responder por su flexibilidad y por su juventud a la articulación de destinos superiores.

En algunos casos en los más-, si es que atendemos sólo a la perspectiva histórica conocida, no pasa de un mero sacudimiento dramático, pero, en América son tales los caracteres de violencia en el choque, tales las trepidaciones, con que se produce, que alcanza proporciones de una verdadera catástrofe, de una tremenda deflagración síquica que no puede compararse, siquiera, con la más grande colisión del mundo occidental: la invasión del Imperio Romano por los bárbaros. La avalancha de las tribus germanas del norte sobre las tierras del Mediodía, nos ofrece un campo de estudio, rico en incitaciones, para comprender algunos de los aspectos más sugestivos de la Conquista española.

La amplitud de la catástrofe americana está en relación con la amplitud de la construcción futura. No se aventura nada al decir que no es ya un simple matiz de raza o de cultura el que va a expresarse en el Nuevo Continente, sino un aspecto fundamental y nuevo del espíritu universal. En verdad, una nueva criatura cósmica es la que está estructurándose en sus entrañas; un nuevo mensaje humano, el que está surgiendo de sus senos juveniles. América importa para la cultura del mundo antiguo: lo que el Cristianismo significó, como transformación espiritual, para el mundo de la Antigüedad. Mas, como todo gran proceso histórico no es rectilíneo sino en espiral, como lo pensó Goethe, en que cada círculo concéntrico abraza una mayor y más dilatada trayectoria, América está destinada a una más amplia proyección cultural y humana. No se trata de un simple mesianismo colectivo. Se trata de una correlación dialéctica que se hace patente a poco que observemos con ojos profundos la vida continental presente en relación con el porvenir; a poco que la inteligencia del pensador valúe el sentido total y racional del proceso.

América fue y es todavía un punto crucial del mundo, de donde habría de arrancar una nueva modalidad con respecto a épocas anteriores. Todo nos revela este significado trascendente de la misión.

II
LA PUGNA UNILATERAL Y EXCLUYENTE

Era lógico que la pugna de dos razas y de dos culturas consumada con tanta distensión explosiva, engendrada, también dos maneras friccionantes en el sentimiento y en el pensamiento de los latinoamericanos. De allí, las dos tesis opuestas y en abierta beligerancia que se plantean desde el coloniaje y que aún hoy contienden en airado palenque ideológico y errático: la atesis indigenista y la atesis europeizante.

El hecho de que esta pugna aún no se produzca en los planos intelectual y estético cuando ya se ha extinguido casi su vigencia histórica, nos revela hasta qué punto los intelectuales y artistas latinoamericanos están impregnados todavía de una mentalidad colonial, magnética y desactualizada.

Hay escritores y artistas indigenistas que preconizan el advenimiento de una América indígena en el sentido regresivo de la resurrección de las culturas pasadas. En esta tendencia interviene cierto sentimiento nostálgico que busca una evasión o escape de la vida presente. Los sostenedores de dicha tesis esgrimen aparentes y superficiales buenas razones. Dicen que en cada país en Bolivia, Perú, Ecuador y México, principalmente-, la raza blanca alcanza apenas a unos millones, en tanto que el indio se cuenta por millones y que, a la larga, esta inmensa mayoría indígena habría de ahogar a la europea.

Olvidan que no es la masa cuantitativa la que determina el futuro de una raza, sino los elementos y factores síquicos que están transformando, día por día, la contextura mental, espiritual y física de los pueblos. La piel, blanca o cobriza, no tiene, en realidad, importancia, sino lo que está actuando por detrás, por debajo o por encima de esa piel, y que es lo que, en realidad, determina las transformaciones decisivas.

Si algo ha evidenciado la Conquista con carácter axiomático, es que el indio había llegado a un estado de decadencia, perfectamente diagnosticable, y que, a la llegada de los españoles, sólo vivía y se nutría, espiritualmente, de sus grandeza pasada. El indio se había hecho, por su falta de flexibilidad, por su cristalización síquica, por la rigidez de sus medios expresivos, un instrumento inadecuado, de evolugico y estético; la tesis indigenista y la tesis europeizante, de los imperios Incaico y Azteca se rompiera en mil pedazos, como un vidrio frágil, a los primeros impactos de una cultura extraña. Lo que queda hoy para la admiración maravillada de la ciencia arqueológica fue creado probablemente muchos siglos atrás por civilizaciones anteriores, de las cuales eran un mero reflejo, debilitado, amortiguado y decadente, los imperios que sojuzgaron los europeos. Para ilustrar este agónico período indígena, es particularmente significativa la rivalidad entre Huáscar y Atahualpa, en la que pereció, ahogado, el primero. La conseja que cuenta este crimen en sus detalles es de tal crueldad, de tal codicia y de tal refinamiento, que lo hace digno de una típica intriga palaciega de Bajo Imperio. Era el bizantinismo de América, en momentos muy semejantes a aquellos en que el graznido de los gansos del capitolio, al escuchas las pisadas y los relinchos de los caballos de los bárbaros, anunciaban la ruina del Imperio Romano.

Gran parte del arte indigenista latinoamericano de hoy carece de valores estéticos esenciales, salvo excepciones aisladas y geniales que no cuentan en una perspectiva de conjunto. Carece de un gran estilo estético, de un estilo vigente, vivo y de amplia trayectoria humana. Arte decorativo, de copia y de estilización al detalle, en el que falta aquel soplo creador que insufla potencia vital a una cultura. Arte que no acierta a rebasar los límites mezquinos de lo pintoresco, que carece de vibración cósmica verdadera, y que sirve de material exótico de exportación para los snobs de europa, como los chullos, las majas, los toreros y el barrio de Triana en lo que se refiere a los españoles. América no está allí, como no lo está España en la literatura chinesca y desgarrada de Teófilo Gautier. Se trata de una falsificación de cromo, de una simple baratija de bazar para uso del turismo cosmopolita.

Se olvida, igualmente, que la historia nunca da paso atrás, aunque haya sedicentes teorías que lo sostengan, y que si América Latina ha de expresar un mensaje original para el mundo, tiene que ser hacia el porvenir y hacia delante; obra de creación y no de copia regresiva; tarea epigenética y no de mimetismo automático. El estudio y la comprensión del pasado ha de servir únicamente como alumbramiento del porvenir, como basamento del futuro.

Empero, si es absurdo el prurito indigenista, es más absurdo y antibiológico el prurito europeizante a ultranza. Aparte de que América reclama ante Europa su autonomía mental y espiritual, sabemos por la experiencia vivida durante más de cuatro siglos, que el ambiente telúrico americano obra sobre el europeo como un corrosivo disolvente, tanto en lo físico, como en lo síquico y en lo mental. El criollo latinoamericano, producto de la colisión de las dos razas y de las dos culturas, es la degradación de ambas, hasta un grado increíble. Es la ganga humana que torna el caos, para resurgir de allí como un organismo más adaptable y flexible a las nuevas condiciones. Ni el indio, como indio puro; ni el europeo, como

europeo puro, tienen porvenir en América. Pero ellos constituyen los factores complementarios de una nueva conformación física, síquica y mental que ya comienza en el Nuevo Mundo y a dibujar sus perfiles. Como lo repetimos, que la piel sea blanca o que la piel sea cobriza no reviste trascendencia alguna; lo importante es el nuevo juego de fuerzas que se estructuran en el Continente como un todo unitario y que se estructuran en el Continente como un todo unitario y que será el instrumento de una nueva expresión del espíritu universal.

III
MEXICANIZACIÓN Y ARGENTINIZACIÓN DE AMÉRICA

La vida más profunda de Latinoamérica se verifica, como ya lo hemos dicho, mediante estas dos corrientes poderosas que son complementarias, y que se las descubre a poco de mirar con cierta videncia panorámica. Dos corrientes que marcan su presencia vigorosa y que realizan, en todos los aspectos de la vida continental y por sobre la algarabía de cancillerías y gobiernos, una evidente labor constructiva. Ellas son la clave que esclarece el significado de nuestro pasado después de la Conquista y que incluye el sentido más hondo y, por eso, el sentido primordial del porvenir. Dos corrientes vitales que son como la savia o la sangre de un organismo, cuyo problema biológico se planeó para la civilización humana, hace cuatro o cinco siglos. Problema que importa, como antes lo expresáramos, no solamente la continuidad histórica de la cultura occidental, sino la definición inédita de un nuevo aspecto del espíritu humano.

La vida más profunda de Latinoamérica se verifica, como ya lo hemos dicho, mediante estas dos corrientes poderosas que son complementarias, y que se las descubre a poco de mirar con cierta videncia panorámica. Dos corrientes que marcan su presencia vigorosa y que realizan, en todos los aspectos de la vida continental y por sobre la algarabía de cancillerías y gobiernos, una evidente labor constructiva. Ellas son la clave que esclarece el significado de nuestro pasado después de la Conquista y que incluye el sentido más hondo y, por eso, el sentido primordial del porvenir. Dos corrientes vitales que son como la savia o la sangre de un organismo, cuyo problema biológico se planeó para la civilización humana, hace cuatro o cinco siglos. Problema que importa, como antes lo expresáramos, no solamente la continuidad histórica de la cultura occidental, sino la definición inédita de un nuevo aspecto del espíritu humano.

Una corriente centrífuga que va del corazón hacia los contornos, que fluye del centro hacia las extremidades, que se dilata de la médula hacia los términos fronterizos: la corriente vernácula, indígena o telúrica del Continente. Otra corriente centrípeta o periférica que viene de las arterias al corazón, del esperma al óvulo, del exterior hacia la matriz, de las extremidades fecundantes hacia el *centro vitalizador*: la corriente europea, occidental o foránea.

La una, se expansiona y se abre como los radios de una circunferencia. La otra, se contrae y se centraliza como el punto generador de un círculo.

Podemos tipificar estas dos corrientes en los dos países que representan la esencia más pura de cada una: México para la corriente indígena o vernácula; Argentina, para la corriente europea u occidental. La una, que corre de norte a sur, y la otra, de sur a norte. Doble palpitación vital que llena y colma de porvenir los lomos turgentes de los Andes. Movimiento de irradiación hacia fuera y movimiento de concentración hacia adentro. Movimiento de absorción hacia el centro; movimiento de dispersión hacia la periferia. Si México es la antigua y potente sangre india, Argentina es la aireación y oxigenación europea. La capital azteca, como el Cuzco en el Perú, es la matriz, el óvulo eterno de toda americanidad. Buenos Aires, la capital argentina, es el gran ventanal del Continente que descubre los amplios horizontes del mundo; es el germen fecundante de la masculinidad, es el eslabón que nos une, como el cordón umbilical de un continente al espíritu universal de la Tierra. *Sangre indígena, pulmones europeos*, he aquí la forma esquemática de nuestra auténtica vida síquica.

Y esta doble corriente general se repite, como epítome y compendio de la vida latinoamericana, en cada uno de los países tomados aisladamente, aunque en algunos el matiz sea tan tenue que se necesite para distinguirlo de una cierta perspicacia en la mirada. En la Argentina, movimiento de la Pampa a Buenos Aires y retorno de Buenos Aires a la Pampa. En el Perú, movimiento del norte hacia el centro y movimiento del Cuzco hacia Lima. En México, movimiento de la capital hacia las provincias, y de las provincias hacia la capital. El cholo, el gaucho, el llanero, el charro, el mestizo de toda América, son tipos étnicos y culturales que emergen del fondo de la vida continental, como productos de la actuación de estas poderosas corrientes vitales. Son ellos el testimonio vivo y potente de un proceso que radica en las profundidades de las entrañas americanas. Nada comprenderemos de nuestro pasado y nada podremos comprender de nuestro porvenir, si no acertamos a incorporar a nuestra conciencia vigilante la sustantividad de esta doble corriente que

opera en los planos o bases primordiales de América. Allí encontraremos el hilo de Ariadna, que nos explique los días pretéritos de la Conquista y de la Colonia y que ponga en nuestras manos los poderes constructores del presente y las potencias creadoras del futuro.

Con la frase "mexicanización y argentinización de América", no queremos expresar la expansión absorbente de dos imperialismos rivales, económicos y políticos. Queremos, sólo, remarcar el perfil de dos símbolos que constituyen los vehículos espirituales de una posible y auténtica cultura latinoamericana. Invitamos a agitar y articular en este momento decisivo y, por lo mismo, dramático y trágico de nuestra historia, las ideas y realidades básicas del Continente. Debemos elevar nuestra conciencia cívica, emplazándola en los planos superiores, donde se forja el substrato permanente de nuestros pueblos y, del cual, los hechos concretos y visibles no son sino el alfabeto gramatical de una vida más profunda.

2º LA RUTA DE LA INTEGRACIÓN

I
HACIA LA VIRGINIDAD

En el capítulo anterior hemos estudiado la colisión formidable de la cultura europea con las culturas autóctonas del Nuevo Mundo. Este choque significó una trágica desgarradura en los senos de América, pero no, en unos senos vírgenes, como acostumbra decirse, sino en unos senos que encerraban toda la riqueza ingente de un pasado milenario. Nada más contrario que la idea de virginidad aplicada a las culturas americanas, muchas de las cuales se encontraban, en varios aspectos, en un estadio superior de civilización a los pueblos europeos. Para encontrar paridad cronológica habría que recurrir a la remota cultura de los egipcios o a las viejas culturas del Oriente, como lo están probando los recientes estudios arqueológicos. Los sacerdotes del Tahuantinsuyo y el Imperio de Moctezuma, podían parodiar lo que dijo de los griegos a Herodoto el Gran Sacerdote egipcio, al ser interrogado acerca de la cronología de su pueblo: "*Vosotros los europeos sois unos niños*". La matriz de América era, pues, una matriz llena de experiencia. De ella había surgido un majestuoso pasado, pleno de fascinación, que aún hoy comienza apenas a sospecharse.

Para que América arribara a su virginidad y a su juventud, era preciso que los dos elementos principales de la colisión, el indio y el europeo, tornaran, por descomposición, al caos primordial, al limo informe, al *humus* original y primitivo. Esta descomposición debía alcanzar, también a las demás razas, como la asiática y la africana, que se fundieron, luego, en este inmenso crisol telúrico. De allí ha surgido el mestizo o criollo, forma o etapa de transición hacia el nuevo tipo o nuevo hombre de América. El mestizaje es un camino de los pueblos, pero, no, un objetivo y una meta. El mestizo es un puente, un eslabón o un estado transitivo, pero nunca una forma estable y orgánica de vida. Así se explica que el criollo o mestizo colonial sea un producto híbrido, no sólo en su constitución física, sino, también, en su estructura espiritual y síquica. A este hibridismo fisiológico corresponde ese hibridismo cultural y ético que observamos en todas las manifestaciones de la vida latinoamericana. Así como el mestizo es una yuxtaposición de sangres, es, igualmente, una yuxtaposición de estados anímicos que no han llegado todavía a ligarse en un conjunto coherente y unitario. De allí también, esa moción pugnaz interna que caracteriza el alma del latinoamericano durante la Conquista, el Coloniaje y la República, y que se resuelve en un ser neutro, híbrido, pasivo y subalterno, con respecto a todas las valías espirituales, morales y síquicas del hombre.

En los pueblos y las razas no hay esa discontinuidad biológica que se observa en el hombre, considerado como individuo, cuando éste se desintegra. Es muy cierto aquello de que a una muerte y a una decadencia sucede siempre un nuevo brote, un nuevo nacimiento. Muere y se descompone el indio, pero, también, muere y se descompone el europeo para que surja, luego, una nueva estructuración, una nueva conformación fisiológica y espiritual del hombre americano.

No hay muerte ni desintegración absolutas, ni en la Naturaleza ni en la Historia. Se disuelve y mueren las formas de expresión de un ciclo cultural, pero, la modalidad cósmica, el sentido espiritual, y aun la estructura síquica que esas formas realizaron, se trasmiten como continuidad hereditaria hacia el porvenir, más bien dicho, hacia el devenir del espíritu. La equivocación de Spengler consiste en no ver en las culturas sino simples formas y estructuras morfológicas pasajeras, y ése es el significado vano, quimérico y pesimista de su pensamiento global. Spengler no veía el porvenir en su conformación original y viva, sino como mera repetición, casi mecánica y muerta, del pasado, aplicándole el cartabón rígido de éste. Así se explica ese reaccionarismo cerrado de sus últimos libros.

Los procesos de desintegración y descomposición está en América, finalizando. Se encuentra en sus últimos estadios, y ha comenzado, también el proceso correlativo de integración, de recomposición, de síntesis. América está encontrando, otra vez, su virginidad y su juven-

tud; está encontrando su porvenir y su mañana porque el pasado autóctono y europeo está abismándose en las entrañas remotas del tiempo. El pretérito ha perdido ya su virtualidad y su fascinación. Se ha desvanecido para siempre el mágico hechizo.

La comprobación más efectiva de este aserto es el hervor, el dinamismo galopante de que es ahora vasto escenario el Nuevo Continente. Esa beligerancia encendida, esa disconformidad pugnaz de las juventudes latinoamericanas lo revelan con definida claridad. No se trata de movimientos anárquicos que desarrollan una acción incongruente y atomizada, sino de un inmenso esfuerzo constructivo, de una luz fulgurante y creadora que busca, en afanosa y dilacerante brega, el punto focal de su expresión histórica y humana.

El europeo, por lo general, no es consciente de este proceso que arranca de un estrato profundo del alma latinoamericana y que, por eso, está destinada a una extraordinaria proyección histórica. El europeo no percibe sino el aspecto superficial y pintoresco de América Latina. Se comporta frente a ella como un auténtico *snob* , ganoso de exotismo y emociones epidérmicas. América existe para el europeo como un inmenso museo o pinacoteca arqueológica, pero no como una cultura en marcha, como una vida colectiva en devenir, como una existencia fluyente, móvil y creadora. La mentalidad y sensibilidad europeas, con respecto a América, han quedado inmóviles, petrificadas, yertas, como la mujer de Lot, bajo el alucinante hechizo del pasado. La tabulación racionalista del hombre del Viejo Mundo es incapaz de comprender, en toda su amplitud vital el sentido de las nuevas valías espirituales, emocionales y síquicas que han comenzado a surgir en nuestros pueblos.

II
DIGESTIÓN VITAL

Si nos preguntamos cuál es la característica fundamental que diferencia la presente generación de las anteriores, nos responderemos lo siguiente: en las actuales generaciones está empezando a realizarse la asimilación, la conjugación, la *digestión* telúrica y cósmica de dos mundos y de dos culturas que han coexistido, no solamente extrañas y aisladas, sino, recíprocamente, hostiles y pugnaces. Desde los primeros días de la Conquista este divorcio profundo se hace evidente en todos los órdenes de la vida latinoamericana. De un lado, el mundo descubierto por Colón y, de otro, el mundo que vino con Colón. La América autóctona y la Europea invasora. El Perú de Atahualpa y el México de Moctezuma, frente a la España de Cortés y de Pizarro. Ambos eran entre sí factores excluyentes y divergentes. Ninguno de los dos pudo asimilarse y conjugarse. Fue precisa una larga y trabajosa digestión de siglos para que surgieran los órganos biológicos necesarios, capaces de transfundir en un nuevo conjunto homogéneo y unitario estos dos elementos excluyentes y negativos entre sí.

En los primeros siglos tuvo que triunfar, aparentemente, la fuerza de las armas y de la técnica europea. Y decimos aparentemente, porque el otro mundo se mantuvo, indeclinable y señero, orgulloso de su grandeza pasada y consciente, en mayor grado de lo que generalmente se cree, de sus propios valores espirituales. De esta suerte, se estableció en nuestros pueblos el hibridismo colonial como sistema de gobierno, como sistema político y religioso y como realidad cultural y étnica. Ya hemos dicho que el criollo latinoamericano fue el producto de la degradación de ambas culturas y de ambos órdenes espirituales y morales. Desde entonces, América fue un continente híbrico y sin valores propios, característicos y esenciales. Ningún mensaje original fue posible que articuláramos para el mundo.

La revolución de la Independencia fue el primer intento de revalidación del hombre latinoamericano, pero, desgraciadamente, un intento fallido. La independencia nos trajo meras formas políticas y jurídicas, que no habíamos digerido, que no podíamos digerir y que fueron la simple proyección mimética de los pueblos europeos en plena revolución liberal. Se hizo la Independencia, reclamándose con las frases de la Revolución francesa y acabó afirmando y consolidando el sistema feudal de la propiedad con todos sus vicios y degeneraciones y sin ninguna de sus virtudes y excelencias. De allí, esa monstruosa desarticulación de nuestra realidad jurídica, política, social y económica que se prolonga hasta los días actuales. Mientras se multiplicaban las constituciones *avanzadas* de un liberalismo de similor, el cacique, el gamonal y el latifundio eran las auténticas instituciones continentales y sobre las que descansaba toda la economía latinoamericana. El latifundio romano, al cual Plinio atribuía la decadencia del Imperio, era un juego de niños si se le compara con las *haciendas* latinoamericanas que abrazan enormes extensiones de tierra, que permanecen, en su mayor parte, improductivas, y que alcanzan, a veces, provincias enteras. El esclavo o el siervo de la gleba nunca sufrieron la explotación, el trato inhumano y la bestialización sistemática a que está sometido el indio en nuestros días.

El valor continental de las presentes generaciones consiste, precisamente, en haber hecho la digestión de

América, en haber refundido en su acción, en su pensamiento y en su impulso emotivo esa intuición oscura y profunda de ser la concepción y la expresión de un nuevo y vasto mensaje de la vida universal. América afirma, en sus actuales generaciones, el propósito de encontrarse a sí misma, de definirse en sus caracteres propios, esenciales y permanentes. Keyserling le llama "el Continente del tercer día de la Creación" y, ciertamente, de este vasto reservorio de fuerzas primitivas y desoladas debe estructurarse una nueva expresión del Espíritu.

Y dicho está que los hombres, como los pueblos sólo son en el sentido esencial de la palabra, cuando surgen de sus propias entrañas . El espíritu es autófago porque únicamente vive, se manifiesta y se realiza, nutriéndose de sí mismo. Las aportaciones extrañas sirven nada más que como fuerzas catalíticas, cuya presencia provoca, facilita y despierta la autocreación. Esta experiencia cósmica fue olvidada por el indio, y también, por el europeo, en el fragor de la contienda. En puridad de verdad, este olvido hizo posible el hallazgo de un nuevo camino para el hombre.

La cultura colonial, que ha sido, también la cultura de la República, es el calco, el mimo, la escurraja de la cultura europea. Los hombres cultos de América han sido cultos por inducción, por galvanización indirecta, por mimetismo libresco y literario, y no por asimilación y digestión vitales. El alimento que permanece extraño dentro del aparato digestivo, al descomponerse, se torna destructivo y tóxico. Hemos tenido todas las toxicomanías filosóficas y literarias del Viejo Mundo. El veneno es la sustancia que no se asimila, que no se incorpora como tejido, como célula, como sangre, dentro de un organismo. Y ya sabemos hasta qué punto hemos estado y estamos envenenados de snobismo europeo. No hemos querido ser sino el *parvenu* de la cultura europea y del espíritu europeos.

Pero... acabemos parafraseando a uno de los poetas más grandes de América Latina: "*¡Mas, es nuestra el alba de oro!*".

"*Yndiecitos arando con perros*", acuarela de Martínez de Compagnon

ISSN 1991-5837
Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú Nº 2006-8214

Pueblo Continente

Revista Oficial de la Universidad Privada Antenor Orrego

Volumen 18, N° 1, Enero-Junio 2007

AUTORIDADES UNIVERSITARIAS

RECTOR

Dr. Guillermo Guerra Cruz

VICERRECTOR ACADÉMICO

Dr. Víctor Raúl Lozano Ibáñez

VICERRECTOR ADMINISTRATIVO

Dr. Julio Chang Lam

TÍTULO ABREVIADO

Pueblo cont.

DIRECTOR

Dr. Saniel Lozano Alvarado

EDITOR

Dr. Fernando Rodríguez Avalos

COMITÉ EDITORIAL

Dr. César Adolfo Alva Lescano
Mg. Walter Obeso Terrones
Mg. Eduardo Paz Esquerre

COORDINADORA DE EDICIÓN

María del Carmen Veneros Ulloa

PRE PRENSA

Ediciones Carolina
Av. Salvador Lara 815 - Las Quintanas
Telf. 206691 - Trujillo

DIRECCIÓN

UNIVERSIDAD PRIVADA ANTENOR ORREGO
Av. América Sur Nº 3145,
Urb. Monserrate, Trujillo, Perú,
Teléfono: 51-44-604447,
Telefax: 51-44-282900,
E-mail: postmaster@upao.edu.pe
http://www.upao.edu.pe

Nombre anterior: ANTENOR ORREGO.

Publicación semestral de distribución gratuita.
Revista indexada en el Latindex.

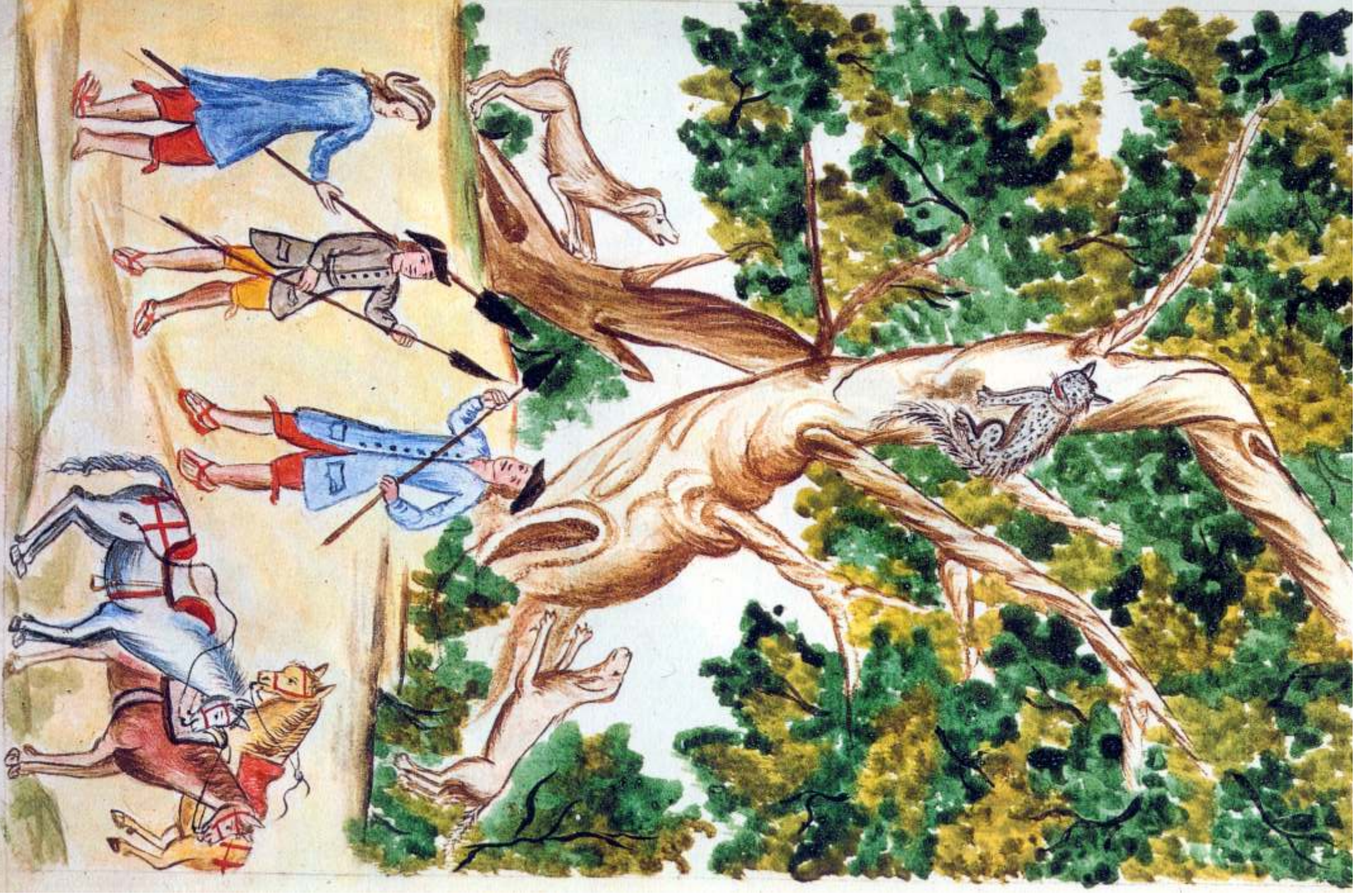
© **Universidad Privada Antenor Orrego**

La Universidad autoriza la reproducción de los trabajos de este número, siempre que se identifique su procedencia.

Cubierta: "En la playa" de Giovanni Fattori.
Ilustraciones en páginas de sección: Acuarelas de Martínez de Compagnon.
Dibujos páginas interiores: Mitografía Mochica de Enrique Vergara Montero y Manuel Sánchez Vera.

Los artículos que aparecen firmados en esta revista expresan las opiniones personales de sus autores y no la de la Universidad Privada Antenor Orrego.

Cátedra Orreguiana



"*León encaramado en árbol*", acuarela de Martínez de Compagnon.

PUEBLO CONTINENTE (II)
Ensayos para una interpretación de la América Latina

Antenor Orrego

Segunda Sección
BUCEANDO EN EL ABISMO

1º EL DESTINO TRASCENDENTE DE AMÉRICA

I
INTUICIÓN, RAZÓN Y VERDAD

No creo que haya nada más importante para un pueblo, para una raza, para un Continente, que precisar en su conciencia vigilante -hasta donde esto sea posible- la nota característica que viene a emitir en el acorde del mundo. *Saber su melodía* en la vasta armonía de lo humano, es haber comprendido el sentido de su destino. Mas, el destino está constituido y determinado no sólo por las fuerzas racionales sino, también, por las potencias irracionales que actúan en planos adonde no podemos llegar sino con el poderoso garfio de la intuición. La asociación conceptual corriente no nos conduce jamás a las metas, a los alumbramientos totales. Se revuelve sobre sí misma, como la serpiente simbólica que se muerde la cola. Actúa dentro de una constelación dada de verdades que la intuición ha hecho accesibles a la conciencia, pero, no es el rayo que produce el resplandor en la tiniebla, ni la Inteligencia o el Logos que reorganiza el Caos, que hace surgir del Espacio y en el Espacio, el Cosmos. Nuestra razón, en puridad de verdad, en un sentido irrestricto, no es un instrumento de investigación, sino un instrumento de realización y de expresión, un vehículo trasmisor de verdades, una potencia transitiva y de contagio para el entendimiento de los otros. Una suerte de *pioneer* que abre la vía y rotura el camino en la aventura peligrosa y problemática de la sabiduría.

Conocer una cultura y comprenderla es haber precisado las intuiciones capitales en que se funda y es, también, precisar las razones nuevas que ha puesto en circulación. Que la razón es una potencia independiente de la verdad o verdades que expresa nos lo revela de una manera deslumbrante la prodigiosa aventura de los sofistas griegos que probaron el pro y el contra de una cosa y que manejaron, con una gallardía que no ha vuelto a repetirse en la historia, la facultad razonante o racionalizante del hombre. En la Edad Media el continuador de la tradición sofística fue el teólogo escolástico, y en la vida contemporánea, el abogado y el rábula son los únicos que han mantenido la flexibilidad de la razón como instrumento expresivo. En los últimos tres siglos, nunca el poder del sofisma racional alcanzó la eficacia y la universalización dogmática que en 1914, cuando cada grupo de beligerantes se disputaba la opinión favorable del mundo.

La potencia racional del hombre actúa en círculos cerrados, como la serpiente de la fábula, y nunca es capaz de traspasar su propia frontera. El loco razona con admirable destreza dentro del círculo cerrado de sus obsesiones o ideas fijas, pero, jamás intuye ninguna verdad acerca de su propio destino o del destino del Mundo. Dentro de su constelación racional privativa, el demente es irrebatible por el hecho sencillo de que las razones de los unos no sirven para los otros; porque el valor convincente de un determinado género de razones está en relación y correspondencia directa con el temperamento del sujeto que razona. Ya Pitágoras dijo que el vicio de la razón era la locura.

La América necesita crear sus propias razones; necesita dar un vehículo racional a sus intuiciones sobre la totalidad y significación de la vida. Las verdades que afloran en la conciencia tienen que *racionalizarse* por ser eficaces, para construir la sólida y tangible armazón de una cultura. La razón es como el sistema óseo de un organismo, en torno del cual toman forma y consistencia las intuiciones, las verdades, las emociones, las reacciones vitales de una raza, de un pueblo, de un continente.

El destino de un pueblo es la resultante de una ecuación de factores biológicos, síquicos, telúricos e históricos que se organizan y se conforman en un sentido determinado, en una modalidad vital, en un *estilo*. La verdad de una raza es sólo y únicamente su estilo, y la grandeza de

ella depende de la mayor o menor profundidad con que realice y exprese este estilo. No hay verdades impalpables, etéreas y objetivas, en el sentido absoluto, sino verdades que se *encarnan* en formas racionales, en armazón vital, en plasmas germinativos.

Ahora bien, América no ha tenido un estilo porque no ha tenido una verdad o conjunto de verdades originales que expresar ante el mundo encarnadas en una organización biológica, en una forma concatenada y congruente, en un todo tramado y contextura para su expresión adecuada.

Mas, es preciso que lo tenga. De un caos parecido salieron todos los pueblos en que florecieron las más grandes culturas de la historia. Caóticos fueron siempre todos los principios. Una y otra vez ha de cumplirse la ley cósmica que establece que de una involución emerja un nuevo proceso evolutivo.

Ningún organismo -pueblos, razas, hombres- es de una manera fija y conclusa. Todo organismo se hace y deviene perpetuamente. Tanto está el presente en el ayer, como el ayer en el porvenir. El presente es el trampolín y el *élan* del mañana.

En la historia no hay pleonasmos, no cuenta la peripecia superflua. Lo que fue hecho una vez está siempre haciendo y creando. Cada hecho está cargado de consecuencias y él mismo es una consecuencia de otros hechos anteriores. El instante histórico engendra y es engendrado. Es paternidad y, a la vez, filiación.

En América ha faltado el ojo histórico. Por eso no ha surgido todavía una conciencia histórica, una conciencia continental. Su realizarse ha sido una realización instintiva, sin intención ni propósito alumbrado.

Hasta aquí el azar o lo que aparecía como el azar, porque aun no se había expresado en razón histórica. De hoy en adelante, la conciencia, el propósito trascendente, el sentido histórico.

II
EL DESGARRÓN HISTÓRICO

Desde la Conquista, América ha tenido una historia periférica y extravertida. El mundo se ha insertado en ella, como una avalancha que rompe el dique de contención y permanece extraña al área invadida. Sus acontecimientos eran acontecimientos europeos, extraños, exóticos; letras de un alfabeto que pertenecían a un lenguaje distinto; signos y símbolos impuestos desde fuera y, por lo tanto, incapaces de expresar ningún *estilo*, ninguna intimidad entrañable y congénita.

Cuando Roma somete a Grecia, la cultura griega conquista, a su vez, al invasor; pervive dentro de él y se continúa en floraciones magníficas. Más aún, la cultura griega a través de Roma se universaliza, toma un vuelo poderoso y gana el imperio del mundo. Conquistadora de su vencedor hace de él el mejor vehículo de su expansión universal. Hasta Roma, la cultura griega no fue sino una cultura provincial, una cultura mediterránea, hasta cierto punto localista y circunscrita. Con Roma, el mundo se *heleniza* y la abeja ática prende sus panales en Britania, en la Galia, en Germania, en Hispania, centros de donde se irradia después al porvenir. Ninguna conquista, como la romana, sirvió mejor los designios más profundos, el destino esencial de una raza "vencida". Roma jugó un papel decisivo para Grecia y, tal vez, sin ella, su cultura habríase extinguido sin repercusión mundial, a orillas del mar Egeo. El mundo habría tomado entonces, otros caminos. En realidad, la conquista romana no fue para Grecia, en último extremo, una tragedia, sino un florecimiento, una expansión vital, una continuidad histórica.

Para América, la conquista Europa fue una *catástrofe,* una tragedia de proporciones cósmicas, ya que ella significó no sólo el hundimiento y el eclipse de una raza que había llegado a un estadio resplandeciente de civilización, sino, también, la inserción de un alma extraña que vino, a su vez, a trizarse o, cuando menos, a deformarse dentro de las poderosas fuerzas geo-biológicas que actuaban en la tierra continental como disolvente, como una energía letal y corrosiva. De este choque salieron moribundas y cadaverizadas, como sombras espectrales, el antigua alma indígena y el alma invasora de España.

En la historia del mundo, América es un gran desgarrón. El desgarrón de una raza vigorosa por obra de la conquista y la violencia de la barbarie occidental. Esta raza cumple un ciclo de vida y de cultura superior, sin el concurso ni la aportación de las otras razas. Caso único en que se abre el seno de un Continente como un hipogeo cósmico, para que viniera a cadaverizarse y podrirse todos los pueblos de la tierra, dejando un *humos* humano, rico en elementos fecundantes y en posibilidades inauditas.

Por eso, América ha vivido sin su propia experiencia. Toda su vida histórica, es decir, toda aquella parte de su vida que se inserta en el acontecer del mundo, ha sido un *abismarse* de Europa en ella, una fusión de todas las razas en sus tórridas entrañas. Caso en que una prehistoria es superior, es más que la historia, porque lo que conocemos del Imperio Incaico era ya, desde hacía mucho tiempo una decadencia, no ha creado todavía nada en América, no ha hecho sino repetirse mal, y repetirse destruyendo lo que había de vivir, orgánico y fuerte en esta parte del mundo.

Y éste es el desgarro de América. Un desgarro que se cumple hasta en el hecho simbólico de que un navegante sale en busca de una cosa y, de súbito, se encuentra con otra. América es, pues, la aventura, el gran tropezón histórico de Colón y, por eso, en cierto sentido, la hija de lo fortuito y de lo inesperado. América constituye el recomienzo de una vida nueva para la cual no sirve, en su significado concreto y particular, ni la experiencia, ni las leyes, ni las normas que ensayaron el hombre europeo y el hombre oriental a través de los siglos. América es una nueva posibilidad humana.

Mientras el resto del mundo se encuentra, ya en forma cristalizada y fija, ya en plena fusión disgregativa. América es, todavía, un plasma móvil, un fenómeno en plena refundición vital. Mientras todas las demás culturas se hallan en su madurez o en su declinación porque han encontrado el sentido de su solución humana, América es todavía una infancia, una incógnita problemática. Y, si hasta hoy ha sido un Sepulcro, es indudable que ya comienza a ser una Cuna.

III
SÍNTESIS DE RAZAS Y CULTURAS

Desde hace cuatro siglos todas las razas están derritiéndose en la hoguera de América. Para ayer, necesaria fusión disgregativa; proceso de integramiento y de reconstitución, para mañana. El ojo miope y retrasado miope no ve sino el caos, la heterogeneidad momentánea y epidérmica de la cual casi no puede hablarse sino en pretérito, puesto que ha comenzado el proceso de integración. El indio, el blanco, el asiático, el negro y todos han traído su aporte y se han podrido o están acabando de podrirse en esta inmensa axila cósmica, para libertar sus respectivas superioridades integrantes que harán el *hombre americano*, cumplido ya para el porvenir de la humanidad.

Ha sido precisa esta encrucijada de América para que todas las razas no encuentren el *ultra*, el más allá del hombre sino desintegrándose. Parada o involución de un proceso que habría de seguir, después su continuidad, América está cumpliendo o ha cumplido ya su función de osario o pudridero para ser la microcósmica entraña del porvenir.

Hasta este momento las razas se han desarrollado unilateralmente, aisladas, circunscriptas, ignorándose y despreciándose mutuamente. La palabra *ostys,* con que el ciudadano romano designaba al extranjero, continúa definiendo todavía la actitud que, en el fondo, un pueblo adopta con respecto al otro, por más que se disimule este sentimiento, bajo las ceñidas fórmulas de la cortesía internacional. Los nacionalismos deflagrantes que han generado el ambiente explosivo de Europa, no sólo han surgido de causas puramente económicas -aunque éstas sean los factores principales-, sino también, de la abismática incomprensión e ignorancia que hay entre pueblo y pueblo, entre raza y raza. Es particularmente significativo que dos pueblos vecinos y fronterizos como el francés y el alemán, se odien hasta el exterminio y que la palabra *ostys,* el enemigo, tenga casi el mismo sentido destructivo que en la vieja Roma. Y este ejemplo puede multiplicarse en la vida contemporánea.

Hasta cierto punto, era necesario esta desconexión hostil. Los pueblos no alcanzan un estadio superior, desde sus planos inferiores, sino chocando y negándose entre sí. Si es cierto que esta desconexión fue negativa, en cierto respecto, cobijaba, sin embargo, por contraste, a cada raza en sus respectivas afirmaciones y posibilidades vitales dentro de su propio ser. Realización o expresión, tanto como libertad es límite. No se puede vivir sin limitarse porque significaría la disgregación antes de la madurez, la dispersión periférica antes de encontrar y definir su propia alma. La palabra y la acción expresan el pensamiento y lo matan, para seguir viviendo. Vivimos muriendo. Es el sentido agonístico.

Pero, a diferencia de los demás continentes, América es un nudo. En ella se cruzan, confluyen y conectan, como en el centro de una rosa náutica, los caminos de todas las razas. Arrastradas por fuerzas biológicas superiores, obedeciendo a sus más profundos designios de continuidad vital, a la manera como ciertos peces de los mares del norte, atraídos por fuerzas telúricas irresistibles, emigran a las aguas del sur para cumplir el acto supremo de la fecundación, los pueblos de toda la tierra buscaron la confluencia de América para superarse e integrarse recíprocamente.

Es la confluencia del Oriente y del Occidente en una tierra nueva. El Oriente nos trae el conocimiento del hombre en su totalidad subjetiva, en su yo trascendente, en su concordancia con el Cosmos, en su fusión o sumersión en "Dios". Gracias al Oriente, el hombre sabe que, a la vez que un centro, es un punto periférico del Universo. El Oriente, por sobre las razas y las diferencias, nos da el hombre universal, el hombre cósmico. De allí su profundo, su acendrado sentido religioso, su comunión mística y física con la naturaleza.

Ninguna filosofía, como la oriental, llegó a la síntesis suprema de su pensamiento, al alumbramiento de los grandes y totales panoramas del espíritu, a la armonía del alma interna. El pensamiento europeo es analítico, ana-

tómico, disgregativo. No supera jamás la razón que constituye su realidad, su vida y su fuerza, pero que también es su cárcel. El pensamiento oriental comienza donde acaba el occidental, donde éste encuentra su barrera intrasmontable, su frontera última. El filósofo de Koenigsberg señaló con admirable precisión, el límite del conocimiento europeo. El pensamiento occidental es racional y consciente; el oriental, supra-racional y supra-consciente. En Oriente la facultad intuitiva se hace constatación experimental por medio de los órganos internos. No hay conflicto entre la religión y l a ciencia.

Europa, en cambio, aporta sus técnicas, nos da el hombre concreto y colectivo, el hombre en convivencia mutua, el hombre político y posesivo por excelencia. Mientras que el Oriente nos da el hombre genérico a trueque de *gasificarse* por falta de contención terrestre, el Occidente nos da el hombre de carne y hueso, la criatura telúrica enfocada en sus inmediatas realidades vitales. Su filosofía, su arte, su industria, su política, su economía son un reflejo de estas características esenciales.

Hombre político o externo, en el sentido que decía Aristóteles, y hombre subjetivo e interno, he aquí los factores de la síntesis que dará el Oriente y el Occidente en América.

IV
AMÉRICA, EQUÍVOCO DE AMÉRICA

Como América, es un hipogeo, cumple su acción funeraria aun en aquellas porciones del Continente, como Estados Unidos, en que se nos aparece bajo una superficie progresiva y brillante. Paramento vistoso como fúlgicos alamares que cubre un esqueleto sin alma. Es estucado perfecto de una civilización que disimula y oculta la fermentación corrosiva de un pudridero cósmico. Este fenómeno se explica diáfanamente por el hecho que en Estados Unidos, la invasión europea no tuvo que chocar con la poderosa resistencia espiritual de una cultura superior, como en el Perú o en México. Los pieles rojas al contacto con el europeo retrocedieron hacia los lugares desolados y abruptos para ser, luego, cazados como fieras. El puritano y el bandido europeo se establecieron sin chocar con ninguna fuerza indígena pugnaz. Política y económicamente se organizaron *a su gusto*, para emplear su gráfica expresión popular, mientras que en México y en el Perú los españoles, para establecer sus instituciones políticas, religiosas y económicas, se encontraron con serios problemas que resolver. Por eso, en Norteamérica pudo realizarse la yuxtaposición casi perfecta de una cultura extraña, y los utopistas europeos de la época pensaron en la tierra nueva para instituir, como en *tábula rasa*, sin tradición cultural alguna, sus falansterios y sus repúblicas platónicas. Más de un presunto o efectivo discípulo de Campanella o de Fourier, soñó en las "tierras vírgenes" de América para sus realizaciones ideales. Para el puritano el territorio invadido fue *res nullius*, en sentido absoluto; para el español, significó una lucha tenaz y desgarrada contra una organización jurídica milenaria y perfecta en su nivel y en su época. Tuvo que trizar y romper violentamente un sistema económico, social, político y religioso que, dentro de sus condiciones peculiares, era superior al europeo.

Porque Europa se estableció sin resistencia cultural alguna en América Sajona, Estados Unidos es un *equívoco* de la americanizad, Europa no quiere reconocerse allí y, sin embargo, nunca se definieron con mayor nitidez los valores occidentales en su proyección excéntrica y externa. Contemplar a Estados Unidos es contemplar, con nítida rotundidad, la defunción de la Antigua Europa. Todos los males que han herido de muerte al Occidente, en su estado actual de cultural, se reconocen al escudriñar, profundamente, la vida norteamericana. El industrialismo manufacturero, el maquinismo, las tendencias económicas y financieras, la actividad febril de los negocios desplazando toda intimidad espiritual, han alcanzado su máxima tensión. Es la muestra de todo lo que ha podido dar el Occidente en este sentido. No hay ya mucho que forzar para que la cuerda reviente. Es una organización que ha entregado toda su elasticidad, es decir, toda su capacidad de absorción. Como el Imperio Romano fue la máxima floración del mundo antiguo antes de extinguirse, Estados Unidos es, a su vez, el postrer resplandor maravilloso del Occidente industrialista, antes de hundirse carcomido por los disolventes de sus propias contradicciones.

Como lo repito, Europa no quiere reconocerse en su hija de carne y hueso. No solamente los hombres, sino, también, los pueblos, suelen estar ciegos para reconocer los signos evidentes de su decadencia y ruina final. Si a algo puede llamarse pleonasmo en la historia, aun a trueque de violentar la realidad de las cosas, Estados Unidos es el pleonasmo de Europa. No es el acaso que Lindberg, un norteamericano, sea el primer aviador que cruza el Atlántico en vuelo directo hacia Europa. Una civilización esencialmente *hazañosa,* tenía que señalarse por una desorbitada hazaña mecánica. Estados Unidos aplica en grande, lo que Europa inventó o hizo en pequeño. El rascacielo es la hazaña de la arquitectura sin alma que se desmesura hacia el espacio para disimular su abismática oquedad interna. Organización de *raids* y de *records,* aca-

bará de morirse en el país supremo de los *raids* de los *records*.

Pero no vaya a entenderse, por lo que acabamos de decir, que en Estados Unidos no esté naciendo un pueblo nuevo, una raza de superiores destinos humanos. Bajo la Norte América europea y yuxtapuesta, existe la Norte América del porvenir, la Norte América microcósmica que está generando y nutriendo en sus entrañas el hombre americano del futuro, el hombre universal del mañana. Eso nos explica por qué, para el observador atento, Estados Unidos da la impresión de una coexistencia extraña entre el tipo super-civilizado y el tipo primitivo de hombre que, con frecuencia, se produce en el mismo individuo. Hecho paradójico y, sin embargo, cierto. En Estados Unidos, como en Sud América, hay una infancia y una tumba; un requiem funerario y una diana de nacimiento.

V
AMÉRICA HACIA SU AMERICANIZACIÓN

Toda cultura, para ser ella misma, precisa entrañarse en sus ingénitas raíces vitales. Un pueblo o una raza no llega a ser órgano de expresión histórica, mientras no penetra, con ojo buído, en la intimidad secreta de su propio ser. Intimidad que, por serlo, no puede prestarse a otro y que es inalienable en absoluto. Intimidad no es más que *estilo*, ritmo privativo de una existencia valía circunscrita en un Cosmos que se vierte a través de un especial organismo síquico y biológico.

Los pueblos y los hombres en su infancia no comprenden el secreto de su intimidad. Viven imitando las intimidades ajenas, que confunden con la suya propia. Sólo después de una larga experiencia dolorosa se descubren a sí mismos. Conocerse a sí mismo es ser uno mismo, es tocar las alas de su espíritu. El conocimiento es consustancial a la existencia y al ser de una criatura. Es lo que quiere expresarse en la sentencia del Oráculo de Delfos: *Conócete a ti mismo.* Esto lo ha ignorado el hombre americano durante cuatro siglos.

América -lo repetimos-ha vivido extraviada, recogiendo las resonancias periféricas del Viejo Mundo, como el infante que convierte en modelo a su padre. Nuestros pueblos han convertido en mueca los *estilos ajenos*, que buscan un mercado de ideas y una proyección narcisista en ultramar, que se convertían por ello en mero reflejo, en deformación grotesca. De allí que América haya sido una vacua gesticulación cadavérica e hiperbolizada de la palabra viva. Nada más ni nada menos que lo de la caverna de Platón.

"-¿Verán algo más que la sombra de los objetos que pasan detrás de ellos?

-No.

-Si pudieron conversar, ¿no convendrían en dar a las sombras que ven los hombres de las cosas mismas?

-Sin duda alguna.

-Y si tuviesen en el fondo de su prisión un eco… que repitiese las palabras de los transeúntes, ¿no se imaginarían oír hablar a las sombras mismas de los que pasan delante de sus ojos?

-Sí.

-En fin, ¿no creerían que existe otra cosa real que esas sombras?..."

"-Les será preciso largo tiempo para acostumbrarse a ello (los seres reales): primero, discernirán más fácilmente las sombras, en seguida, las imágenes de los hombres y de los demás objetos reflejados en la superficie de las aguas, y, por último, los objetos mismos".

Y esto es la *americanización de América*, el hecho inaudito que significa en la vida de un pueblo que éste llegue a discernirse a sí mismo, que alcance el fondo de su ser logrando la expresión de su alma, que salga de la "caverna" -donde no percibe sino sombras-, a plena luz del Sol, donde está el alumbramiento y la percepción directa de sí mismo. Y esto no puede ser si no discierne entre las sombras y su ser esencial, entre los ecos y su voz viva; si no distingue entre los espectros de los otros y su inalienable intimidad.

2º HACIA UNA NUEVA PULSACIÓN CULTURAL

I
CALDERA DE VAPOR

La historia de los pueblos, de los hombres y de las cosas nace a su debido tiempo y con su verdadero intransferible sino. No antes ni después, sino en su hora justa. No distinto ni permutable, sino dentro de un signo inconfundible de un riguroso sentido de realización. No se trata de una fatalidad providencial y metafísica, sino de la determinación orgánica de un proceso que, como todo lo que vive, está sujeto a las leyes internas de su expresión. Para que un pensamiento sea algo vivo y se concrete en hechos significativos es preciso que se encarne en el sentido de su época, en el dramatismo personal de la vida del hombre, que es el sujeto de la historia. Nada más equivocado que el punto de vista del racionalismo que, atribuía a las ideas puras e *inmateriales*, por decir así, una suerte de potencia mágica que operaba milagros. La

idea era una especie de teúrgo que creaba de la nada, que no necesitaba insertarse en la vida e impregnarse de ella para actualizarse como hecho, como fenómeno histórico, como peripecia humana. Se pretendía transformar el mundo desde afuera, es decir, de la periferia de las cosas; cuando el camino es inverso, porque las cosas se expresan y realizan desde dentro; cuando los pensamientos se hacen vida y se actualizan surgiendo desde la entraña de los seres. Se creía transformar la vida con programas externos, cuando los programas sólo son capaces de influir sobre ella e, inclusive, orientarla, cuando surgen de su esencia más íntima.

Este error de los siglos XVIII y XIX, que tuvo tan decisiva influencia en la vida contemporánea y del cual se desprende su carácter catastrófico, se explica porque la intelectualización del hombre llegó a un límite desmesurado, hasta desplazar todas las valías espirituales, morales y biológicas del ser humano. Se sobreestimó la facultad racional, que sólo es un instrumento de expresión, con tanto o menos valor que los otros instrumentos o potencias del espíritu. A costa del desarrollo estrambótico de una facultad se deformó el resto orgánico de la vida y, así, hemos asistido al espectáculo satánico de que simples entelequias abstractas y muertas intentaron crear y gobernar la historia: el cadáver ideológico rigiendo el calor y la multiplicidad de la vida.

Y aquí llegamos a un hecho simple e insignificante, al parecer, desde el punto de vista racional, pero que entraña un profundo significado histórico, hasta adquirir la categoría de un símbolo. Queremos referirnos a la invención de la caldera de vapor, que revoluciona la industria contemporánea y que cambia, de un modo radical, las condiciones externas de la vida humana. Para que la invención de la caldera de vapor se hiciera *histórica*, para que se insertara en los acontecimientos como expresión del espíritu de una época, fueron necesarias las condiciones determinadas en que apareció. Fue preciso que surgiera el sistema capitalista y que la economía salvara sus etapas anteriores convirtiéndose en economía industrial. La caldera de vapor fue ya inventada una vez por Arquímedes. Sabido es que este sabio descubrió todas las leyes mecánicas de vapor y construyó un aparato o marmita para aprovechar su fuerza de impulsión. Pero, el invento, la idea quedó como una simple curiosidad o juguete sin explicación práctica y sin llegar a constituir en instrumento de expresión histórica. La caldera de vapor se inventó, realmente, cuando Watt y Stephenson la convirtieron en vehículo histórico, cuando el sentido de los tiempos tomó carne en ella. Lo que ocurrió con la caldera de vapor, ocurre, también, con innumerables inventos de ahora, sumamente ingeniosos, que quedan relegados a la categoría de simple juguetería infantil. Y es que la Idea, el Pensamiento, la Razón o como quiera llamársele, no crean nada desde fuera, como teúrgos periféricos e independientes; igual que las demás potencias de la vida, son simples instrumentos de expresión que operan desde dentro y que se actualizan a condición de encarnarse en la cuita dramática y vital del hombre.

Por no haber comprendido esta verdad, el hombre contemporáneo ha sido un extraviado, y gran parte de su historia, una catástrofe. Los más eminentes pensadores de hoy lo han comprendido con indudable claridad y no resistimos a la tentación de transcribir un párrafo de Ferdinand Fripd a este respecto: "Después de la guerra el alma reacciona; asistimos al cambio de frente, de lo *fuera hacia lo dentro,* del tener hacia el ser"…"Cuando lo irracional ataca a lo racional, y el contenido a la forma, tanto la razón como la forma al principio llevan ventaja. La forma es sólida, pero carece de alma: es la fórmula deslumbradora. Lo irracional en si debe antes de dar con la forma en qué llegar a encarnarse. En política este elemento irracional anda buscando con titubeos sus formas de expresión…".

"El desasosiego de los jóvenes señala este retorno hacia el alma de una manera más clara y más pura, pues el mundo de la razón no ha tenido tiempo aún de embeber a la juventud, todavía no del todo deformada. Los partidos políticos se descomponen en sentido vertical: los jóvenes se separan de los viejos o se rebelan contra ellos. Lo esencial para este movimiento es no contraer compromisos con lo que ha existido; pues para él sería el suicidio. Lo irracional no puede contraer compromiso alguno con lo racional, el alma con la inteligencia, y, en caso de que, a pesar de todo, lo contraiga, viene a experimentar su propia insuficiencia y a desmentirse a sí mismo".

II
LA VITALIDAD DE LAS IDEAS

Así como las cosas tienen su inserción histórica precisa, cual el ajuste de una pieza dentro de un todo, las ideas tienen, también una ubicación viva que es lo que les da su fuerza creadora. Cuando no ocurre así, se quedan en simple juguetería racional, en mera gimnasia dialéctica. No se trata de que el hombre sea una máquina facturadora de ideas, sino que las ideas sean la expresión honda del hombre. No éste el esclavo de las ideas, sino éstas al servicio del espíritu humano y de la historia. Sin embargo, por absurdo que parezca, la humanidad occidental, durante más de dos siglos, ha partido de esta premisa falsa que,

por serlo, era, también, deformadora de la vida: "todo lo que es real es racional y todo lo racional es real". He aquí, el esquema cadavérico y exhaustivo de todas las demás categorías vitales en que llegó a formularse la unilateralidad de una etapa superintelectualizada hasta el suicidio. No es que el hombre de hoy quiera renegar de la razón; es que la razón debe ocupar su lugar y nada más que su lugar; debe ser un simple resorte o instrumento del ajustamiento total de la vida.

El desplazamiento de la razón fuera de su lugar nos dio esas etapas incesantes y crueles en que la violencia alcanzó el máximo de su poder destructivo. Los excesos y la barbarie de las Cruzadas -aunque en otro sentido tuvieran éstas un valor simbólico-, la noche de San Bartolomé, los crímenes de la Inquisición, las explosiones sanguinarias de la Revolución Francesa, los programas antisemíticos y la inconcebible barbarie de la guerra mundial que acaba de terminar, con el resultado directo de las entelequias racionales que circulaban y regían al mundo en cada uno de esas etapas. Pero, el desplazamiento de la razón no sólo tiene como resultado la violencia ciega y destructiva, sino, lo que es peor, el agotamiento de todas las demás potencias vitales, el rebajamiento del valor integral de la vida, a la manera como una planta no puede medrar dentro de una atmósfera cargada de emanaciones tóxicas y venenosas. La razón ejerce, entonces, una acción depresiva y se torna infernal y destructora, como cualquiera de las otras manifestaciones de la vida que se desmesurara más allá de su función específica. La vida crece y se vigoriza en el equilibrio, en el armónico engarce de todas sus facultades y potencias.

Las ideas, para que puedan asumir su eficacia vital y creadora deben estar ubicadas dentro de la entraña de la vida y de la historia; deben surgir de dentro hacia fuera, del alma hacia las cosas. La invención racional ha costado caro al hombre de todas las épocas y, singularmente, al hombre contemporáneo, en el que ha adquirido, por su virtualidad de intelectualización, el máximun de su virulencia.

III
EL DOMINIO DE LAS COSAS

Puédese teorizar cuanto se quiera, que las ideas, si no tienen detrás de ellas la palpitación de un alma, si no son ellas la encarnación de una poderosa voluntad de ser, si no cabalgan dentro de una realidad histórica y si no se infiltran en las alas de una emoción vital, se quedan yertas, cadavéricas, inicuas y estériles para un sentido positivo y creador. Pero, llega a veces el caso en que se reaniman y viven artificialmente, como verdaderas larvas mentales que se nutren de los demás órganos biológicos y, entonces, se tornan en poderes maléficos y represivos, porque pretenden embridar o regir desde fuera el vasto y rico complejo de la vida. Así se explica que los teorizantes y los ideólogos puros nunca alcancen una efectiva capacidad creadora y que las ideas que parecen más hermosas y brillantes quédense flotando en el espacio, como grumos de nubes que se dispersan al viento.

Acaso una de las ideas que surge más poderosamente vitalizada de la cultura occidental y que está destinada a marcar, como realización histórica, una etapa decisiva en la revolución espiritual y moral del hombre, sea la proyección del ser humano *hacia el dominio absoluto y pleno de las cosas, del mundo exterior y periférico; en una palabra, hacia el dominio de la Naturaleza.* Por eso, la ciencia, que en Oriente estuvo envuelta en los mitos, en las teogonías y en las cosmogonías fabulosas y simbólicas, en Europa adquiere una prestancia y una categoría extraordinaria. Toda la vida occidental se hizo científica y aun las fuerzas irracionales se sometieron a su dominio. La revolución industrial fue un producto neto de la ciencia, y la técnica no es sino la aplicación práctica de los principios y descubrimientos científicos. Hubo, inclusive, una religión científica: el Positivismo de Comte. Y así como en la Edad Media toda la vida se hizo teológica, en los siglos XVIII, XIX, y XX se convirtió en principios, teoremas y dogmas científicas. Nació, entonces, esa ingenua concepción cientificista del progreso, que desplazó las valías internas del alma y del espíritu.

El auge de las ciencias naturales y el materialismo filosófico y económico, contribuyeron poderosamente a que el hombre occidental cumpliera con su extraordinaria misión histórica. Sin el "materialismo", que se concretó en pensamiento y en acción precisos, pleno de energetismo creador, el hombre europeo no habría podido dar ese prodigioso salto que necesitaba la civilización humana para poderse integrar en una nueva síntesis de la vida.

El confort, la higiene, todas las facilidades de la vida material; la locomotora, el automóvil, la radio, el aeroplano, el telégrafo, la televisión, los caminos terrestres y las vías marítimas, el teléfono a grandes distancias y todas las demás aplicaciones científicas que evidencian el esplendor de una civilización jamás alcanzada, en su plano, por el hombre de las culturas anteriores, constituyen la *proyección del ser humano hacia fuera, hacia el dominio de la Naturaleza y de las cosas por el hombre.*

El Occidente no pudo alcanzar este poderío sino a costo de los otros valores espirituales. Es la ley de compensación. Tras de un ciclo fulgurante de ascensión, desa-

táronse las fuerzas irracionales, y rotos los dogmas epidérmicos que las reprimían, Europa desembocó en esa tremenda catástrofe apocalíptica que fue la última guerra. Desde entonces, cesa todo impulso creador de gran estilo en los diferentes órdenes de la vida y se inicia, ostensiblemente, un movimiento de declinación. Y mientras el hombre oriental fue el dueño de si mismo y el vencido de la Naturaleza *y de las cosas, el hombre occidental es el dueño y soberano de la Naturaleza y de las cosas, y el esclavo de sí mismo.*

Nos encontramos en una verdadera encrucijada de la historia y es preciso que el hombre busque una salida. En esa tarea estamos. Entre terribles convulsiones trágicas, entre letales sobrecogimientos de angustia, en medio de un mundo que deflagra por todas partes, estamos recogiendo en nuestros oídos agudizados, como en una inmensa caracola, las trepidaciones de una época que se desploma.

IV
TAREA DE AMÉRICA

En momentos en que esta cuita del mundo contemporáneo se hace más agudo y trágico, América, especialmente América Latina, toma conciencia de sí misma y se inserta en el acontecer histórico. Ya hemos dicho que se ha dicho muchas veces que América era un reflejo de Europa y que sus acontecimientos no eran acontecimientos americanos, sino acontecimientos europeos, porque no estaba aún madura, ni estaba maduros los tiempos, para que pudiera expresarse a sí mismo. Como las notas tónicas de América eran distintas de las notas tónicas de Europa, que eran el producto de una distinta conformación vital y telúrica, la cultura europea tuvo que expresarse mal, tuvo que deformarse y desgradarse a través de América. Una lengua no puede escribirse con un alfabeto extraño ni puede organizarse en una expresión con una gramática ajena. Si lo hace, es a costa del desmedro de sus modulaciones más finas y recónditas. América apenas comienza a crear sus propios instrumentos de expresión, a través de los cuales no sólo podrá revelarse ante el mundo, sino, ciertamente, superar las realizaciones anteriores.

Si por un procedimiento de abstracción nos figuramos como un todo las culturas orientales -cada una de las cuales tienen, claro está, sus matizaciones exclusivas y propias- , descubriremos un propósito de realización, un objetivo vitalizador, un sentido general; *el dominio del mundo interno por el hombre, el dominio de sí mismo.* El esfuerzo que realizó en este sentido el mundo antiguo y los resultados que obtuvo son, efectivamente, extraordinarios y magníficos. Con las culturas antiguas la humanidad salvó, quizás, su etapa más importante y difícil. Superó lo milenios de animalidad prehistórica y arcaica, y se convirtió realmente en una *humanidad.* El hombre se hizo efectivamente hombre. Lo primero era adquirir la conciencia de sí mismo, al alumbramiento de su propio ser y, con ello, la conciencia de sus posibilidades ulteriores. La conciencia de sí mismo es, también como consecuencia vital correlativa, la conciencia del mundo exterior y, por consiguiente, el comienzo de su dominio. La misión de Europa no podría emprenderse antes de que terminara la tarea del mundo antiguo.

Es pura necedad afirmar la superioridad absoluta del Oriente sobre Occidente, y lo mismo es hacer la afirmación inversa. Cada uno es superior, en verdad, al otro, dentro de su respectiva pendulación vital. En esta necedad han incurrido muchos de los grandes hombres de Europa y no pocas de las grandes figuras contemporáneas de Oriente. Para Europa, el Oriente ha sido la ignorancia, el atraso, la superstición. Para Oriente, Europa es el materialismo brutal y ciego, la degradación moral, el eclipse del espíritu y de la más profunda sabiduría humana.

Así como Europa no pudo emprender su misión: *el desarrollo de la inteligencia racional y el dominio del mundo externo,* sin que Oriente hubiese cumplido la suya, América tampoco, podía empezar a realizarse, a buscar la expresión más profunda de sí misma, a *insertarse en la historia,* sin que Europa y Asia hubieran articulado sus respectivos mensajes.

El destino de América es resolver, en una superior unidad humana, la cuita angustiosa, la encrucijada trágica en que ha desembocado el mundo contemporáneo, y ser ella misma una continuidad y la continuidad del mundo. No queremos decir, como Splenger, que haya llegado la decadencia definitiva del Occidente, sino que la pendulación espiritual y cultural del mundo tendrá que pasar a América, así como antes estuvo en Asia y después en Europa. América será como la partera cósmica de una cultura integral, cuya máxima expresión se dé tal vez en Oriente, tal vez en Europa. Es el secreto del destino y de los tiempos.

Pero, la salida de esa encrucijada es América. Las antinomias de Europa parecen irreductibles dentro de su clima espiritual y moral. Los imperialismos y nacionalismos rivales; las incomprensiones y los odios de raza; los dogmas nacionalistas, tanto o más explosivos que los dogmas religiosos; la fricción violenta de la jerarquías dominantes con los intereses y la aspiraciones de los pueblos; las contradicciones de un sistema económico que se hun-

de; la atomización cultural en cenáculos nacionales; la hipertrofia del Poder Público en dictadura permanente; el montaje total de la industria y de la economía para la guerra; la deshumanización casi total de la vida y del hombre europeo; la desarticulación de toda la estructura moral, política, social y jurídica de sus pueblos, que se refleja en la impotencia de la Liga de las Naciones (1), nada de esto encuentra solución en el Viejo Mundo.

Europa se encuentra, salvadas las distancias y las condiciones históricas, en una situación semejante a la del Mundo Antiguo en sus años postreros. El mismo tumulto galopante de los acontecimientos, el mismo sobrecogimiento del hombre que ha perdido su brújula espiritual, el mismo crujido de las instituciones tradicionales que se derrumban.

Y así como el Mundo Antiguo hizo necesario el subimiento de un hombre nuevo, la creación de nuevos órganos biológicos, capaces de resolver en una unidad superior sus antinomias irreductibles de entonces, la crisis actual reclama, también, el nacimiento de un nuevo tipo de hombre, nuevo desde su base telúrica y biológica, hasta la función de su inteligencia, de su actitud moral y de su espíritu.

3º LA GRAN TRAYECTORIA POLÍTICA

I
LOCALISMO, NACIONALISMO

Estamos ya bastante lejos de las culturas y de los gobiernos localistas, que fueron, por excelencia, las culturas y los gobiernos medioevales. El torreón y la almena fueron todo el castillo feudal e importaban, desde el punto de vista del espíritu, la restricción absoluta y plenaria de toda universalidad. El señor, el castellano, era el señor en el sentido más alto de la palabra: administraba la espada y la horca que constituían los signos y los instrumentos efectivos de su dominio. Sabemos que la monarquía fue, entonces, sólo una abstracción moral o jurídica y que el Soberano era tan abstracto y tan débil en el terreno de las realidades políticas y militares que su actitud natural y habitual era una actitud defensiva, frente a las insolencias y a los latrocinios de sus vasallos. El Poder concreto, el Poder de facto, el Poder hecho carne de realidad tangible, residía en el señor.

No quiere decir esto, que el espíritu medioeval careciera de un espíritu unitario y congruente, ni que participemos de la leyenda oscurantista de la Edad Media. Nunca fue más cierto, si cabe, el aforismo de que la multiplicidad se da siempre dentro de la más rigurosa unidad. Lo distinto, lo dispar, lo inconexo, en el sentido absoluto del concepto, no puede ser órgano de expresión histórica, porque es negación y contraposición, porque carece de concatenación biológica y, por consiguiente, no alcanza jamás a ser vehículo de expresión de una época. El localismo provincial o parroquial de la Edad Media, constituyó una etapa necesaria y lógica dentro del proceso de la cultura occidental y tuvo, en algunos aspectos, sus espléndidas floraciones espirituales. Entonces, el mundo europeo no pudo ser sino localista y provincial. Como todo organismo comienza a generarse por la célula, el organismo político y cultural europeo debió generarse por la célula política y cultural que es la parroquia, la provincia o la marca territorial. A la restricción del espacio tenía que corresponder, por correlación lógica, la restricción del espíritu. Es el incoercible proceso dialéctico. El feudo, el señor y el castillo desempeñaron una función biológica y educadora de enorme trascendencia, porque, sin ellos, lo que ahora conocemos por el mundo contemporáneo, no habría podido nunca constituirse.

Con el hundimiento del sistema feudal comienza la era de los nacionalismos; comienza también, en realidad, la era de la Monarquía. A la unidad celular de la parroquia, sucede una unidad de más amplio circuito; la unidad de la Nación. A la congruencia biológica del fundo sigue una congruencia biológica de más dilatada envergadura. Sólo, entonces, la Monarquía, teórica y abstracta, se hace tangible y concreta. Entonces, también, el Soberano es el soberano en carne de la realidad política, económica y militar. Reside en él, el Poder de facto, el Poder concreto, y la soberanía jurídica se traduce en dominio.

Mas, la modalidad o el clima de la Edad Media debía prolongarse hasta la Revolución Francesa, no obstante haberse constituido, desde hacía algunas centurias todas las nacionalidades europeas. Las fechas de los manuales no logran jamás encasillar una sustancia tan móvil y fluida como la de la historia. Nada tan falso, como las casillas cronológicas. Ocurre que los hechos precedentes, tiñen, impregnan con su sabor a los hechos posteriores y subsiguientes, a la manera como la cauda de un cometa va dejando una ruta de esplendor aunque su masa cósmica se encuentre a millones de leguas de distancia.

(1) Esto se escribió en 1936.

En verdad el espíritu del castillo feudal trasvasándose a la Monarquía personalista y al absolutismo del derecho divino de los reyes, cayó en la Bastilla. "El Estado soy yo" pasó a ser el *Estado de la Nación.* Es ya el nacionalismo europeo que destaca netamente sus perfiles, pero es un nacionalismo que todavía no ha rebasado el espíritu parroquial.

Desde entonces acá, toda la cultura occidental es una cultura nacionalista, pero, el patriotismo europeo no tiene aún otro sentido que el de la restricción localista. La parroquia medioeval se prolonga, un poco más dilatadas sus fronteras, hasta nuestros días, el objetivo paneuropeo de Napoleón choca contra la parroquia feudal, y ella es hasta el presente el gran obstáculo para la unidad política y económica de Europa. El nacionalismo restrictivo de cada nación arrastra al mundo a la guerra de 1914. La pugna presente de Europa, el la pugna desgarrada de sus nacionalismos. Jadeo entre la energía gravitante de su pasado histórico y las fuerzas dinámicas y creadoras del porvenir. El patriotismo parroquial o patriotismo nacionalista lucha, con patetismo trágico, por hacerse patriotismo paneuropeo. En este forcejeo, surge, a veces, la petipieza o el paso de comedia que anuncia, sin embargo, la madurez y el logro del futuro. La historia contemporánea está llena de estas zarzuelas u operetas bufas que contienen, no obstante, un germen de sustantividad biológica. No es que querramos hacer una paradoja. ¿Hemos aludido, acaso, a la Liga de las Naciones?

II
NACIONALISMO Y PATRIOTISMO CONTINENTALES

Ya Guillermo Ferrero apuntaba, tácitamente, que el nacionalismo europeo, no sólo era parroquial en el sentido político, económico o militar, sino en el sentido geográfico, territorial o topográfico. Basta viajar, expresaba el publicista italiano, unas pocas horas en Europa, para que el paisaje, la forma de gobierno, la lengua, la religión, las costumbres, la raza y el espíritu cambien de un modo radical.

Efectivamente, de Paris a Berlín o a Londres hay más distancia sicológica que de México a Buenos Aires, y hay más extensión histórica, política y etnológica que entre el Río Bravo y el Cabo de Hornos. Mientras en Europa, la frontera es, hasta cierto punto, *natural*, porque obedece a un determinado sistema orgánico y biológico, en América Latina es una simple convención jurídica, una mera delimitación caprichosa que no se ajusta ni a las conveniencias y necesidades políticas, ni a las realidades espirituales y económicas de los Estados. Mientras en Europa, con frecuencia, los pueblos originan y constituyen los Estados, en América, el pueblo es una gran unidad y los Estados son meras circunscripciones artificiales. Mientras pueblo y Estado en Europa son casi sinónimos porque hacen referencia a las mismas realidades, porque éste es la traducción política y jurídica del estado económico, físico y anímico de aquél, en América Latina pueblo y Estado tienen un sentido diferente y, a veces, hasta antagónico, porque Estado es una simple delimitación o convención que no designa una parcela substancial de la realidad. En Europa, el Estado fue una fuerza unificadora y constructiva; ejemplo patente de ello es la constitución de la Monarquía francesa que ligó los feudos dispersos y rivales en una entidad política y vigorosa. En América Latina es una fuerza atomizadora y disgregrante. Las diferencias entre los pueblos de Indoamérica son tan mínimas y tenues que no logran nunca constituir individualidades separadas, como en el Viejo Mundo. De norte a sur los hombres tienen el mismo pulso y la misma acentuación vitales. Constituyen, en realidad, un solo pueblo unitario de carácter típico, específico, general y ecuménico.

Así se comprende que, mientras el nacionalismo parroquial en Europa tiene que vencer formidables barreras naturales, históricas y biológicas para superarse y hacerse patriotismo panaeuropeo, el nacionalismo lugareño de América, el patriotismo restrictivo de cada Estado no tiene ningún obstáculo natural, tradicional o atávico para ascender y alcanzar un nivel superior.

En Europa, hasta cierto punto, el nacionalismo restrictivo es el resultado de un sistema orgánico de coordenadas históricas, raciales, económicas y geográficas; en América Latina, es el engendro del caos, del mundo inferior y abisal, de las fuerzas ciegas y negativas, de la ausencia de un gran estilo político constructor que sea consciente de los supremos objetivos continentales.

Hubo un momento en la vida del Viejo Mundo, en que el nacionalismo fronterizo desempeñó una gran misión histórica y, por eso, sus raíces más profundas están sumergidas en la savia biológica de su crecimiento. Como el feudo, la nación fue una realidad educadora y constructora; constituyó un estadio o etapa necesaria en el proceso de la cultura europea. En el Nuevo Mundo, el nacionalismo parroquial es extranjero y foráneo, es ilógico y antinatural, es una redundancia y, por ende, un retroceso de la historia misma, un paso regresivo; es la escurraja o el material de acarreo que el calco irracional y servil de la vida europea nos impuso. Si en Europa, la pugna de los nacionalismos es una tragedia conmovedora

porque encierra todo el drama de su pasado, en América es una estupidez y un crimen inexcusable contra el porvenir.

Somos, pues, los indoamericanos el primer "Pueblo Continente" de la historia y nuestro patriotismo y un nacionalismo tienen que ser un patriotismo y un nacionalismo continentales. Todo nos impulsa, visiblemente, hasta para los ojos menos zahoríes, a crear y constituir una cultura más universal que la europea. El mismo *Standard* del hombre latinoamericano, que tiene una misma pulsación cósmica, determina su destino histórico. Europa nos ha educado y tiene aún que educarnos, pero, nosotros tenemos la responsabilidad de rebasar sus limitaciones inherentes, alumbrando, clarificando y definiendo nuestra misión histórica y humana. No es por el camino de la diferenciación y de la creación original. Sería insensato no comprenderlo.

Sólo para el villano y el siervo de la Edad Media resulta una paradoja hablar de patriotismo continental porque es un concepto que cae fuera de sus realidades económicas, políticas y sociales; así como para el chauvinista contemporáneo usufructuario de las banderas nacionales, resulta paradójico que se hable de patriotismo revolucionario.

El pequeño *panneau* mediano del patriotismo nacionalista de Clemenceau, pongamos por caso; y éste, a su vez, debe ser superado por el gran *paneau* del patriotismo continental del PUEBLO CONTINENTE que es América. La espiral tiene en su base un círculo pequeño y remata en un gran círculo que abraza un horizonte histórico más vasto. Es preciso conservar la justa perspectiva de estos *panneaux* de expresión histórica, si se quiere comprender, también, en su justa proporción , la entraña viva de los acontecimientos. La perspectiva mal enfocada da por resultado que el enano aparezca como un gigante o que éste aparezca como un enano. De allí esa miopía, cundo no daltonismo completo, de nuestros estadistas y hombres públicos frente a los acontecimientos capitales de nuestros países y frente a los movimientos políticos, culturales y sociales de gran envergadura continental.

Del nacionalismo europeo al nacionalismo latinoamericano hay la misma distancia que del sepulcro a la cuna del pasado al porvenir, de lo abolido y muerto a lo que está en plena vigencia histórica y en toda su poderosa ascensión vital. El uno, es el *De profundis* de una tumba; y el otro, es la diana y el vagido de un nacimiento. Para nadie más que para el hombre americano de hoy, existe la responsabilidad y la urgencia de establecer la justa perspectiva del patriotismo contemporáneo.

III
EN EL TRANCE DRAMÁTICO

No queremos hacer de augures con respecto al destino de América Latina. No se trata de una profecía o de un rapto adivinatorio, extraídos del curso de los astros o de las entrañas de las víctimas. Se trata, ciertamente, de un imperativo y gravitante proceso dialéctico que surge, con limpia transparencia, de un análisis racional, verificado con todo rigor científico.

Como el niño, en su primera edad, el hombre latinoamericano ha vivido hasta hoy regido sólo por el instinto que regula las ciegas fuerzas biológicas de su estructura orgánica. Empero, los pueblos, como los hombres, no pueden quedarse en esa etapa infantil del instinto so pena de renunciar a sus destinos superiores. Prolongar la edad pueril más allá de los límites naturales, significa el mancornamiento o la represión de la vida ulterior y, por consiguiente, es un llamamiento apresurado a la disolución y a la muerte, en un estadio que ni siquiera puede llamarse de vejez, puesto que ha carecido de virilidad creadora.

La América Latina atraviesa, quizás, el instante más crítico y dramático de su vida y está en el trance de sus decisiones vitales que asumen mayor trascendencia. Nada define mejor que esta cuita trágica que el *to be or not to be* de Hamlet, aunque el símil sea resobado. Anquilosamente, regresión y muerte o ascensión biológica, vigencia histórica y continuación progresiva. Esta es la alternativa de nuestros pueblos. Detenerse es el retorno al caos, es tanto como morir y disolverse.

La contextura de nuestros pueblos, el sentido interno y profundo de la vida continental, el carácter unitario y ecuménico de nuestra alma colectiva, la compulsión dialéctica de nuestra estructura histórica, nuestros grandes intereses políticos y económicos nos llaman a la solidaridad, a la mancomunidad y a la unión. Pero, no a una solidaridad romántica y discursiva, tema adocenado y vulgar de las cancillerías entre copa y copa de champagne, sino a la constitución de un vasto organismo concreto y tangible, de un organismo que rija encarne de realidad política, económica y cultural, nuestros destinos superiores.

En suma podemos formular, esquemáticamente, la trayectoria futura de América Latina: *nacionalismo lugareño regresivo, antidialéctico; nacionalismo atómico y parroquial a la europea, impregnado de la pugnacidad disgregante de la Edad Media. O nacionalismo continental, unitario, congruente, constructivo y de una más amplia pulsación cultural y humana.*

4º AMÉRICA, TERCERA DIMENSIÓN DE LA CULTURA DE OCCIDENTE

I
LA ABSORCIÓN DEL MUNDO

El espíritu humano no pude expresarse sino apropiándose, absorbiendo el contorno material y síquico en que opera, incorporando en su dominio la substancia neutra de la Naturaleza. En términos nacionalistas, el yo, no es sino el *no-yo*, el mundo exterior, aplacado, vencido, subyugado por la inteligencia. Comprender es tanto como *aprehender y absorber* y la eficacia del cerebro, como instrumento de creación, depende de su capacidad responsiva ante los impactos de la realidad.

La cultura no es otra cosa que esa capacidad dinámica de aprehender que el hombre pone en juego en el acto de conocer. Capacidad absorbente de esponja que incorpora dentro de su conciencia, es decir, dentro de sus ser, la vasta y rica multiciplicidad del Universo. Por eso, la cultura consiste, esencialmente, en la mayor o menor sensibilidad para sentir como *Una*, como propia e individual, la extensión total del Cosmos. Por eso, también, el hombre culto frente al paisaje lo profundiza y se lo *apropia*, lo hace carne de sus conciencia y de sí mismo, mientras el salvaje o el hombre primitivo, se desliza, resbala sobre él, como sobre una superficie impermeable, sin comprenderlo ni aprehenderlo. Todo el proceso íntegro de la vida, desde el mineral hasta el hombre, es una gradación de respuestas, cada vez más agudizadas y afinadas, ante los impactos del mundo. La conciencia no es sino una concatenación de respuestas al Universo, el diálogo que el hombre entabla con las cosas. Este diálogo comienza con lo que se conoce en biología por la *irritabilidad* de los organismos inferiores y remata con el canto, la música, la poesía, la filosofía en el hombre.

Cultura es, pues, sinónimo de sensibilidad y, por eso, el cerebro se constituye como una antena fina y vibrátil y aprehende y traduce en pensamiento y en acción los mensajes múltiples del Cosmos. Desde que hay una sensibilidad actuante, cesa el caos porque ella aglutina, a la manera del imán, las fuerzas dispersas y heterogéneas que antes carecían de congruencia; porque ella liga, en una síntesis, las cosas y los hechos más lejanos que, de súbito, se acercan y encuentran su conexión y su sentido. El *fiat lux* bíblico es la aprehensión de las cosas por la conciencia. Sólo entonces es posible la luz porque ésta es, ante todo y sobre todo, alumbramiento interno.

En este respecto, podemos definir, genéricamente, la cultura, como la congruencia de un determinado orden de cosas ante la conciencia del hombre. Empero, esta congruencia selectiva que agrupa cosas, hechos y fuerzas afines, no es una clausura absoluta e intransferible, como lo quiere Spengler en su concepción de los ciclos u organismos culturales. Si la forma cultural muere -ya lo dijimos en otra ocasión- el espíritu cultural, la vibración anímica que la forma expresó, persiste y se transfiere a la vida total de la historia.

Mas, la captación de la Naturaleza por la conciencia, tiene, también, como las cosas, una realidad dimensional. Conocemos en longitud, en latitud y en volumen. Es decir, como *punto geométrico* como *línea geométrica y como espacio geométrico.* Cuando la inteligencia ha captado el mundo en su tercer aspecto o de profundidad, entonces comienza, también, a aprehenderlo como función, como sustancia móvil y fluida, como actividad continua, como conjugación y fluencia perennes. De aquí, igualmente tres formas de pensar. Por la primera, las cosas son, sin relación ni choque posibles; es decir, sin discernimiento y sin dubitación, sin investigación comparativa. Manera primitiva, simplista e ingenua. Por la segunda, las cosas son *son y no son* en absoluto, se establece una dualidad irreductible, una negación intransitiva, sin transferencia posible. Por la tercera, las cosas *son y no son* a la vez, están haciéndose y deshaciéndose continuamente; es el sentido de la fluencia y del devenir perpetuos. Manera dialéctica, viva, conocimiento en volumen y en profundidad.

II
LA CONCEPCIÓN MONODIMENSIONAL

Como fenómeno o hecho experimental completo hasta el estadio actual de su desarrollo, no conocemos sino un ciclo de cultura, el ciclo histórico llamado de Occidente. Es también el más inmediato a nosotros y, por ello, el más accesible a nuestro análisis. La cultura árabe no es una realización tan vasta y universal como la nuestra. La cultura griega y romana no podemos precisarlas todavía en toda su rigurosa significación, y de las otras culturas antiguas: la sirio-babilónica, la egipcia, la china, las indostanas, las culturas americanas y africanas, apenas tenemos de ellas meras referencias literarias, arqueológicas y geográficas. Y si es que hubo una cultura o varias culturas atlánticas que alcanzaron, tal vez, mayor universalidad que la nuestra, sólo poseemos la vaga y lacónica alusión del Timo platónico.

El campo experimental sobre el cual van a operar estas meditaciones es, pues, la cultura europea, tanto por su proximidad, cuanto porque nosotros mismos, en cierta manera, somos actores de ella. Esto, que es una enorme

ventaja subjetiva, es, también, una desventaja, por aquello de que no se puede conocer el bosque en su integridad objetiva estando dentro, sumergido en la espesura. Empero, al conocer, no podemos prescindir de nosotros mismos y debemos sufrir las limitaciones inherentes a nuestra naturaleza.

Cuando decimos que una cultura se desarrolla en tres estadios geométrico, y deducimos de tal afirmación conclusiones generales, somos absolutamente conscientes del compromiso demostrativo que asumimos con nuestros lectores. Pero, esta labor que supone tiempo, documentación y referencias precisas no podemos realizarla en estos ensayos que están destinados a trazar, a grandes rasgos, el perfil esquemático de América Latina, la visión rápida y lacónica de sus destinos. No se trata de una apresuramiento inmotivado. Buscamos un objetivo pragmático: el planteamiento ante la inteligencia de las juventudes latinoamericanas de un vasto campo de meditación y de acción inmediata.

El hombre de la cultura occidental, aun en sus ejemplares más eminentes, ha solido ser el sujeto de una sola dimensión. El filósofo, criatura especulativa, encerrábase en su gabinete de estudio y clausurábase para la vida: hombre de entelequias abstractas, se dedicaba a generalizar a costa de las realidades concretas, y deshumanizaba su corazón a costa de las realidades del amor. El hombre de acción, sujeto del poder político y de las realidades inmediatas y tangibles, desmesurábase en las actividades externas y superficiales, tornábase egocentrista, despótico, frío, cruel y estrechaba su razón y su sensibilidad hasta el nivel inferior del homínido geológico. El hombre de ciencia, sujeto de una disciplina particular, cuando la vida es toda una disciplina unitaria y total, no veía más allá del hecho experimental y del fenómeno, y ahogaba en su especialización el resto de sus posibilidades y las demás potencias de sí mismo. El hombre del apostolado o del amor, solía convertirse en el sujeto ritualista y dogmático de una confesión mística y religiosa, y trocaba su razón, su cerebro y su pensamiento en el hecho simplista, ingenuo y nativista de la infancia, rehusándose a toda explicación, a toda expresión racional y trascendente de la vida. Todo esto puede sintetizarse como la monocultura o deformación del hombre en sus partes. El hombre ha nacido para ser una criatura integral, ya que es un ser integral en la esencia más íntima de su naturaleza. Estamos destinados a conocer, a obrar y a vivir en tres dimensiones. No significa esto un sueño ni es imposible o utópico, porque está dentro de nuestra naturaleza, porque es inherente a la conformación privativa de nuestro ser, porque, inclusive, como excepción, se ha producido en ciertos espíritus -muy raro por cierto- que nos revelan la extensión y la potencialidad del hombre y que, como adelantados de la humanidad, marcan su camino futuro.

III
LA FUNCIÓN DEL MITO

Los hombres de las culturas primitivas solían condensar en narraciones simbólicas, en leyendas alegóricas, en apólogos significativos, en parábolas docentes la sabiduría colectiva de su progenie, los conocimientos y los descubrimientos científicos de sus mayores, el acervo de sus experiencias políticas y religiosas, la dirección y el sentido de sus destinos. Los mitos han sido, por mucho tiempo, los conductores y maestros supremos de la humanidad. Ellos guiaban a las diversas agrupaciones humanas y les señalaban la tarea que les tocaba realizar en el curso de la historia. Alumbraron el camino del hombre y definieron, consciente o supraconscientemente, el significado de su trayectoria vital.

Cuando al latinoamericano le toca iniciar su misión histórica, el nivel general del hombre ha alcanzado un extraordinario desenvolvimiento de conciencia intelectual. Las condiciones del mundo han cambiado radicalmente. La infancia de América no es la misma infancia del mundo primitivo, así como la infancia de un niño civilizado, no es la misma que la de un niño salvaje. La humanidad ha tenido y tiene muchas infancias. Tras de un período de involución. No podemos explicarnos de otra manera los florecimientos y los eclipses de las grandes civilizaciones. Como en las leyes cósmicas, en la historia, también de la inadaptabilidad y de la vejez se marcha al caos o a la nebulosa, y de ésta a un nuevo nacimiento y a una nueva infancia. El nuestro ocupa el piso más alto de la espiral evolutiva de los pueblos. Somos los sucesores de todas las culturas precedentes y los herederos directos de la cultura europea, cuyo tercer estadio dimensional estamos destinados a desarrollar en su plenitud.

Queremos decir que los medios y los instrumentos antiguos no pueden ya servirnos. Nuestros *mitos*, si es que preferimos seguir llamándolos así, tienen que ser mitos racionales, intelectuales, científicos. Tenemos que crear instrumentos apropiados que definan, de un modo preciso, el sentido de nuestros pasos futuros. Debemos forjar los vehículos necesarios de nuestras intuiciones generales, debemos perfilar los lineamientos que definan el carácter y la esencia específica de la tarea de habremos de desarrollar en la historia del mundo. Es preciso poner a contribución los esfuerzos de los guías presentes de América, de aquellos espíritus conductores que entrevén el

camino y que son capaces de precisarlo. Los pueblos no pueden vivir sin tener una tarea por delante. Esta fue antiguamente la función de las profecías, de las leyendas y de los mitos. Ellos estructuraban su pensamiento y su acción cotidiana y, en torno de ellos, como en torno de un sistema vertebral, adquirían dirección y sentido los acontecimientos, los sucesos y las acciones de los pueblos. De allí surgieron, como de una fuente común, las costumbres, los códigos morales, la ciencia, el arte, los sistemas religiosos y las legislaciones. En suma, todo aquello que constituye la vida total de un pueblo en el lapso de un ciclo histórico.

IV
EL PUNTO GEOMÉTRICO Y LA LÍNEA GEOMÉTRICA DE LA CULTURA OCCIDENTAL

Al trazar la trayectoria de América Latina ya hicimos notar cómo las nacionalidades modernas se originan de la célula política, que es el feudo o parroquia medioeval, y cómo los organismos nacionales de hoy están destinados por impulsión dialéctica, por la energía inherente a su crecimiento, a desenvolverse en vastas agrupaciones continentales. Política y económicamente el feudo es el *punto geométrico* de la cultura de Occidente, es la restricción localista llevada a sus máximas consecuencias. El castellano o el señor se comporta como un pequeño soberano independiente. Hace la guerra, concierta alianzas, verifica cesiones de tierras, preside la economía de su comarca, administra el derecho y la justicia de los siervos. La monarquía -ya lo dijimos, también-, es una entidad puramente jurídica y moral, débil, militar y económicamente. El monarca es sólo el primer señor feudal y su dominio efectivo sólo se ejerce sobre sus tierras feudales, como los otros señores, sus iguales. Para el caso, recordemos la forma ritual y significativa con que la nobleza ungía a los reyes francos. La Monarquía medioeval anuncia y es la precursora de la nacionalidad moderna, tanto como la Liga de las Naciones -débil, abstracta, jurídica y moral, como la Monarquía de entonces- anuncia y es la precursora de las vastas agrupaciones continentales del futuro.

La economía y la producción son de carácter esencialmente local y comarcano. Se produce sólo para consumir e incidentalmente para cambiar. Economía de consumo, de trueque y de intercambio de especies. La economía no tiene significación periférica sino centrípeta, no se universaliza sino que se restringe. Sólo cuando aparece la manufactura se produce, también, la segunda dimensión de la economía, *la línea geométrica* de la producción comercial. Entonces, se produce no ya para consumir y trocar sino para vender. La moneda y la máquina son los factores principales de este segundo plano económico. La célula de producción se ha convertido, dialécticamente, en un organismo de producción. El producto individual y aislado se ha diluído en el *compañero* y en el artesano. El punto señero del individuo se dilata en la agrupación de puntos económicos, en la línea gremial de producción. Estamos ante la alborada de las nacionalidades modernas.

La ciencia, el arte y, sobre todo, la filosofía, son eminentemente tecnológicos en el Medioevo. Es sintomático que Santo Tomás de Aquino escribiera una SUMMA filosófica desde el aspecto exclusivamente teológico. Se decía que la Teología era la madre de las ciencias y, desde el plano biohistórico, es absolutamente cierto que la Teología y la Metafísica constituyen la célula generadora, *el punto geométrico* de la mentalidad occidental. La SUMMA tomística fue el intento poderoso de reducir el conocimiento humano a la Teología, de centralizarlo en un punto, de reducirlo a una dimensión especulativa. La iglesia es la administradora y el guardián celoso de la ciencia medioeval. El sacerdote y el convento son los mejores vehículos de las actividades culturales en aquella época, y en medio de la ignorancia general de los pueblos bárbaros son los únicos maestros que fundan y sostienen escuelas, que ilustran y adoctrinan a los hombres.

Para el hombre medioeval, la Cristiandad era el centro y el ombligo del mundo; los demás eran pueblos paganos, indignos de la gracia divina y del ingreso al Paraíso de los justos. Las Cruzadas fueron vastas empresas teológicas, se sostuvo que el indio de América no tenía alma, y el más serio obstáculo que encontró Colón a su paso fue que la redondez de la Tierra era contraria a las enseñanzas de la Biblia. Galileo, por su parte, tuvo que abjurar públicamente de sus errores sobre la rotación de la Tierra, y muchos investigadores eminentes fueron las víctimas del concepto monodimensional del mundo que entonces impera. Astronómicamente, la Tierra era el centro del Universo; el Sol y los planetas giraban alrededor de ella.

El descubrimiento de América y los viajes de los navegantes dan a la Geografía una segunda dimensión, y el concepto de la lejanía se incorpora a la mentalidad general del hombre medio. El punto se hace horizonte y perspectiva. Es el momento en que se inicia el movimiento renacentista, cuya expresión prototípica es la Enciclopedia, visión panorámica y en superficie del conocimiento, de la ciencia, del arte, del hombre, de las cosas y del mundo. Pico de la Mirándola es un mar pleno de erudición y de saber y Leonardo da Vinci es escultor, dibujante, pintor, naturalista, ingeniero, mecánico, arquitecto y filósofo.

La ciencia militar comienza fundándose en la célula de combate, en el individuo, en el caballero armado de punta en blanco. Los escuderos o asistentes no entran en la lucha y son simples auxiliares de los guerreros. El valor individual es decisivo en la batalla, y la Edad Media está llena de los hechos hazañosos de los caballeros. Don Quijote sale solo a las conquistas y a la redención del mundo. El torneo, el combate singular es la forma típica que define la guerra medioeval y la batalla no es sino la lucha de millares de parejas individuales y aisladas. No era raro el caso de que el combate de una selección de caballeros decidieron la suerte de los pueblos. Era una lucha celular en que la batalla se desenvolvía en innumerables torneos particulares. El concepto de honor y de la cortesía personal llega a un desmesuramiento increíble. *Tirad primero, señores ingleses,* dice un capitán francés a sus adversarios. *Por mi honor, por mi Rey y por mi dama,* era la fórmula sacramental del juramento caballeresco.

Sólo algunos siglos después los ejércitos se organizan en grupos, en masas móviles de combate. La táctica y la estrategia de los capitanes, comienzan a cobrar una importancia de primer plano. El valor individual es reemplazado por la organización y la eficiencia colectiva del grupo. El punto miliar se ha convertido en la línea militar, la célula en organismo. Es el brote primigenio de la guerra moderna. No insistiremos más, en esta rápida sinopsis, porque rebasaríamos el carácter esquemático de estos ensayos. Bástanle al lector las ideas apuntadas para orientarlo en el sentido de nuestras conclusiones generales.

V
EL VOLUMEN GEOMÉTRICO O LA DIMENSIÓN DE PROFUNDIDAD

Hacia fines del siglo XIX y Principios del XX, se inicia el movimiento de profundidad o de *volumen geométrico* en la cultura de Occidente. Ya no se toma las cosas, los hombres, los sucesos, los pensamientos y las acciones en su aspecto dualístico, en sus antinomias intransferibles e irreductibles, sino en su movimiento y en su función, en su fluencia viva y en su moción dinámica. Nada existe aislado y señero, todo existe como relación funcional, como congruencia orgánica, como devenir constante y perpetuo. Cada ser es con respecto a otro un simple punto de referencia, un eslabón que lo une al todo lo explica y lo define. Entre cosa y cosa, entre ser y ser no hay muros inabordables e insalvables; todo está en contacto perenne, en correspondencia mutua y recíproca. Todo puede ser centro y periferia del Universo a la vez, según la función que desempeñe en la realización y expresión total de la vida.

Conocer la vida en volumen es conocerla en su complejidad, en su profundidad y en su actividad funcional. Ni el chofer, ni el motor, ni las ruedas, ni la carroza son el automóvil, sino la correlación dinámica, la congruencia funcional, el ajuste preciso y matemático de todas las piezas en marcha. El automóvil es una expresión orgánica e imponderable, cuyo cerebro reside en el piloto y cuya moción integral surge de una perfecta concordancia mecánica. Si nosotros sólo lo conocemos en sus múltiples piezas o resortes, o si sólo establecemos dualidades irreductibles entre el motor y el chofer, entre las ruedas y la carroza, jamás llegaremos a aprehender su sentido vital. Es la misma dualidad que estableció la filosofía racionalista entre el bien y el mal, entre la verdad y la mentira, entre el espíritu y la materia, entre el pecado y la virtud, entre la libertad y el destino, entre la vida y la muerte, entre Dios y el mundo, seccionando la vida en sus partes, reduciéndola a resortes o ruedas aisladas, sin su íntima trabazón o concordancia funcional.

El conocimiento aislado de las piezas separadas es lo que hemos llamado el *punto geométrico* de una cultura, el conocimiento incompleto y unilateral de las dualidades es lo que hemos denominado su *línea geométrica*. Cuando una cultura comienza a conocer en volumen, cuando comienza a aprehender las cosas y los seres en su función, es entonces cuando penetra en su estadio de profundidad, en su *tercera dimensión.* En el primero, la cultura es analítica o anatómica; en el segundo, es deductiva o filosófica; en el tercero, es sintética o vital.

Conocer las cosas en función, es conocerlas dentro de una perspectiva, desde un determinado punto de vista que está presto, sin embargo, a trasmutarse, inmediatamente, en un nuevo. Lo absoluto, lo fijo y lo inmutable como valoración arquetípica está fuera del conocimiento actual del hombre. Conocemos por relación, y cada ser o cada cosa es una simple referencia al Universo. La mentalidad del hombre contemporáneo, no contrapone ya la cultura y la vida, la razón y la realidad, como valías separadas y distintas. Constituyen un solo proceso y, de esa suerte, conocemos la vida en función de la cultura y ésta en función de la vida.

VI
LA TERCERA DIMENSIÓN DE OCCIDENTE

La expresión positiva y de mayor plenitud hasta hoy en esta etapa que podíamos llamar también la *etapa funcional de la cultura,* se produce con el pensamiento de Einstein, que representa la tercera dimensión del conocimiento científico europeo, así como el de Newton repre-

sentó, de manera acabada y conclusa, la etapa anterior, la segunda dimensión, la que hemos llamado cultura de *línea geométrica* y que corresponde, en su expresión última, a la etapa racionalista. En la filosofía, Spinoza, Descartes y Kant representan esta etapa.

En correlación simultánea, la filosofía de la historia y la investigación arqueológica, inicia esta misma expresión relativista en el pensamiento y en los trabajos de Spengler y Frobenius. Las culturas pasadas surgen así, a la vez, como organismos conclusos, como facetas de un todo fluyente y como puntos de referencia en la expresión del espíritu universal. De idéntica manera, las ciencias naturales y biológicas abandonan las irreductibles dualidades anteriores y avanzan una explicación más sintética, cabal y profunda de la vida.

La genial teoría de Marx nos da, por primera vez, una concepción biológica y dialéctica de la historia. Como prolongación y consecuencia de sus estudios comprendemos, claramente, que la economía capitalista entra en su etapa de imperialismo monopolista, que Lenin estudia con certera precisión. El capital rebasa los mercados nacionales hacia las "zonas de influencia". Aparecen las contradicciones internas del sistema, es decir, las dualidades irreductibles entre producción y distribución, entre capitales y trabajo, entre circulación y cambio; se acentúa, dentro del Estado, la beligerancia de las clases económicas que está llegando en estos días, a su máxima virulencia. Ha desaparecido la producción individual y aislada del artesano, es insostenible la producción social y de grupo frente a la apropiación individualista y privada de la plusvalía; la interdependencia económica del mundo, lucha contra la dictadura financiera de la gran industria. Desde distintos ángulos, es el alborear de la etapa revolucionaria, es decir, de la tercera dimensión de la economía en que la producción debe entrar en función de la distribución y ésta en función de aquélla.

A la perspectiva geográfica que amplió el mundo por el descubrimiento de América, los viajes de los navegantes y la navegación a vapor, sucede el sincronismo geográfico del mundo contemporáneo por el empleo del teléfono a larga distancia, de la radio, del telégrafo, de la navegación aérea. Lo que ocurre en Londres, Addis Abeba o Buenos Aires, repercute, inmediatamente, en la conciencia de todos los hombres de la tierra. Cada país vive en función del globo entero científica, artística, económica y políticamente. Un *crack* en la Bolsa de Nueva York, un golpe de Estado en Servia, la formulación de una teoría científica en Alemania, el auge de una escuela literaria en Francia, una guerra civil en España y un movimiento revolucionario en Rusia, tienen repercusión e influencia mundiales(1). En rigor del término, no hay ya acontecimientos locales sino acontecimientos de una extensa proyección universal. Cada hombre de hoy, cualquiera que sea su raza o su país, va siendo moldeado, en cierto modo, por el planeta entero. El pensamiento, la emoción y la acción del hombre se realizan en la dimensión de todas las razas y, por consecuencia, en la plenitud de su profundidad funcional.

Y si nos hemos de referir al aspecto negativo de este estadio de la cultura de Occidente, la guerra actual es del todo diferente a la guerra medioeval y a la guerra de la llamada época moderna en los siglos XVIII y XIX. Ya no sólo la constituyen las masas del ejército, sino, también, las poblaciones civiles, la población industrial, el equipo de la ciencia, la potencia económica, los tanques, la radio, las ferrovías, las escuadras marítimas, el aeroplano, los gases químicos, las ondas eléctricas. Todos los recursos de la civilización concurren al efecto destructivo de las masas armadas. Ha desaparecido completamente el factor individual del soldado aislado y la lucha se ha socializado. La guerra es ahora una actividad eminentemente funcional, como todas las otras actividades en la vida de los pueblos contemporáneos.

VII
AMÉRICA EN LA CORRIENTE HISTÓRICA

Podemos vislumbrar ya las ingentes consecuencias para el hombre del futuro de esta etapa de la cultura que apenas empieza y que está destinada a un amplio y maravilloso desenvolvimiento. Sería demasiado complejo si nos detuviéramos a examinar los multifacéticos aspectos de este desarrollo. Bástenos indicar las valoraciones de proyección capital.

1º) Dimensión intelectual e histórica, que resolverá en una totalización unitaria como fuerza vital y pragmática, la dualidad hasta ahora irreductible entre el enciclopedismo renacentista y la especialización técnica del siglo XIX, energías ambas que hasta hoy se chocan, se contraponen y que, sin embargo, rigen el metabolismo síquico, si se permite la expresión, de la historia y de la mente contemporáneas. Se trata del conflicto entre el hombre de mente contemporáneas. Se trata del conflicto entre el hombre de la generalización y el de la especialidad, entre la capacidad panorámica de la inteligencia y su capacidad concreta y específica, entre el filósofo y el experto, entre el estadista y el técnico.

2º) Dimensión fisiológica y étnica, que ha de realizarse por el abrazo y la fusión universal de las razas humanas,

surgiendo, así, un nuevo tipo de hombre ecuménico que constituya un vehículo o instrumento humano más flexible, apto y permeable a la expresión multidimensional del espíritu.

3º) Dimensión política y social, que ha de realizarse por el abrazo y la fusión universal de las razas humanas, surgiendo, así, un nuevo tipo de hombre ecuménico que constituya un vehículo o instrumento humano más flexible, apto y permeable a la expresión multidimensional del espíritu.

4º) Dimensión ética, que venga a romper los patrones rígidos, dogmáticos y antivirales de las morales de tribu, que desempeñaron una función disciplinadora en la infancia de los pueblos, pero que ahora obstruyen y embarazan la superación espiritual del hombre. Instauración de una moral amplia, en función de la vida contemporánea, que haga de la conducta una actividad móvil, libre, fluyente y espontánea, y no un código de inhibiciones en el que la prohibición desempeña el principal rol de la existencia ética. En suma, una moral positiva del "obrar" y del "hacer", reemplazando a las morales negativas del "no hacer" y de la represión.

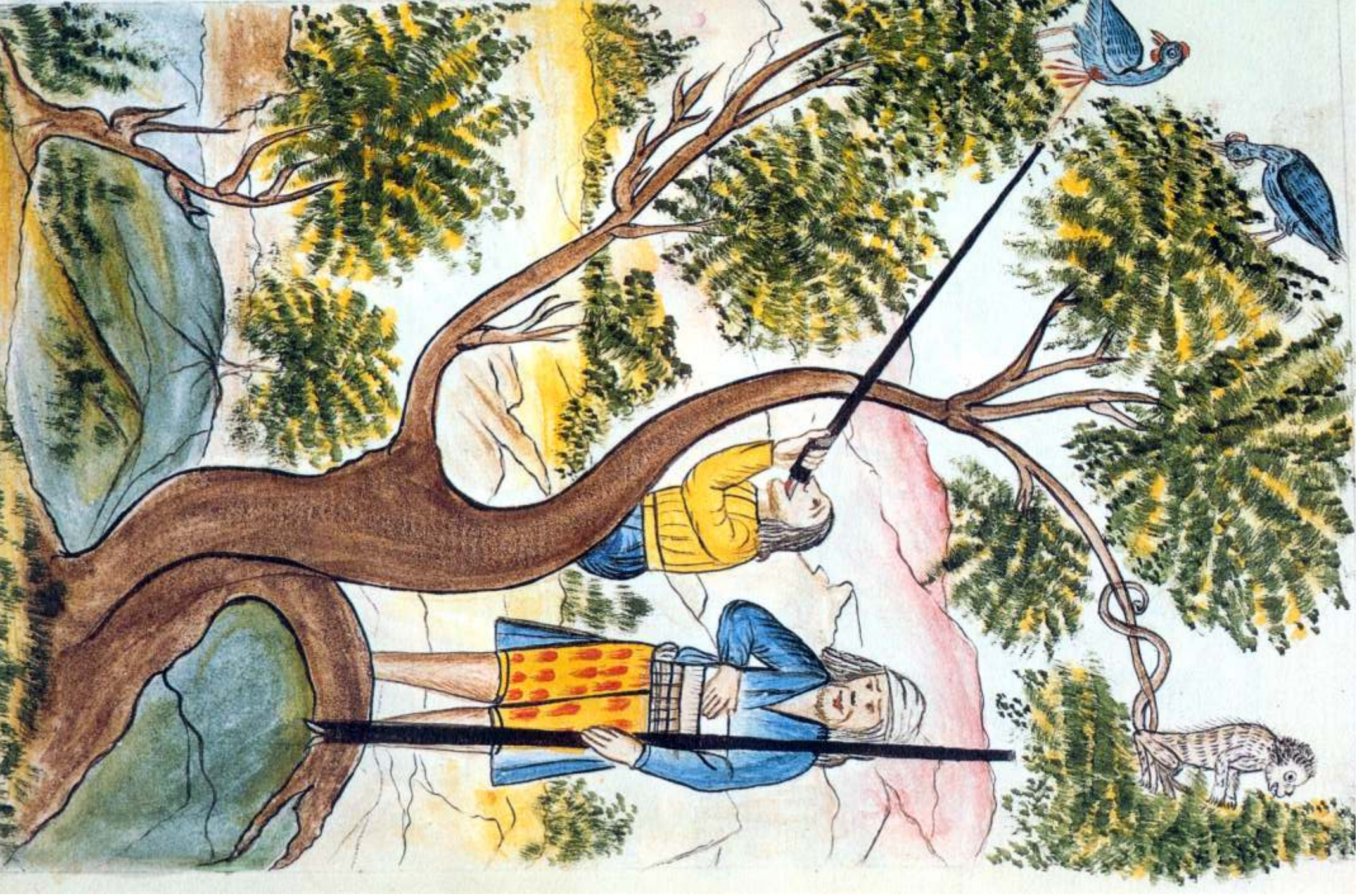
5º) Dimensión estética, que ha de realizar la expresión total del hombre y de la Vida, no ya a través de los cartabones clásicos de las razas aisladas, de los cánones preceptivos, de las agrupaciones celulares, sino, a través de una estética libre que actúe en función de todas las estéticas particulares, en función de todos los temperamentos y climas espirituales de las razas; de una estética que por ser profunda y por haber buceado los estratos primordiales y comunes del hombre, sea accesible a la comprensión, a la emoción, al entendimiento y a la sensibilidad de todos los hombres del planeta.

Por lo menos, dos de estas valoraciones se hallan en trance de realización de América de modo visible e indiscutible: la que hemos llamado *dimensión fisiológica y étnica* y la que hemos denominado *dimensión política y social.* Ambas constituirán el receptáculo material, el aparato o vertebración tangible y sustancial de las otras valoraciones inmateriales e imponderables que deben sustentarse en ellas.

América ha sido el lugar de cita de todas las sangres. Los innumerables vertederos de las razas ha venido a juntarse en esta fuente católica, en esta cuenca ecuménica del planeta. La fusión se ha realizado o está realizándose en parte en los Estados Unidos y, de una manera completa y absoluta, en los países de la América Latina.

De idéntica suerte, los nacionalismos restrictivos y atomizantes de Europa se han resuelto en Estados Unidos en la vasta coordinación federal de veinte estados, que pudieron disgregarse individualmente, como en el Viejo Mundo, y que han constituido una unidad económica, política, cultural y social. Es la primera agrupación continental que ha tenido en la historia en toda su plenitud orgánica. A ésta seguirá una segunda agrupación, de carácter continental también, en los pueblos de América Latina que van salvando, con un forcejeo inaudito, los escollos atávicos de la influencia europea.

Estos dos hechos capitales bastan para enfilar el futuro destino de América, sobre todo, entre los pueblos indoamericanos, que surgen de una más plenaria integración universal. Los pensadores no han solido valuar en la amplitud de sus proyecciones humanas, estos dos fenómenos, exclusiva y típicamente americanos, que son, sin embargo, los indicios evidentes de una nueva etapa en la historia del mundo.



"*Motilones de Lanas cazando aves*", acuarela de Martínez de Compagnon.

Pueblo Continente

ISSN 1991-5837
Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú Nº 2006-8214

Revista Oficial de la Universidad Privada Antenor Orrego

Volumen 18, N° 2, Julio-Diciembre 2007

AUTORIDADES UNIVERSITARIAS

RECTOR

Dr. Guillermo Guerra Cruz

VICERRECTOR ACADÉMICO

Dr. Víctor Raúl Lozano Ibáñez

VICERRECTOR ADMINISTRATIVO

Dr. Julio Chang Lam

TÍTULO ABREVIADO

Pueblo cont.

DIRECTOR

Dr. Saniel Lozano Alvarado

EDITOR

Dr. Fernando Rodríguez Avalos

COMITÉ EDITORIAL

Dr. César Adolfo Alva Lescano
Mg. Walter Obeso Terrones
Mg. Eduardo Paz Esquerre

COORDINADORA DE EDICIÓN

María del Carmen Veneros Ulloa

PRE PRENSA

EDICIONES CAROLINA
Jackeline Ulloa Vásquez
Telf. 206691 - Trujillo

DIRECCIÓN

UNIVERSIDAD PRIVADA ANTENOR ORREGO
Av. América Sur Nº 3145,
Urb. Monserrate, Trujillo, Perú,
teléfono: 51-44-604447,
telefax: 51-44-282900,
e-mail: postmaster@upao.edu.pe
http://www.upao.edu.pe

Nombre anterior: ANTENOR ORREGO.

Publicación semestral de distribución gratuita.
Revista indexada en el Latindex.

© Universidad Privada Antenor Orrego

La Universidad autoriza la reproducción de los trabajos de este número, siempre que se identifique su procedencia.

Carátula e imágenes en páginas de sección:
Ruinas de Machu Picchu, reconocida como una de las siete nuevas maravillas del mundo moderno. Fotografía de Carlos Rebaza Marquina.

Los artículos que aparecen firmados en esta revista expresan las opiniones personales de sus autores y no la de la Universidad Privada Antenor Orrego.

Cátedra Orreguiana

PUEBLO CONTINENTE (III)

Antenor Orrego

EN EL CAMINO DE LAS PRIMERAS REALIZACIONES

1º EL SENTIDO CREATIVO DEL PROCESO REVOLUCIONARIO

I
EL NARCISISMO DE LA TERCERA INTERNACIONAL

La tercera Internacional y el movimiento ruso se comportan(1) frente a los demás pueblos, como un niño sin experiencia histórica y espiritual, que quiere verse a sí mismo reflejado en el exterior, quizá con aquella ansia inconsciente y voraz de conocerse, de inquirir su propia imagen, de *autoverse*, como proyección y reflejo, en los otros. Mas, este conocimiento indirecto y de resonancia, que sólo puede desear la puericia inmadura, es siempre falso y deforme, como es falsa la imagen que devuelve el espejo. En el mejor de los casos, parar lograr una imagen aproximada y leal que no nos mienta, o que nos mienta menos, precisa bruñir una superficie, alisarla de todas las aristas y asperezas, azogarla con tan perfecto cuidado que la proyección o reflexión de la imagen se produzca con la máxima verdad posible. Empero, que tienen aristas broncas y ondulaciones profundas, codos replegados y salientes cimeras, prominencias empenachadas de lumbre y cimas o cavernas precipitadas envueltas en tinieblas, perfiles rectilíneos y claros juntos a quingos y zigzags sinuosos y fortuitos. Por eso, la autovisión que pretende el niño es siempre falaz y engañadora, pueril y desvalida.

Todos los grandes errores del movimiento ruso y el fracaso temporal del socialismo en Europa, como lo demuestra el triunfo del nazismo en Alemania y del fascismo en Italia, se deben, en gran parte, a eso que podríamos llamar su narcisismo infantil, que pretende pulir y azogar a los demás pueblos para que le retornen su propia imagen, proyectándose en los otros. Hasta qué grado es ridícula y desvalorada esta proyección se revela en las directivas estratégicas y tácticas del comunismo, impartidas desde Moscú, en las que se olvida que cada pueblo es un todo concluso, una ley en sí mismo, un proceso autonómico, un caso. Para los efectos de la terapéutica capitalista y de la realización del socialismo es, también, cierto, aquello de que no hay enfermedades sino enfermos, aunque todas las enfermedades sociales de los diferentes climas encajen dentro del amplio cuadro general de la diagnosis marxista.

Y si esto es cierto para Europa, mucho más cierto es con respecto a América y, especialmente, a América Latina, cuyo sentido vital y profundo es totalmente ignorado, no digamos por el ruso y la Tercera Internacional sino también por el europeo que ha tenido y tiene contacto más inmediato con nuestras realidades concretas. El europeo -hay que repetirlo una vez más- tiene de nosotros una percepción de hipogeo remoto, de museo y de pinacoteca. La propaganda comunista en América Latina es una suerte de galimatías libresco, de caló revolucionario, de monserga simiesca sin repercusión encendida y operante en las masas, pues que no hace sino repetir calcando las cartillas europeas, conceptos y frases, a veces literalmente traducidas del francés o del alemán, de la propaganda revolucionaria de ultramar. Asombra comprobar una ausencia tan compleja de sentido político, una incomprensión tan absoluta del sentido profundo del marxismo y una ignorancia tan crasa de las condiciones privativas de América Latina.

El movimiento socialista seguirá fracasando mientras no aprenda la gran lección de la historia, la honda y vital enseñanza de que cada pueblo tiene sus especiales caminos y que la revolución no se puede estandardizar, como los productos en serie de una fábrica. Entonces habrá llegado a su madurez y habrá dejado de ser narcisista, ese vicio infantil que busca en los demás la devolución de su sombra, desconociendo esa inexorable ley universal cuya norma es que cada individuo o grupo humano exprese y analice su vida sin corseletes extraños, sin ninguna cohibición externa, represiva y absurda.

Sólo entonces -y no antes- los partidos socialistas comenzarán a construir el socialismo asumiendo el

supremo poder del Estado y haciendo intervenir a la inteligencia como elemento acelerador de la etapa política, porque, como dijo Marx, *no sólo se trata de conocer el mundo sino de transformarlo.* En esta frase se encuentra toda la praxis revolucionaria marxista y su sentido pragmático más radical. No se trata del ocioso y bizarro alarde de pura especulación, como si ésta fuera un fin en sí misma y no un medio o instrumento al servicio de la vida; no se trata del conocimiento por el conocimiento mismo, sino de una ciencia que señala un camino y un método, de un conocimiento para la acción revolucionaria y transformadora, del hombre consciente de la tarea que tiene por realizar como principal factor dinámico de la historia. Mas, para ello, es preciso que el movimiento socialista mundial haya salvado la etapa de autorreflejo, es decir, que haya entrado en sazón y que haya dejado muy atrás ese nativismo pueril que se busca a sí mismo en las fuentes, en los regatos y en los arroyos del contorno como los hombres infantiles y primitivos.

II
EL RADICALISMO DEL CASO AMERICANO

Es preciso conocer América y ser un latinoamericano, consciente y pensante de sus realidades, para comprender con la necesaria diafanidad que en América la tarea revolucionaria no es sólo, como en Europa, destrucción de un régimen político, social y económico para reemplazarlo con otro más adaptable y más flexible a las nuevas condiciones del hombre contemporáneo. Quien plantee la cuestión, como en este último extremo, con ese simplismo mental que busca generalizar a costa de las realidades concretas, no habrá comprendido en su esencia la amplitud y la significación del problema, y por consiguiente, estará incapacitado para orientar y conducir un movimiento tan rico, frondoso y sorpresivo. De este simplismo adolecen todos los partidos comunistas y socialistas de América y, de allí, su fracaso irremediable, como lo han reconocido importantes publicistas.

Necesario es comprender que el proceso revolucionario latinoamericano es, sobre todo, el surgimiento, desde el caos, de un mundo nuevo; el nacimiento de una modalidad política, social y económica que, por primera vez, debe darse en la historia del mundo y que, sin embargo, se ciñe de una manera maravillosa a la genial sistematización científica de Marx. En Europa, la revolución, por más radical que sea, tiene que asentarse sobre la tradición viva y fluyente del hombre europeo, es decir, sobre la experiencia secular de una cultura ya realizada y madura. Hay un sedimento espiritual y político del cual no puede prescindirse y que condiciona y determina sus realidades presentes y futuras. En América, no hay tradición alguna original y propia, porque la vida latinoamericana, durante los cuatro o cinco siglos de su existencia, no ha sido sino el espectáculo del europeo y del indio moribundos, disolviéndose y descomponiéndose bajo la acción y la presión de las fuerzas telúricas del Continente. Ya hemos dicho en páginas anteriores, que por eso América ha sido un mimo, un calco, es decir, un *bluff* de la vida institucional y cultural de Europa. Y no puede haber tradición en América, como no lo hay en una criatura que emerge apenas del claustro materno.

Es curioso que las llamadas extremas izquierdas de América sean las que menos hayan comprendido este sentido radicalizado de la revolución latinoamericana, este sentido creativo que va mucho más allá de todos los extremos verbales y teóricos de su propaganda, porque es un sentimiento eminentemente fundamental. Es paradójico que el marxismo reformista, oscilante y dubitativo, esté representado por los partidos comunistas -bajo la égida y la tutela de la Tercera Internacional- que creen que la revolución latinoamericana puede seguir el mismo camino, como una simple variación de etapa económica, que en los países europeos. Leed, si no, para comprobar este aserto, los documentos de los congresos y asambleas comunistas, testimonios de una ingenuidad tan simplista que ni siquiera sospechaban la ingente magnitud de la revolución latinoamericana.

Hasta aquí, el orden cultural de América ha sido una yuxtaposición superficial y mimética de la estructura cultual de Europa. Ha constituido una presión externa y periférica, una compulsión impuesta y proyectada desde afuera y no surgida y emergida desde el fondo anímico y profundo de nuestro pueblo. En realidad lo único vernacular y auténtico de América ha sido y es, en cierto sentido, la estructura cultural pretérita que dejaron las civilizaciones autóctonas, lo que vale decir, una estructura anacrónica, sin correspondencia directa con la actualidad, sin acción ni reacción contemporánea, sin recíproco juego de influencias, sin vigencia histórica. Constituye el resplandor mortecino del ayer, la energía inducida del pasado que todavía nos galvaniza, constriñendo y ahogando todas las vivencias dinámicas del presente, todas aquellas fuerzas de potencia forjadora. Este hecho que para nosotros es capital- se ha traducido en nuestra vida como una dislocación, como una quiebra oscilante y discontinua, como una incongruencia que ha repercutido siempre, negativamente en la existencia global de América.

Este hecho nos revela, también, con definitiva claridad, por qué la vida americana ha sido tan epidérmica,

tan carente de una verdadera sustantividad espiritual. La contraparte americana de las corrientes y movimientos culturales del Viejo Mundo han sido grotescas falsificaciones, sin vitalidad y sin fuerza creativa alguna. Hemos constituido, como se ha dicho tantas veces, hasta un grado inverosímil, las imágenes que se proyectaban del otro lado de los mares. Hemos tenido una vida superficial porque no hemos sido capaces de llegar hasta nuestra alma. Nuestra infancia, como todas las infancias, ha sido una etapa desvalida que se ha nutrido de sombras simiescas.

En ninguna parte como en América, la revolución tiene un tan pleno sentido de creación. Debemos extraer desde él caos un orden social, económico, espiritual y jurídico, sin ningún sedimento cultural previo como en Europa, que puede servir de basamento. Hablamos en el sentido más profundo de la frase. No bastan la perfección y la eficiencia técnica, que, para serlo en su sentido real deben surgir de los estratos más hondos del espíritu, deben tener su raíz en la actitud cósmica y en el contorno telúrico de una raza, de un pueblo y de una cultura.

La conciencia de este hecho fundamental debe ser el punto de partida de nuestra revolución. Sería fatal para nosotros que no llegara a impregnarse en el pensamiento y en la acción de las nuevas generaciones. Esta conciencia servirá, como alma de hierro, como esqueleto acerado, que ha de imprimir el impulso energético necesario y en torno del cual se aglutinarán los hechos subalternos y menores, las acciones y los pensamientos que sirven de vehículo al ingente proceso creativo de América. A veces la responsabilidad de una generación se resume en la menor o la mayor claridad con que percibe y comprende un hecho capital, una idea-fuerza directriz, porque ellos la conducen, con entera seguridad, sin dubitaciones peligrosas, en el vasto y complejo laberinto de la historia.

2º. EL SENTIDO VITAL DE LA REVOLUCIÓN INDOAMERICANA

I

ALFABETO Y GRAMÁTICA EN LA HISTORIA

Se ha dicho y se ha repetido, luego, con bastante insistencia que existe en el proceso de la historia y, singularmente, en aquellas etapas de gran tensión creadora, una recíproca acción, una interacción constante entre el hombre y su época, entre el individuo y su contorno histórico, entre la personalidad y su ambiente social. O hablando en términos más concretos, que tanto como el hombre suscita los acontecimientos, cuando éstos plasman las personalidades individuales.

Esta afirmación es cierta en determinado sentido. En el sentido de que épocas y hombres, acontecimientos y personalidades son la expresión directa, la traducción morfológica de una posibilidad histórica, de una realidad en potencia, cuya consumación puede acelerarse o retrasarse según la cantidad y la calidad de acción inteligente y significativa que involucren los hechos o que desplieguen las individualidades eminentes. No pueden caminar señeros y aislados dos elementos complementarios que realizan la misma tarea, los cuales, por fuerza, tienen que accionarse, penetrarse,, como los líquidos en los vasos comunicantes, influirse mutuamente, como vehículos que son de una misma energía creativa.. No hay historia independiente y objetiva del hombre, ni hay hombres, en principio, y en el sentido absoluto del concepto, intemporales, desligados del acontecer histórico. Cuando se habla de hombres *ahistóricos* se quiere expresar, simplemente un sentido de relatividad, significando que son mejores o peores, más finos o más groseros instrumentos de expresión de su tiempo. Y cuando se habla de hombres *antihistóricos*, se habla de casos patológicos que se niegan a si mismos, a la manera cómo las células enfermas que son *antiorgánicas* dentro del conjunto funcional de un organismo y que, por lo mismo, confirman la regla general que debe ser la salud.

Y en cuanto a que pueda existir una fuerza histórica objetiva aparte del hombre, como un todo colectivo, con existencia periférica e independiente, es una cuestión que no puede resolverse porque no conocemos más historia que la que se realiza y se expresa a través del hombre y, en todo caso, carecemos de los órganos de conocimiento o de percepción necesarios para aceptarla. Más adelante volveremos sobre otros aspectos de este tema, que contribuirán a aclarar y precisar nuestro pensamiento.

Quedamos, pues, en que, gracias a los hombres y a los hechos que son sus órganos de expresión, se realiza la historia, como gracias a la existencia de los seres y de las leyes cósmicas y universales se realiza la vida en toda su vasta significación. Hombres y acontecimientos son el alfabeto, la gramática de la historia. Así como reuniendo las letras se forman las palabras y reuniendo éstas se expresan los pensamientos, así, también, los acontecimientos, los hechos, los hombres y las personalidades hacen la composición gramatical que expresa una época, una etapa, una modalidad histórica dada.

II

SUBSTANCIA OBJETIVA DE LA HISTORIA

Pero, si en la realidad viva y fluyente no podemos separar la historia de sus instrumentos de expresión, podemos, sí, por un esfuerzo de abstracción metodológica,

como opera la Anatomía con los tejidos, o como hace el microscopio con las células, desligarla, por un momento, de su fluencia y, en este sentido, se puede afirmar, que acontecimientos y personalidades son meros instrumentos de la historia y no la historia misma. Ambos se suscitan, se aclaran, se definen, se realizan porque ambos son órganos de una misma energía creadora. Tanto como las personalidades partean a los hechos, éstos partean a las personalidades. Tanto como engendramos a los acontecimientos, éstos nos engendran a nosotros. Somos a la vez filiación paternidad; hijos de los sucesos y padres de ellos. Procreamos y nos procrean espiritualmente.

Empero, ¿Cómo se engendra lo que expresan los acontecimientos y las personalidades? ¿Cómo se engendra la posibilidad y la potencia misma de la historia?

Podemos encontrar un símil que nos lo explique en la dialéctica marxista y más particularmente en el fenómeno económico. Así como las relaciones de producción y de cambio son independientes de la voluntad aislada de los hombres, no obstante de que son la creación de ellos mismos como estructura colectiva, toda la sustancia íntima de la historia, toda la trama esencial del espíritu, toda la superestructura del pensamiento y de la inteligencia, son autónomos del hombre mismo como voluntad individual, como fuerza operante, aislada y unitaria. La personalidad está sujeta a este determinismo que ha sido engendrada por el hombre como colectividad, como energía orgánica, como espíritu grupal, como herencia universal y humana. No somos, pues, creadores, ni son los hechos, sino en el sentido de que somos fieles traductores o expresadotes de estas fuerzas dinámicas que son la médula perennemente fluyente de la historia.

No podemos negar, sin embargo, que hay épocas en que la iniciativa espiritual de una individualidad o de un conjunto de individualidades creadoras se perfilan con una acentuación extraordinaria sobre el devenir de los acontecimientos. No se trata de una teoría o de una hipótesis sino de un hecho observable hasta para los entendimientos menos penetrantes. Son aquellas épocas o momentos en que se cambia el ritmo ordinario de la vida colectiva y la fluencia histórica parece enderezarse hacia una ruta desconocida. Asistimos, entonces, a una mutación radical que parece contradecir la inspiración colectiva de los acontecimientos.

A nuestro entender hay aquí un equívoco que es preciso discriminar. Existe la sugestión colectiva de la rutina, sugestión siempre epidérmica, consagrada en el carácter de las instituciones y en los tópicos circulantes de la literatura y de la filosofía, que recela la esencia íntima de un pueblo que está pugnando por expresarse y que no acierta a encontrar sus instrumentos de expresión. Esta esencia íntima permanece soterrada, pero operante, sin embargo, de un modo invisible, hasta que surge una personalidad o un conjunto de personalidades que ponen en evidencia y que articulan con entera claridad, lo que antes parecía vago impreciso y desarticulado. No es difícil demostrar el carácter eminentemente popular de todos los grandes genios de la historia y algo nos dice acerca de esta obra del Dante, de Shakespeare, de Cervantes. Ellos son, pues, los órganos biológicos de una época que verifican una realización histórica que se concreta no sólo en ideas, como suele creerse, sino en emociones, en actitudes vitales, en instintos, en fuerzas irracionales, en reacciones telúricas. Es decir, son la expresión de un nuevo hombre integral, en su carne y en su espíritu, en sus pasiones y en su alma.

El ejemplo más ingente de la sugestión antiviral que ejerce sobre los pueblos el tópico cultural circulante, nos lo ofrece la vida de América, durante los cuatro siglos posteriores a la Conquista. El hombre culto americano ha sido un ser excéntrico, desplazado de su núcleo telúrico y de su contorno biológico, de alma agostada y sumergida en una atmósfera cultural que no era la suya. El pueblo, todo lo rudimentario que se quiera, no participaba hondamente en ella, porque la estructura racional del ambiente no traducía ni expresaba sus más profundas preocupaciones vitales que permanecen aún vagas, imprecisas, pidiendo una articulación que ha de llegar a su hora. Su acento vital íntimo se dislocaba ante los órganos de expresión que eran extraños, que habían sido impuestos fuera.

El genio siempre es el resultado de la vitalización de la masa, sin cuya impregnación energética carecería de toda virtualidad creadora y, por consiguiente, de toda articulación histórica, verdaderamente profunda.

III
IDEA, PERSONALIDAD Y HEROÍSMO

Insistimos en lo que hemos expresado en ensayos anteriores. Las ideas, para ser vivas, para tener vigencia contemporánea, para ser viables, es decir, para tener beligerancia histórica, es preciso que surjan de las condiciones económicas, sociales, biológicas y espirituales de la época y que, luego, se encarnen, como energía emotiva y racional, como voluntad de realización, como proselitismo político, como creación ética y estética en las individualidades y temperamentos mejor dotados y capacitados para su expresión. Quiere decir, que las ideas para tener eficacia histórica y creativa deben correr la aventu-

ra personal, deben realizar la peripecia dramática y aun trágica de una vida o de un conjunto de vidas, deben impregnarse y sumirse en las vidas individuales y heroicas. De lo contrario, son ideas muertas, congeladas en la teoría y en el sistema, ahogadas en la mera especulación ideológica. Y esto es lo que marca la distinción entre la idea revolucionaria o realista y la idea utópica; entre la idea que surge de la realidad social y a la vez, la transforma y la supera, y la idea que queda flotante en el aire sin tomar carne en el dolor y en la tragedia de la historia.

Toda idea viva tiene que ser una aventura problemática y carnal, y tiene que ser una heroicidad porque arranca del ser total del hombre como impulso de expresión y de realización. Se suele tener ideas, como se poseen zapatos, muebles o automóviles, sin que el hombre se comprometa en su totalidad. Ideas como baratijas que en un día de fiesta se exhiben cual cosas "preciosas", ante la puerilidad y la tontería de las gentes y, otro, se dejan olvidadas en el desván más astroso de la casa. De estos "hombres de ideas" ha habido, simples, en América Latina, cosecha abundosa. Ideas pegadas a ellos como costras o como pringue, que nada tenían que hacer en el drama de una vida. Y si generalizamos un poco, la vida cultural latinoamericana, ha sido, también un muestrario de baratijas europeas que, un día u otro, dejábamos en las pinacotecas de las universidades, muertas, bien muertas porque nunca vivieron en nosotros. Ideas que no arrastraron un dolor, que no suscitaron una cuita, que no empavesaron un entusiasmo o un frenesí creativo, que no se rajaron -para usar un mejicanismo expresivo- en l as angustias de la acción; que no envolvieron una gota de sacrificio y de sangre y que no "rompieron" su verdad en las baldosas de la calle multitudinaria.

Pero, volvamos a nuestras reflexiones. Creemos firmemente que sin las contradicciones económicas, sociales, políticas y espirituales de la época, no hubiera surgido un temperamento político como Lenin, pero, creemos, también que sin él no se habría consumado la Revolución Rusa, pese a las contradicciones profundas y radicales de la época. Es cierto lo que dice Zinoviev en el prólogo a "El Comunismo de Izquierda": "Lenin ha dicho la palabra decisiva en casi todas las cuestiones. La Revolución de Octubre, en la medida en que en tiempo de revolución puede y hasta debe hablarse del papel de la personalidad, la Revolución de Octubre, digo, y el papel que en ella ha desempeñado nuestro partido son, en las nueve décimas partes, obra de mano de Lenin". Y luego añade: "Yo no puedo figurarme lo que hubiera sucedido si no le hubiéramos tenido en aquel momento… Sólo Lenin podía soportar este peso y los que al principio vacilaban tuvieron que seguirle. El solo, salvo, a Petrogrado, a Rusia, a nuestra Revolución. Hoy habrá ya pocos sabios que se atrevan a reírse todavía de la teoría de la espera de Lenin. Hoy estamos seguros de que era el único camino bueno: ceder espacio al enemigo para ganar tiempo".

No quiero vigorizar con esta cita el fetichismo del grande hombre o el mesianismo del caudillo. Es preciso afirmar, hasta la saciedad, que el genio nada puede hacer surgir de la nada, si no se hallan en su contorno social los elementos necesarios e indispensables para su expresión o autorrealización. En este sentido, es apenas ejecutor, si así puede hablarse de los designios de su época y el de su pueblo. Simple vehículo a su vez de expresión y de realización de una etapa; simple coordinador del pensamiento y de la acción de numerosas personalidades; simple fuerza aglutinante y convergente en el sentido de un objetivo social.

El hombre superior lo es, en tanto se mantiene fiel en pensamiento y en acción, en idea y en sacrificio, en conducta y en responsabilidad a los imperativos de su misión histórica. El hombre superior es siempre cronológico; no es un ser intemporal en el sentido de quedarse al margen de los acontecimientos, a la vera del tiempo y de la historia. Su grandeza, su única grandeza, reside precisamente en eso. De allí que todo hombre realmente grande sea el hombre de una disciplina interna en su significado creativo: de una fe, de una pasión ejecutora, de una emoción operante, de un servicio humano colectivo.

Esta pasión y esta emoción son objetivas, aunque parezca ello una paradoja. Objetivas, en el sentido de que trascienden al servicio y a la liberación de los otros. Es lo contrario del hedonismo personalista y subjetivo del hombre ordinario que es incapaz de rebasar su placer y sus intereses inmediatos, sus deseos y apetencias más cercanas y próximas. Mejor dicho, lo personal, lo que embarga el ser entero del hombre superior, es lo ultrapersonal, lo social, lo colectivo, lo humano.

IV
APRISMO: IMPERATIVO HISTÓRICO

Llega el movimiento aprista en circunstancias en que la nacionalidad peruana estaba sazonada, grávida para su nacimiento. Las condiciones económicas, sociales, morales y políticas lo habían engendrado en las entrañas mismas del pueblo, en los senos profundos de la *intrahistoria* latinoamericana. El Aprismo no es una teoría intemporal que haya surgido de la imaginación abstracta de un ideólogo; no es una teoría o un sistema académico que haya brotado, por obra de conjuro, como el *fiat lux,* de la nada.

La inteligencia no ha hecho sino constatar la realidad trágica y sangrante que urgía su expresión inmediata. Por ser un movimiento histórico, condicionado por un determinismo económico, social y moral, se nos aparece como una inexorable necesidad o fatalidad biológica. Movimiento profundamente vital que en engendra, igualmente, sus propios instrumentos de realización y expresión, como producto de su pueblo, de su raza y de su época. Y hablo de raza en el sentido cósmico de América y no en el estrecho significado de una tabulación antropológica. Haya de la Torre, en su momento culminante, es el aglutinador político, el punto de convergencia de una generación que polariza el pasado en lo que tiene de vital y el porvenir en lo que tiene de trayectoria humana; en una palabra, la tragedia pretérita y presente, y las posibilidades de transformación. Es el presente social y operante que interpreta y realiza la acción inmediata, eficaz y necesaria. Porque el hombre de una misión histórica es eficaz siempre. En su eficacia y en su necesidad reside toda su virtualidad. Puede no tener el éxito espectacular que el oportunismo simplista reclama a cada paso, o que la codicia burocrática anhela como único fin y sentido de una "revolución", pero, es eficaz porque ha definido una larga trayectoria histórica, una trayectoria ineludible, un proceso biológico del cual no se podrá ya prescindir en lo sucesivo.

Esto es lo que no quieren o no pueden comprender los "exterminadores" criollos o *autrance*, los exterminadores bufos o siniestros que se figuran que organizando una *razzia* o un *progromo,* organizando la persecución y el asesinato colectivo de algunos millares de militantes apristas, se puede matar un movimiento que ha hecho nacer la fe ciudadana en un pueblo dolorido y sin esperanza de salvación; de un movimiento que por la torpeza política y la crueldad cavernaria del "civilismo" peruano, se ha convertido en una suerte de impulsión mística que a la larga, más tarde o más temprano, cumplirá sus objetivos históricos.

Demuestran una falta absoluta de experiencia histórica y una ausencia también absoluta de perspicacia, quienes se figuran, ingenuamente, que el movimiento aprista es el resultado de la propaganda de sus líderes y conductores. Es pueril afirmar que se puede crear un movimiento artificial del volumen del aprismo solamente con discursos, conferencias y voces de orden por muy elocuentes que fueran. Es como si se tratase de hacer fructificar una simiente en el aire, sin enraizamiento en el terreno social que lo nutre y lo sazona. Más torpe es, todavía, pensar que una prédica demagógica y entusiasta, cuyos efectos son siempre pasajeros y explosivos, tenga la virtualidad de crear héroes y mártires poseídos de sí mismos, que van a encontrar la muerte con una fe incontrastable; que sea capaz de generar un dinamismo multitudinario que se prolonga ya en un lapso de varios años y que, en lugar de disminuir con el terror, acrecienta su energía impulsora y creativa. La propaganda aprista ha tenido un éxito clamoroso en las masas porque definía y expresaba un estado de conciencia latente en el pueblo. Las personalidades de los capitanes y dirigentes del movimiento no son el producto del acaso sino una imperativa necesidad histórica; son aquellos instrumentos que forja el tiempo y que aparecen con carácter inexorable.

Ha llegado el Aprismo, como llega la primavera o como llega el verano; como brota la flor en su tallo o como madura la espiga. El "civilismo" había colmado la medida y no podía ni puede tener ya virtualidad de gobierno. Fue incapaz de rebasar, en todos los aspectos de la vida nacional, el espíritu de la Colonia. Colonias eran sus hombres, colonias eran sus métodos, colonias eran su acción y su pensamiento político, si puede hablarse de "pensamiento" al tratarse del "civilismo" peruano. La prueba de esta caducidad irremediable se encuentra en que frente a la acción dinámica y transformadora del Aprismo, los gobiernos que se han sucedido hasta aquí no han acertado a oponer sino un programa policíaco, de persecución sistemática, de obturación y de exterminio. Ya sabemos que la debilidad y la incapacidad de los gobiernos que no pueden generar una política constructiva, se amparan, en América, detrás de las bayonetas y de la metralla. Esta es la demostración más evidente de la vitalidad de un movimiento que rebasa la algarada del club político y de la agencia electoral.

V
ACCIÓN Y REACCIÓN

La nueva generación peruana ha sido autora y actora del movimiento aprista. Entendemos por nueva generación las promociones juveniles que se suceden desde el año 14 y que comienzan agitar el espíritu público desde distintos ángulos, pero, que convergen hacia un objetivo: la transformación material, política y cultural de la República. La nueva generación es el producto de las condiciones espirituales, morales y económicas del país y, a la vez, la energía impulsora, encauzadora y directora de la nueva etapa. Un determinismo histórico la ha conformado, tanto como ella conforma y plasma los acontecimientos. La caducidad histórica del "civilismo" no sólo no puede resolver ninguno de los problemas capitales de la nacionalidad porque tiene ante sí la fuerza dinámica del

Aprismo, que rompe su ritmo *al ralenti* que se confunde casi con la inercia, sino porque ésta ha planteado, desde el punto de vista contemporánea, el vasto problema de la Revolución Indoamericana. Era una distensión o atirantamiento insólito que venía a quebrar la línea trillada y muelle de su rutina política. La lucha se planteó de súbito, cuando menos lo esperaban las dominantes facciones tradicionales, fuera del marco del mero turno electoral. Fue para el "civilismo" una suerte de colapso mental o sicológico -del cual aun no se repone-, que le impidió asimilar el nuevo impulso que surgía. "El Comercio", al dar cuenta en unas pocas líneas, de las primeras manifestaciones apristas, lo hizo en un tono de marcada sorna conmiserativa, como si se tratara de una simple algarada juvenil y explosiva sin repercusión ni contagio posible. Pronto hubo de rectificarse, iniciando entonces una campaña artera, rebosante de saña siniestra, como si descubriera de pronto una fiera rampante en trance del salto poderoso. Pero, el "civilismo" no asimiló las fuerzas morales y espirituales del adversario y, por consiguiente, no pudo combatirlas eficazmente. Tomó el peor camino en las circunstancias políticas del momento: la represión violenta. Era lo que le faltaba al Aprismo para acrecentar su fuerza multitudinaria y asentar en los brazos de la masa su trayectoria revolucionaria. En este sentido, se puede afirmar que la mejor de la obra, la tarea decisiva, la cumplieron, inconscientemente, sus adversarios. Se ahorraron varios años de adoctrinamiento y de lucha pertinaz. Desde entonces, la victoria política de Aprismo fue incuestionable. Lo que los partidos revolucionarios en otros países lograron a través de varios lustros de brega, el Aprismo lo obtuvo en un año, más aún, en unos cuantos meses. Desde el gobierno, las oligarquías mismas plantearon la insurrección civil.

Desde el año 1923, Haya de la Torre habla de que "ha de llegar la hora de la gran transformación". Haya no se engañaba porque sabía la forma primitiva en que el "civilismo" reaccionaría frente a un vasto movimiento nacional. La mentalidad feudal y colonial de las facciones dominantes, carentes de toda flexibilidad política, no era la mejor garantía para una transformación histórica incruenta. A partir de la guerra europea, la inteligencia peruana, en sus personalidades más representativas, que figuran ahora en los cuadros militantes del Aprismo, revelan una inquietante y profunda emoción social. Ya en Trujillo, en el año 16, los universitarios y la juventud intelectual se sienten solidarios de las reivindicaciones proletarias. Desde entonces, se suceden los primeros choques con la policía en las calles y se organizan las primeras grandes huelgas en el Valle de Chicama.

El Aprismo viene a precisar, a servir con punto magnético de fuerza, a trasfundir en un vasto estremecimiento multitudinario, este nuevo estado de conciencia. Al caudillismo militar y personalista sucede el héroe civil, que es innumerable, que es la masa misma que se deja matar heroicamente en las trincheras de Trujillo, que se triza en las mazmorras del frontón, de la Intendencia y del Real Felipe, que agoniza en las selvas infernales del Satipo y del Madre de Dios, que cae en los fusilamiento clandestinos bajo los muros de Chan Chán, que se abate en los asesinatos de Huaraz, Cajamarca, Cajabamba, Ayacucho y Huancavelica; que mueren, en fin, cantando la Marsellesa de los fusilamientos de l os marineros d la Escuadra en San Lorenzo. Es el héroe civil de la nueva América.

Nunca, creemos, que la ergástula, en ningún país de América, aun bajo el despotismo tenebroso de Juan Vicente Gómez, haya realizado una tan salvaje acción represiva. Lo que ha ocurrido en el Perú, durante estos últimos años, está esperando aún su narrador, su poeta y su trágico, para ser trasportado al plano del arte. Y su Goya, para revivir y eternizar en el lienzo los gestos y las escenas macabras de los fusilamientos ante los muros milenarios y prehistóricos de Chan Chán, con todo su horrible y grandioso simbolismo histórico.

Un nuevo factor ha entrado en la escena nacional y este factor es el pueblo. La presencia del pueblo, como fuerza dinámica en la historia de un país que no ha salvado su etapa feudal, es la presencia en la libertad y de la justicia en marcha. Cuando esta fuerza adquiere sus lineamientos definidos y el suficiente volumen operativo, la transformación social llega, tiene que llegar arrollando todos los obstáculos. Se habla de la volubilidad de las masas en política y esta volubilidad es cierta cuando se trata de simples turnos electorales, pero no cuando se trata de un gran movimiento histórico, de una fe profunda en los destinos superiores de un pueblo, de un movimiento que envuelve una empresa cultural y que es comprendido y sentido por la masa como una tarea de salvación nacional. La mediocre miopía "civilista" confía demasiado en esta volubilidad de las masas para sus fines de predominio y ésa es su tremenda tragedia. Los grupos dominantes se encuentran ciegos y sordos ante los signos y las voces del tiempo. Hay una poderosa fuerza en marcha que solamente es invisible para aquellos que están atacados de irremediable daltonismo histórico. El "civilismo" tiene un concepto estático de la política y esa incomprensión o negación de la historia como fuerza dinámica, lo llevará, lo está llevando, de modo irrecusable, hacia su caída definitiva.

Y este despertamiento de la masa, este equipamiento ideológico y emocional para la lucha por la liberación; esta discriminación y precisión de sus objetivos históricos, ha sido la obra de la juventud aprista. Tanto como ella es la resultante de las más hondas aspiraciones y reivindicaciones del pueblo, es, también, la forjadora de la nueva conciencia.

VI
LA MÍSTICA DEL MOVIMIENTO

No hay, ni ha habido nunca una tarea de gran envergadura histórica, no hay siquiera una obra puramente individual si esto es posible en el rigor del término- con cierta profundidad fecundidad y trascendencia humana, que no haya sido movilizada, a ventada, impulsada por una fuerza espiritual, por una mística. Cuando el cristiano del Imperio Romano se lanzaba al sacrificio y a la muerte en las fauces de las fieras del Circo, cuando organizaba clandestinamente su acción apostólica y proselitista en las Catacumbas; cuando desafiaba la represión brutal de los pretorianos y la prepotencia de los Césares, estaba inspirado y movilizado por una fuerza o conjunto de fuerzas internas que representaban, buscando un símil físico, la tensión impulsiva del arco sobre la flecha.

En la época contemporánea el caso más extraordinario de una fuerza mística que impulsa un gran movimiento de transformación social, nos la da, sin duda alguna, el pueblo ruso y allí reside, ciertamente, su dilatada trayectoria histórica. Para el ruso de hoy día, la construcción del socialismo, la realización de una sociedad sin clase, la liberación del hombre del sistema capitalista que lo entraba en su expansión vital, en beneficio de una clase periclitada ya históricamente; la educación y forjamiento de un nuevo tipo de hombre para el porvenir, son algunos de los resortes internos que, unidos al temperamento especial del eslavo, a los instintos vitales más hondos de su raza, a su actitud espiritual y cósmica, a todas las fuerzas irracionales, telúricas y biológicas que estructuran su organismo síquico, constituyen la tensión creadora de la revolución de octubre. La gran obra de Lenin y de los revolucionarios de octubre ha sido encarnar la teoría marxista en el alma del pueblo moscovita, hacerla llegar a los estratos síquicos más profundos de la masa y darle su movilización dinámica y creadora. Si los principios marxistas no hubieran traspasado el plan racional y lógico del sistema, si Lenin no hubiera sido la encarnación del marxismo en el pueblo ruso, no habría sido ese oportunista genial que sale de Suiza con el propósito de "realizar la etapa pequeño-burguesa del liberalismo democrático" y que, al pisar la tierra rusa, convulsionada uy acezante, proclama la dictadura del proletariado y firma la paz de Brest-LITOWSK. Tan ruso era el caudillo de la Revolución de Octubre, que un camarada extranjero dijo de él "que llevaba siempre consigo el olor de la tierra rusa". Sólo un ruso pudo realizar, en verdad, la transformación Rusa.

Si nos preguntamos ahora, pasando de la esfera histórica o empírica a la del concepto racional: ¿qué es una mística?, nos responderemos en seguida; es el conjunto de móviles o fuerzas internas que impulsan a los pueblos y a los hombres a realizarse en su plenitud; a consustanciarse a cada paso, con su misión personal o colectiva, con el objetivo ideal que se han propuesto. Cuando Jesucristo dice: "Sed perfectos como lo es mi Padre que está en los cielos", señala la trayectoria de la mística cristiana. Idéntico valor tiene la aspiración del hindú al sumergirse en el Todo y, también, el anhelo del budista para alcanzar el Nirvana.

Ciertamente, lo que nos revela la gran pulsación histórica del movimiento aprista, es la presencia en su seno de un conjunto de fuerzas internas que operan, volviendo al símil anterior, como la tensión del arco sobre la flecha. Es lo que constituye su poderosa entraña vital y lo que lo ubica dentro de las grandes empresas históricas. El aprismo se siente como un instrumento histórico de la nueva América, como el forjador del nuevo hombre que necesita el Continente para alcanzar su expresión más íntima y original, como el adalid antiimperialista del Nuevo Mundo; como el órgano biológico necesario para trasmutar en una unidad, las contradicciones y antinomias más profundas del Continente; como una fuerza constructora en medio del caos y de la dislocación jurídica, social, económica, moral y política de nuestros pueblos; como una energía combativa contra el estacionarismo suicida y la rutina feudal de las oligarquías dominantes, como el instrumento histórico de una nueva cultura que inicia su marcha creadora.

Es absurdo pretender que unos cuantos demagogos sean capaces de crear artificialmente este conjunto de fuerzas internas, sino respondieron a una realidad esencial; fuerzas internas que han comenzado a movilizar las masas en una formidable mística de la acción, que las lleva a aceptar la muerte cantando. Claro que las masas no pueden delinear racionalmente en su conciencia, con toda precisión, estas fuerzas que las impulsan; pero, ellas las llevan en alas de su emoción, ellas las viven en la lucha y las sufren en el sacrificio cotidiano; ellas las intuyen con la aguda penetración del pueblo que ésa es su misión histórica; ellas, en fin, les dan vida, les dan carna-

tura vital con una fe honda en que ése es su destino trascendente.

Sin estas fuerzas internas hubiera sido imposible en un país tropical que ha pasado siempre por veleidoso y tornadizo, por escéptico e indolente, crear un movimiento que. Desde hace varios años, es objeto de la represión más terrible y siniestra que se registra en la historia de América Latina. El Aprismo ha creado un a fe y so es lo importante. Crear una fe dentro de un pueblo y de una raza sin brújula, es demarcar un derrotero claro, es canalizar la totalidad de sus fuerzas espirituales y materiales hacia un objetivo.

VII
LA UBICACIÓN MARXISTA ANTIIMPERIALISTA

No se puede plantear hoy la revolución, cualquiera que sea el pueblo de la tierra, desde el punto de vista contemporáneo, sino dentro de los marcos teóricos y prácticos del marxismo, así como no se puede plantear, para la ciencia astronómica ningún problema que no parta de la concepción heliocéntrica del Universo. Las ciencias sociales y económicas han superado ya sus antiguas concepciones y, por eso, el marxismo es el camino y el método científico de la revolución. Es la poderosa arma racional y lógica de lucha puesta en mano de las masas revolucionarias. Es el esclarecimiento preciso de la marcha de la historia por el juego racional de las fuerzas de producción y de cambio. Pero, el marxismo no es cartabón rígido, ni recta congelada, sino instrumento flexible y elástico que rebasa toda fórmula o plantilla cortada a patrón y media geometría. Para nosotros, la prueba de fuego que ha sufrido el marxismo -y de la cual ha salido airoso- es su adaptabilidad o aplicación a la realidad de la América Latina y de los demás países, económica y políticamente coloniales del Asia y del Africa. Y decimos que ha sido la prueba de fuego, porque, científicamente, la etapas económicas no se han desarrollado en estos países, dentro de un proceso normal y correlativo, como ha ocurrido en Europa. Ya se ha dicho y de ha demostrado hasta la saciedad, que América Latina y, dentro de ella, cada uno de los países que la integran, es una mapa de economías contiguas y coetáneas, que se extienden desde la etapa primitiva del salvaje hasta la etapa industrial del imperialismo, pasando por las etapas intermedias con todas sus variantes y matizaciones exclusivas. De esta suerte, el capitalismo no llega a América Latina, como en Europa, dentro de un proceso natural, sino por rebasamiento imperialista, por derrame y compulsión periférica de los grandes países industriales sobre las "zonas de influencia". Y de esta suerte misma, el capitalismo que en Europa consuma la revolución democrático-liberal, en América Latina es el aliado del oligarquismo y feudalismo políticos, que no son sino desorden económico, desorden moral, dislocamiento jurídico, caos y atraso sociales. Este hecho comporta problemas privativos y específicos de América Latina y, por consiguiente, la revolución no puede plantearse, como en Europa, sino en distinto plano teórico y práctico. El cambio y las tácticas de la revolución latinoamericana tiene que ser, por ello, distintas de las que preconizan el socialismo y el comunismo en los grandes países capitalistas, generadores de la máquina y de la gran industria.

Sin duda, la aportación doctrinaria y la crítica de Haya de la Torre en este sentido, ha sido decisiva. Es el primero que estudió y dio, con admirable precisión, el problema marxista de la revolución latinoamericana. Apartándose de la delicuescencia académica y libresca con que se pretendió mimetizar en América la plantilla revolucionaria de Rusia; apartándose del verbalismo maquinal y automático del trópico que ha tendido siempre a una imitación literal. Haya de la Torre se pone a estudiar seriamente la realidad económica, política y social de nuestros pueblos y sólo entonces surge la doctrina aprista que se encarna, luego, en una vasta fuerza multitudinaria.

Nadie que tenga la frente despejada puede negar hoy que el imperialismo es el hecho central de la economía latinoamericana, de una manera mucho más exclusiva, absorbente y específica que en el resto del mundo. El imperialismo es el fenómeno mundial, pero, en ninguna parte de potencia más absoluta y esclavizante para la producción nacional, como en nuestros países. Por lo tanto, el problema de la revolución en América Latina tiene que comportar una teoría y una praxis antiimperialista. Es el arma científica que el marxismo pone en manos de sus masas revolucionarias. Hasta hoy, el Estado seudoliberal latinoamericano, Estado-democrático de similor, Estado Pastiche, que no ha sido otra cosa que el imperio del oligarquismo feudal, que se ha cotizado incondicionalmente a las inversiones imperialistas. El imperialismo ha puesto y ha quitado congreso y gobiernos, como marionetas de escenario bufo, según convenía a sus intereses y a sus planes de penetración. No ha habido, pues, democracia liberal y parlamentaria en nuestros pueblos en el sentido europeo, salvo tal o cual intento tímido, débil y temporal.

Y si hace falta el testimonio imparcial de un extranjero calificado, oigamos lo que dice el francés Andre Sieg-

fried, en diversos pasajes de su obra "América Latina":… "la arbitrariedad se inserta, sin obstáculo, en un cuadro verbal de arbitrariedad"; … "la historia política de América Latina, aun la actual, está llena de violaciones constitucionales, de las que no puede decir que sean únicas, ya que parece son cometidas lo más fácilmente del mundo". "La América tiene demasiadas (constituciones) porque el texto libera a las conciencias, más aún desde que no los liga, y desde que se siente satisfecha de lo que está escrito, sin preocuparse mucho de lo que ello es el fondo. Yo no he oído hablar de la constitución sino en esos países donde diariamente se la viola. Eminentes juristas discuten seria y concienzudamente, la significación de los textos de los cuales se burlan los políticos, y si uno se sonríe, los doctores señalan con el dedo los artículos que son garantía del Derecho";…"el ejercicio del Gobierno consiste en algunas operaciones esenciales, a la vez simples y brutales. No hay allí ningún sentimiento de interés general, nada de opinión pública". Para realizar un programa de gobierno hay dos condiciones indispensables: Artículo primero, tener a la fuerza armada y asegurarse su fidelidad, pagándole bien; Artículo segundo, poseer los recursos financieros suficientes para aplicar el artículo primero". "Son impresionantes las ruinas morales que los regímenes tiránicos dejan tras de sí. Uno piensa a pesar suyo, para transportarla al dominio civil en la famosa frase: "*Ubi solitudinem faciunt, pacem apellant*" (donde hacen un desierto dicen que han establecido la paz)."

El sentido esencial de la revolución latinoamericana tiene que ser de un carácter democrático antiimperialista. De allí, la concepción del Estado-antiimperialista, que no sea un Estado aliado y cómplice del imperialismo industrial, al cual, no encontrándose en estos países resistencias vitales que lo condicionen y mantengan dentro de sus límites naturales y biológicos, absorbe totalmente las energías de nuestros pueblos, practicando algo así como un drenaje económico que lo succiona, y dejando a su paso un pauperismo que apenas puede concebirse en países tan ricos, tan vastos, tan poco poblados y tan ingentemente dotados por la Naturaleza. Es Estado antiimperialista tiene que ser, pues, un Estado-Defensa de las masas productoras latinoamericanas, porque el imperialismo es una etapa de la economía mundial capitalista a la que no es posible suprimir por decreto, como tantas veces se ha dicho. Su desaparición está íntimamente ligada a la revolución mundial, es decir, a la revolución de los grandes centros industriales.

No cabe, en los límites de este ensayo, la exposición detallada de la teoría aprista sobre tópicos tan interesantes como la función revolucionaria de nuestras clases medias, por ejemplo, tan radicalmente distintas de las clases medias europeas y norteamericanas. Quien desee conocer, en toda su amplitud y significación, el concepto filosófico aprista, debe remitirse a los numerosos estudios que se han publicado al respecto, y, sobre todo, al libro de Haya de la Torre. "El Imperialismo y el Apra", obra fundamental en este sentido [(1)].

VIII
LA ENCARNACIÓN VITAL

Se ha afirmado que el simple planteamiento de un problema envuelve su solución. El punto de partida lleva implícito el camino e incluso la meta, como la semilla contiene el árbol y el fruto. Un ser vivo es problema que se plantea al momento de su nacimiento, pero, un problema que arrastra dentro de sí todos sus desenvolvimientos ulteriores y finales. En las transformaciones de la historia ocurre lo mismo. El grande hombre es el que acierta con la fórmula precisa, con el planteamiento exacto de una época, cualquiera que sea su forma de expresión; estética, ética, social, científica o política. Gracias a un buen planteamiento, los movimientos colectivos, los acontecimientos adquieren un sentido definido y creador.

Una ideología cualquiera podrá ser el instrumento, el método o el camino de una transformación, pero, no, la transformación misma. Muchos espíritus superficiales creen, ingenuamente, que con "El Capital" de Marx en la mano, se pueden hacer todas las revoluciones del mundo. Confunden el instrumento o herramienta con la obra. Una ideología no es sino el fundamento racional, el emplazamiento lógico y científico de una revolución. Lo es, también con respecto a una cultura, pero, no es la cultura misma. Se suele confundir la parte con el todo, el instrumento de expresión con la cosa que se expresa. Una revolución es algo más complejo y siempre ha rebasado los linderos racionales que se le asignaban de antemano. De allí sus sorpresas súbitas, y las frecuentes desilusiones de los mismos revolucionarios al consumar y concretar en realidad lo que se proponían.

Ya hemos dicho que para una idea o conjunto de ideas tengan eficacia revolucionaria deben encarnar en el alma y en la vida total de un pueblo. Deben asimilar su vibración interna y consustanciarse con su pulsación vital. De lo contrario, son ideas cadavéricas que penden en el aire, como pompas de jabón. Que el planteamiento racional del Aprismo ha sido exacto, nos lo revela la experiencia de varios años de lucha, en que el movimiento ha adquirido un volumen y una fuerza creadora que no sospecharon las oligarquías dominantes. El Aprismo no es sola-

mente un partido político sino una empresa espiritual y de cultura. Es, también, un movimiento ético de vasta envergadura multitudinaria. Esa es la prueba irrecusable de su acertada ubicación lógica, Las ideas corren dentro de los sentimientos y éstos dentro de las ideas.

El fracaso de los partidos socialistas y comunistas en América Latina se debe a que no han sabido insertar el marxismo en las condiciones privativas de América, en el alma del Continente. Así lo ha confesado Bunge en l a Argentina con respecto al Partido Socialista. Han buscado adaptar la plantilla europea a la realidad latinoamericana y, claro, era imposible plasmar dentro de un cartabón exótico, la movilidad y la fluencia de nuestros pueblos. Cometieron el mismo error que todos los partidos "tradicionales" que trasladaron los patrones europeos, sin lograr infiltrarlos en el alma de América. Recordemos otra vez, el ejemplo ya clásico de la Revolución de la Independencia que se hace bajo la advocación de los principios de la Revolución Francesas, que en Europa realiza la democracia liberal, y en nuestros países consolida el feudalismo político y económico. No bastan las ideas y teorías; es preciso que éstas vivan en los hombres y tomen cuerpo carnal en la tragedia, en la estructura emocional y vital de los pueblos.

Los partidos han solido formular programas excéntricos y periféricos, programas que pretendían, desde fuera -¡loco intento!-, transformar las realidades. Y así cada programa se convertía en una excrecencia ideológica que vivía a costa de la salud vital de los pueblos. En el Perú -y el ejemplo vale para toda la América Latina-, cada farautе universitario volcaba en sus programas políticos, con una pedantería enciclopédica, todos los principios más avanzados del derecho constitucional de la hora y se figuraban que con ello hacían una revolución. No hemos olvidado, todavía, el caso típico de avancismo ideológico y académico, que se dio con el Partido Nacional Democrático o Futurista de Riva Agüero, para acabar en el ultramontanismo cavernícola de la "Acción Patriótica".

El éxito del Aprismo hay que buscarlo en el hecho profundo de haber acertado con el planteamiento racional exacto de la revolución latinoamericana y en haberlo movilizado con el conjunto de todas las fuerzas biológicas, culturales, históricas, morales, síquicas, emocionales y telúricas del Nuevo Mundo. Es decir, que la acción del Aprismo surge de adentro hacia fuera, del centro hacia la periferia. Sin este hecho quedaría sin explicación plausible un movimiento -el primero de tal envergadura en nuestros pueblos- que ha sido capaz de realizar en pocos años una transformación tan radical y de tan potente energía en las juventudes y en las masas de un país que parecía sumido para siempre en el colapso colonial. N, los grandes hechos históricos no se producen por casualidad, sino que obedecen a un conjunto de fuerzas, de las cuales ellos son la traducción y la expresión visible, tangible y externa. Constituyen, lo repetimos, el alfabeto, la gramática que emplea el lenguaje cultural y espiritual de una época, de un pueblo, de una raza de un continente. Quien sepa leer en ellos con la suficiente clarividencia, tiene, en realidad, en sus manos la clave del provenir.

IX
VICTORIA POLÍTICA

Cuando surge el Aprismo, a la caída de Leguía en 1930, no tiene frente a sí un verdadero adversario político en el sentido propio de la palabra. La pugna política es la ficción de dos o varias concepciones del Estado o del gobierno del Estado. Es decir, que la fricción política se produce por concepciones diferentes del Derecho y la Justicia sobre las que se fundan y giran las instituciones del Estado o por simples métodos que deben emplearse en la Administración Pública.

En el primer caso, nos encontramos ante una transformación o revolución. En el segundo, ante un mero proceso o turno electoral en el gobierno. El "civilismo" peruano carece de una concepción del Derecho y no tiene, tampoco, un método de administración. El democratismo liberal de que hacen gala sus hombres representativos y que vegeta como letra muerta en el texto de las constituciones, es algo hipotético y gaseoso, un simple *bluff* jurídico que no tiene realidad práctica, ni ha tenido nunca realidad histórica viva en las instituciones del Estado. Sólo hay apetitos desalados y primitivos, venalidad desapoderada y voraz. El privilegio y la holgura de un grupo de familias; la miseria y la explotación de la gran masa del pueblo. No hay estructura legalitaria alguna que rija en la práctica la vida colectiva. Es el caos primordial.

La victoria política del Aprismo fue inmediata, casi instantánea. De norte a sur de la República corrió, con eléctrica celeridad, un gran estremecimiento multitudinario. Movimiento espontáneo que surgió de la entraña misma de la masa, como el brote gallardo de un surtidor, al romperse la pétrea resistencia de la superficie. Hubo una fruición mística en el corazón de las multitudes oprimidas. La ciudadanía entonó, en extensas masas corales, la Marsellesa de la libertad civil. En realidad, no fueron los líderes del Partido los que crearon este galope dinámico del espíritu nacional. Ellos fueron instrumentos pasivos, casi sin autonomía mental, de ese hervor que emergía del centro a la periferia de la Nación. Su valor histórico consiste, precisamente, en haber eliminado, en ese

momento supremo, sus personalidades individuales, constituyéndose, de esa suerte, en dóciles vehículos del movimiento.

La victoria política del Aprismo tuvo, desde el primer momento, un carácter tan ecuménico, que el "civilismo", para llevar al Poder a Sánchez Carrión, hubo de mixtificar, en grande escala, el sufragio electoral; y Benavides, para sustituirlo, tuvo que ampararse, contra los preceptos expresos de la Constitución vigente, en una Asamblea Parlamentaria amputada y estrangulada. La fuerza política del Aprismo se revela y surge con más nítida claridad, cuando, pocos meses después, el gobierno de "la paz y la concordia" apelaba a los mismos métodos que su antecesor y retrocedía ante la fuerza política de sus adversarios, cuyo volumen electoral le obligó a dilatar, varias veces, con medrosa reiteración, los plazos señalados para las elecciones. Fue el signo y la demostración más evidente de la debilidad del "civilismo" ante la voluntad y el sufragio popular. Una vez más el Aprismo había vencido políticamente a la vieja casta oligárquica.

El "civilismo" impotente no tuvo otra alternativa que apelar a la persecución policíaca y a las bayonetas del Ejército. Era los únicos instrumentos que podrían prolongar, todavía, por algún tiempo, su agonía en el Poder, mientras se organizaba y estructuraba la insurrección civil. A todas las prefecturas de la República, que habíanse convertido en meras oficinas ejecutoras del plan represor del Gobierno Central, se impartió la consigna del exterminio. La consigna se cumplió a sangre y fuego. Millares de hogares peruanos fueron hollados y estropeados por la policía. Innumerables víctimas han pagado con su sangre, su fervor revolucionario; centenares de apristas han sido violentamente deportados; las cárceles y las prisiones se colmaron literalmente de presos. Toda la prensa de oposición fue suprimida; cancelados los derechos de reunión y asociación.

Durante varios años el clima revolucionario del Perú fue vigorizando su tensión operante. En el Perú ha ocurrido un proceso inverso al de otros países. Han ocurrido para ello factores históricos complejos. Y el caso del Perú es el caso, a nuestro entender, de toda la América Latina. Efectivamente, durante las dos pasadas décadas, los golpes de Estado revolucionarios en todo el mundo vinieron siempre a culminar y completar la victoria política de los partidos insurreccionales. Desde el Poder, por compulsión de la fuerza, de ha consumado el triunfo político de la insurrección. En el Perú, la victoria política ha precedido al golpe de Estado y a la captura del Poder. En la actualidad, el problema del Aprismo no es ya un problema político sino un problema de distinto orden.

Este hecho es muy significativo para la futura estructuración del estado peruano. No se trata de una minoría revolucionaria, como lo fue, al comienzo, en Rusia o en Italia, la que debe dictar la ley a la Nación. Es la Nación misma que se yergue para romper el privilegio, la usurpación y el abuso de una minoría sin fuerza política alguna. En puridad de verdad, no puede tratarse de la dictadura de una clase, porque la revolución ha sido consumada por una alianza de clases, sino de una Democracia con miras y orientación colectivistas, muy lejana, por cierto, del sistema típico de la democracia liberal al uso. Ni Rusia, ni Italia, ni Alemania; ni Stalin, ni Mussolini, ni Hitler, sino América. La América Latina con sus condiciones excepcionales y específicas en la cual los partidos revolucionarios no tienen precisamente, que destruir una estructura jurídica secular o un partido o conjunto de partidos que representen una realidad política y una ideología conservadora, porque no existe ni lo uno ni lo otro, sino que tienen que crear, por primera vez, una ordenación jurídica frente al caos primordial; frente a la arbitrariedad, al desorden y a la explotación feudales; frente a las fuerzas ciegas, negativas y casi zoológicas del Continente.

X
EL HOMBRE-ACCIÓN

Si el ergotismo sudamericano, ergotismo escolar y pueril que juega con las ideas, como el hombre primitivo o salvaje juega con los espejuelos y baratijas de la industria, quiere darse todavía el gusto de discutir la formulación racional y lógica de la doctrina antiimperialista, puede imaginar todas las réplicas racionales posibles. No hay sistema racional o lógico que no puede ser objetado. El curialista de aldea lo sabe demasiado bien cuando defiende una mala causa o cuando quiere despojar de su terrenito al campesino ingenuo. Contra la doctrina aprista de Haya de la Torre se sigue y se seguirá aún ergotizando en América Latina. Se erguirán, lo que he llamado en un ensayo anterior, las viejas y las nuevas "larvas mentales", congeladas, estáticas y cadavéricas, que circula en *snobismo* académico y europeo en las pinacotecas de las universidades. Pero, lo que nadie podrá negar es la acción trascendente y fulgurante que desarrolla desde el año 23. Allí está con su dilatada reverberación para las pupilas de menor tabulación óptica. Cuando la marea de ergotismo subía y rebasaba la medida en algunas ocasiones, Haya de la Torre exclamaba siempre, a pesar de su gran talento polémico: *"Yo no discuto, yo hago"*. Y efectivamente. Haya de la Torre ha hecho. No hay otra réplica para la acción

del Jefe del Aprismo, que otra acción de igual o superior nivel vital.

América Latina ha encontrado en Haya de la Torre su hombre de acción. Desde hace cien años no de ha producido, entre nuestros pueblos una actividad operante de tal trascendencia y de tal envergadura. Par encontrarle su par, es preciso ir hacia los grandes capitanes de la Independencia. Y -hecho profundamente simbólico de la época- él no moviliza, como fuerza esencial, las bayonetas y los cuarteles; moviliza en primer término, las fuerzas civiles de la Nación, hace surgir, como ya lo hemos dicho, el héroe civil. El martirologio aprista está rebosante de héroes de la masa anónima, que están reclamando su Plutarco para una nueva serie de Vidas Ejemplares.

En la Independencia se movilizaron, principalmente, las armas y los batallones, el criollismo aristocrático de los terratenientes, en cuyo beneficio se cumplió la revolución y, después, por contagio sentimental, las masas civiles. Fue, ante todo, una empresa militar contra España. El héroe o el caudillo hubo de salir de las filas cuartelarias. El militar estuvo, entonces, a la altura de su misión histórica, se consustanció con las aspiraciones del pueblo. En esta vez, se movilizan las masas, las fuerzas políticas y productivas de la Nación y se traza un plan económico y de cultura. La segunda Independencia no puede realizarse de otra manera. Que esta lucha es más larga y quizás más cruenta que la otra, no cabe duda. Allí están los hechos para atestiguarlo y las manchas de sangre que tiñen ya el país de norte a sur. En América nos ha perdido siempre la acción mimética del pasado y los espíritus superficiales y apresurados esperan la solución, la salvación, de donde no vendrá, de donde no puede venir.

En otra oportunidad hemos señalado cómo Haya de la Torre es, en su individualidad más profunda, como todos los hombres representativos de América Latina, la trasmutación en un todo unitario, de las contradicciones y antinomias del Continente. Dijimos también, que el nuevo hombre de América era -para buscar su símil fisiológico- el resultado de la asimilación, de la conjugación, de la digestión vital de dos mundos antitéticos a través de cuatro siglos de ficción pugnaticia. El nuevo hombre de América es el nuevo órgano biológico que necesita el Continente para articular su destino. De pocos se puede afirmar con igual certeza, que encarnen y realicen esta concepción como el Jefe del Aprismo. No es cosa ya de insistir más sobre estas ideas expresadas en otro lugar y que bastan para arrojar suficiente luz y comprender una de las personalidades más interesantes y sugestivas de América.

XI
EL EQUIPO ENERGÉTICO

Una empresa de cultura no puede ser ni ha sido nunca la obra de un hombre. Son precisas muchas capacidades para plantear, abrazar y recorrer una trayectoria histórica. La eficiencia vital de un movimiento se mide por su virtualidad de suscitación, de procreación y de fecundación espiritual. Cuando un pensamiento permeabiliza las conciencias juveniles impulsándolas a la creación, es signo cierto lo que encierra dentro de sí una vigorosa continuidad histórica. Esta tarea de fecundación la realiza el movimiento aprista en un grado extraordinario. Lo prueba, el fervor creativo de la juventud peruana de hoy. Y no la juventud de una clase social determinada sino la juventud de todas las clases. El despertamiento de la conciencia juvenil obrera, sobre todo, es un espectáculo de intensa fuerza emocionante. En el transcurso de esto últimos años han surgido jefes y conductores obreros que han demostrado, en el pensamiento y en la acción, una singular capacidad operante y creativa. Esta es la mejor comprobación de que nos encontramos ante un movimiento de larga y extensa resonancia histórica.

Nada revela más la energía juvenil del Aprismo que el fervor y la disposición decente que se concitan en las prisiones y en las cárceles entre los presos políticos Todos estudian y todos enseñan. Apenas llega una etapa de persecución y la prisiones comienzan a colmarse de presos, automáticamente se organizan grupos pedagógicos, asociaciones de estudio, círculos de lectura, planes de conferencia, seminarios de cultura. En el Frontón, donde las condiciones de los presos eran peores que en cualquier otro presidio, conocimos a un adolescente, casi un niño, que cubierto de harapos, estudió y aprendió el inglés y el francés durante quince meses. En los últimos días del internamiento saboreaba con delectación su Shakespeare y sus clásicos ingleses y franceses. Cito este caso, no porque sea único, sino porque es frecuente. Se dictan cursos enteros de historia, economía, literatura, filosofía.

Ocurrió el caso simbólico, durante le mando de Sánchez Cerro, que mientras la Guardia Republicana deambulaba por los claustros silenciosos de San Marcos, en el Frontón,, en la Intendencia, en el Real Felipe y aún en las prisiones selváticas del Satipo y el Madre de Dios, se abrían los estudios. Durante esos quince meses siniestros y vergonzosos, los únicos órganos de alta cultura en el Perú fueron las cárceles. Hecho paradójico, pero, también, preñado de significación y de energía.

Había entre los internados un tal *élan*, un tal impulso de "capacitación", que a veces tocaba las lindes del frenesí. Se juntaron varias promociones de hombres que sentían, no solamente en su espíritu, sino hasta en su misma carne, el imperativo de prepararse para la construcción futura. Parecía que el tiempo venía corto y que era preciso ganar las horas de la vida; que el porvenir los llamaba a la construcción y a la forja de un pueblo. Este estado de tremenda tensión interna acabó por hacerse natural y cotidiana, un verdadero clima de cárcel.

Así se explica el estoicismo con que los presos soportaban el terrible régimen carcelario. Hay escenas que la pluma se resiste a describir para no retrotraer la angustia de esos días de pesadilla. Ha de venir, sin duda, el narrador que gane para el arte y para la ejemplarización de las generaciones futuras, toda la grandeza dramática y trágica de esta vida que dejó, que está dejando aún, tan copiosas y tan hondas enseñanzas.

XII
EL PRIMER ALZAMIENTO CIVIL

No puede faltar en un estudio del Aprismo, aunque esquemático como el presente, una interpretación del primer alzamiento civil, que da la nota tónica del movimiento. Interpretación que sirve, en sus lineamientos generales, para todos los alzamientos sucesivos que se producen después. Nos referimos a la insurrección del 7 de julio del año 32 en Trujillo y las insurrecciones de Cajamarca, Huaraz, Ayacucho y Huancavelica. Si es preciso tomar un símil de la revolución de la independencia debemos proyectar nuestra atención hacia las rebeliones precursoras de Pumacahua y Túpac Amaru. Semejante, el escenario dramático y grandioso de la insurrección; semejante el heroísmo y el denuedo de los rebeldes; semejante la tremulación trágica, la represión brutal y salvaje, el desencadenamiento de los instintos inferiores y crueles de los represores. Baste recordar que el mismo día de los fusilamientos y asesinatos en masa, se realizaba en la Prefectura de Trujillo, en un ambiente de pávido terror, un baile orgiástico sobre la sangre humeante y los sesos aún palpitantes de las víctimas.

a) NECESIDAD DE UNA INTERPRETACIÓN

La historia, más que relación escueta de los hechos, significa experiencia colectiva, experiencia social. Los acontecimientos nada nos dicen, si no sabemos trabarlos y concordarlos en un sentido determinado. Los hechos para constituir significado histórico deben ser como eslabones que se engarzan en una cadena, que, a su vez, une los extremos de una ruta. El hilo interior que los traba es imponderable e invisible a los ojos físicos, pero, es substancial y positivo a los ojos de la inteligencia, a la segunda vista del espíritu.

Si prescindimos de esta médula íntima que da coherencia al acaecer, los hechos no significan nada por sí mismo. Son como las cuentas sueltas de un rosario, muertas y estériles en su aislamiento, o como los paisajes que se reproducen atropelladamente en una cámara fotográfica.

La experiencia histórica presupone una interpretación de los hechos. Sin interpretación no hay experiencia. Por eso, para el hombre primitivo no había historia porque era incapaz de discernir los acontecimientos. Poseía únicamente una memoria pictórica de los sucesos, a la manera como los distintos aspectos de un paraje se reflejan en la lenta fotográfica. Conciencia rudimentaria de imágenes sucesivas y aisladas que se desvanecían o se deformaban sin dejar la decantación de su esencia significativa.

Para el hombre primitivo o para el hombre actual sin sentido histórico, los hechos no se relacionan ni se conectan unos con otros. Diríase que están separados por tabiques impermeables y que la presencia de cada uno de ellos fuera brusca, señera, intransferible.

Los acontecimientos del 7 de julio están clamando por una interpretación, están pidiendo su interpretación histórica. Debemos definir y esclarecer la médula vital que engarce los diversos hechos y les dé una coherencia y una significación global.

b) LOS FACTORES ECONÓMICOS

En ninguna región del país de da, como en Trujillo, la realización más típica del fenómeno imperialista. Grandes latifundios y concentraciones de tierras por el capital extranjero para el cultivo de la caña de azúcar. El azúcar, en un momento dado, adquiere precios exorbitantes y la mano de obra es sumamente bajo en relación con los salarios que se pagan en los demás países. La explotación capitalista adquiere entonces caracteres extremadamente álgidos. La guerra europea que en la industria mundial, salvo en algunas ramas de la producción bélica, determina una depresión considerable de las ganancias, en el Perú significa la multiplicación de los panes y de los peces. Es el país de El dorado auténtico, el país del ensueño capitalista. Algunas compañías extranjeras, alemanas principalmente, amenazadas por el bloqueo de los aliados, toman una nominación jurídica nacional. De esta suerte se salvan de la "lista negra" inexorable. Y mientras los países vencidos en la contienda mundial se precipitan

en la crisis económica, las compañías amparadas antes bajos sus banderas encajan en sus arcas ganancias ingentes. Mientras muchos presupuestos nacionales latinoamericanos arrojan déficits considerables por la incapacidad de sus sistemas administrativos de gobierno, los capitales privados de origen extranjero centuplican sus intereses.

El gobierno de Leguía que debió aprovecharse de las condiciones excepcionales que le brindaban las circunstancias, no acertó a hacer otra cosa que contratar empréstitos. El empréstito, entonces, era fácil, sobre todo en Estados Unidos, que salió de la guerra de 1914 realizando un espléndido negocio. La riqueza de un mundo que se desangra, afluyó a Norteamérica. Su problema capital, a diferencia de los demás países, no era ya de adquisición sino de inversión. No se trataba de un problema económico, propiamente dicho, sino de un problema financiero. Así como el problema negativo de inflación fiduciaria estaba matando a los demás países beligerantes, el problema positivo de inflación de oro, era una seria amenaza para los Estados Unidos por exceso de riqueza metálica. Se hacía preciso invertir el oro acumulado.

En tales circunstancias, para Leguía fue fácil la contratación de fuertes empréstitos. Es cosa elemental en economía, que capital que no se invierta influye en pérdida segura. El capital como Saturno, si no prosigue su impulsión dinámica, se devora a si mismo. El capitalista de ve obligado por su máquina a comprar otra máquina, a desarrollar su producción en una manera indefinida, a ser el esclavo de su producción.

Trotski ya dijo, en los albores de la Revolución Rusa, que en tanto los países europeos se agotaban por inflación fiduciaria, Estados Unidos agonizaba por inflación de oro. El empirismo y la ignorancia criolla creó la leyenda fantástica del talento financiero de Leguía, que no hacía otra cosa que obtener empréstitos onerosos.

El trabajador de Trujillo estaba señalado por condiciones especiales de la región a soportar, también, de una manera específica, la explotación imperialista. Los salarios con la guerra del 14, no experimentaron ningún mejoramiento apreciable y las condiciones de trabajo se mantuvieron en un nivel inferior.

El imperialismo capitalista no fue, entonces, con respecto al trabajador de Trujillo, una simple teoría, sino una tragedia en carne viva. Antes que la idea entró en él la experiencia realista. Una sería de huelgas y luchas por sus reivindicaciones generó y reparó en él, el espíritu revolucionario. Si en torno a la fábrica, también, se genera el espíritu de rebelión.

c) DOS GENERACIONES ANTAGÓNICAS

Al lados de los factores económicos de carácter privativo, específico y acaso regional en su máxima exacerbación existen, también, los factores espirituales, intelectuales, vitales de una nueva conciencia. La misma inquietud espiritual que surge en la Reforma Universitaria de Córdoba, se traduce, igualmente, en la juventud de Trujillo a partir de 1916. Inquietud que totaliza una articulación continental. Las nuevas generaciones latinoamericanas sienten, frente a la cultura del Viejo Mundo, la necesidad, la inexorabilidad de que América se exprese a sí mismo; de que América deje de ser el antagonismo de dos culturas para presentarse como un total unitario y original, para trasfundirse y permutarse en un nuevo hombre y, por consiguiente, en una nueva modificación del espíritu.

La juventud universitaria de Trujillo fue uno de los primeros equipos que sintieron agudamente este imperativo en el Perú. Allí surgieron Haya de la Torre y muchos de los que después formaron en las vanguardias más dinámicas y combativas del movimiento. Es la primera generación con auténtica emoción social en el Perú. Después, como proyección de este foco inicial, se agrupan, en una acción y un ideario comunes, las juventudes de Lima, Cuzco, Arequipa, Puno, Cajamarca, Chiclayo.

Esta generación tiene como precursor el pensamiento de Manuel Gonzáles Prada. Tiene más que todo, la ejemplarización de su vida inmaculada, enérgica, infatigable. Es una generación anticolonial y, por consiguiente, anticivilista. Representa la reacción de una nueva conciencia contra los viejos métodos, contra las viejas rutinas, contra los vicios inveterados y la explotación de la Colonia, cuya proyección en la República está constituida por el "civilismo" oligárquico.

A partir de este momento, dos modalidades de conciencia, distintas y antinómicas, se colocan frente a frente en la vida total del país. Se orientan, desde un ángulo nuevo de visión, todos los problemas de la nacionalidad; el problema político, el problema social, el problema económico, el problema universitario, el problema cultural, el problema agrario y del indio, el problema financiero.

Es ya la juventud aprista que comprende y siente su vinculación espiritual, económica y política con todos los demás países de Indoamérica; es la nueva generación que asume su tarea, su misión y su significado continentales.

A partir de 1916, asistimos a la discriminación, a la expresión y fijación de sus postulados políticos y éticos; a la formulación y precisión de sus objetivos concretos e inmediatos, a la vez que a su vinculación multitudinaria, a su vinculación profunda con la masa peruana.

El pueblo de Trujillo que había asistido a la eclosión de este movimiento desde sus primeros pasos vacilantes, que lo había visto crecer y fortalecerse, que le había dado la semilla vital primigenia, fue, también, el pueblo, en cierta manera predestinado a rendir su primer contingente de sacrificio y de sangre. Sólo así se comprende, en su significado más profundo, el fervor con que millares de hombres del pueblo dieron su vida. Los mismos jefes y oficiales de las tropas que asaltaron la ciudad reconocieron la bravura indomeñable y casi sobrehumana con que se batieron en las trincheras los revolucionarios del 7 de julio. Verdaderos héroes civiles que murieron por una idea, por una doctrina, por una empresa ideal.

Con tal calidad de material humano se puede construir uno de los pueblos más grandes de la historia. Todos los elementos necesarios se encuentran en ese plasma heroico que es capaza de alcanzar las mayores expresiones del espíritu. El levantamiento de Trujillo nos trajo esta revelación formidable. Fue en verdad, el escenario epopéyico de mucho dolor y de la más desgarrante tragedia, pero, también, el canto, la diana de la Nueva América, que anunciaba al mundo las posibilidades maravillosas del Nuevo Continente.

Los hombres que de alguna manera fuimos los primeros vehículos de este movimiento, sabemos ahora, con entera certidumbre, con prueba experimental irrecusable, su formidable y positiva trayectoria hacia el porvenir. El resto son los episodios y contingencias de la lucha que nos inquieta mayormente. Un nuevo hombre y una nueva conciencia están en marcha. Y éste es y será nuestro principal objetivo.

NOTAS

(1) Haya de la Torre acaba de publicar su libro "Espacio, Tiempo Histórico", que avanza una explicación más profunda de la realidad indoamericana y que partiendo del Marxismo y de la Teoría de la Relatividad, formula la filosofía política más original que se haya producido en nuestros pueblos. Véase para mayor información mi artículo "La teoría del Espacio - Tiempo Histórico", publicado en "La Tribuna", el 17 de abril de 1948.

ISSN 1991-5837
Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú Nº 2006-8214

Pueblo Continente

Revista Oficial de la Universidad Privada Antenor Orrego

Volumen 19, N° 1, Enero - Junio 2008

AUTORIDADES UNIVERSITARIAS

RECTOR

Dr. Guillermo Guerra Cruz

VICERRECTOR ACADÉMICO

Dr. Víctor Raúl Lozano Ibáñez

VICERRECTOR ADMINISTRATIVO

Dr. Julio Chang Lam

TÍTULO ABREVIADO

Pueblo cont.

DIRECTOR

Dr. Saniel Lozano Alvarado

EDITOR

Dr. Fernando Rodríguez Avalos

COMITÉ EDITORIAL

Dr. César Adolfo Alva Lescano
Mg. Eduardo Paz Esquerre
Lic. Bruno Cépeda Ruiz

COORDINADORA DE EDICIÓN

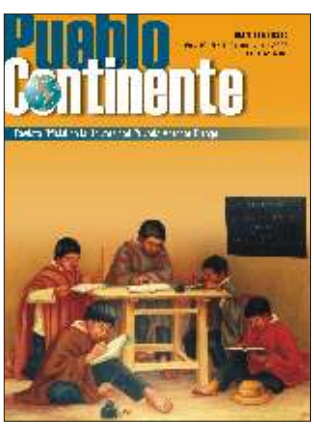
María del Carmen Veneros Ulloa

PRE PRENSA

EDICIONES CAROLINA
Jackeline Ulloa Vásquez
Telf. 206691 - Trujillo

DIRECCIÓN

UNIVERSIDAD PRIVADA ANTENOR ORREGO
Av. América Sur Nº 3145,
Urb. Monserrate, Trujillo, Perú,
teléfono: 51-44-604447,
telefax: 51-44-282900,
e-mail: postmaster@upao.edu.pe
http://www.upao.edu.pe



Nombre anterior: ANTENOR ORREGO.
Publicación semestral de distribución gratuita.
Revista indexada en el Latindex.

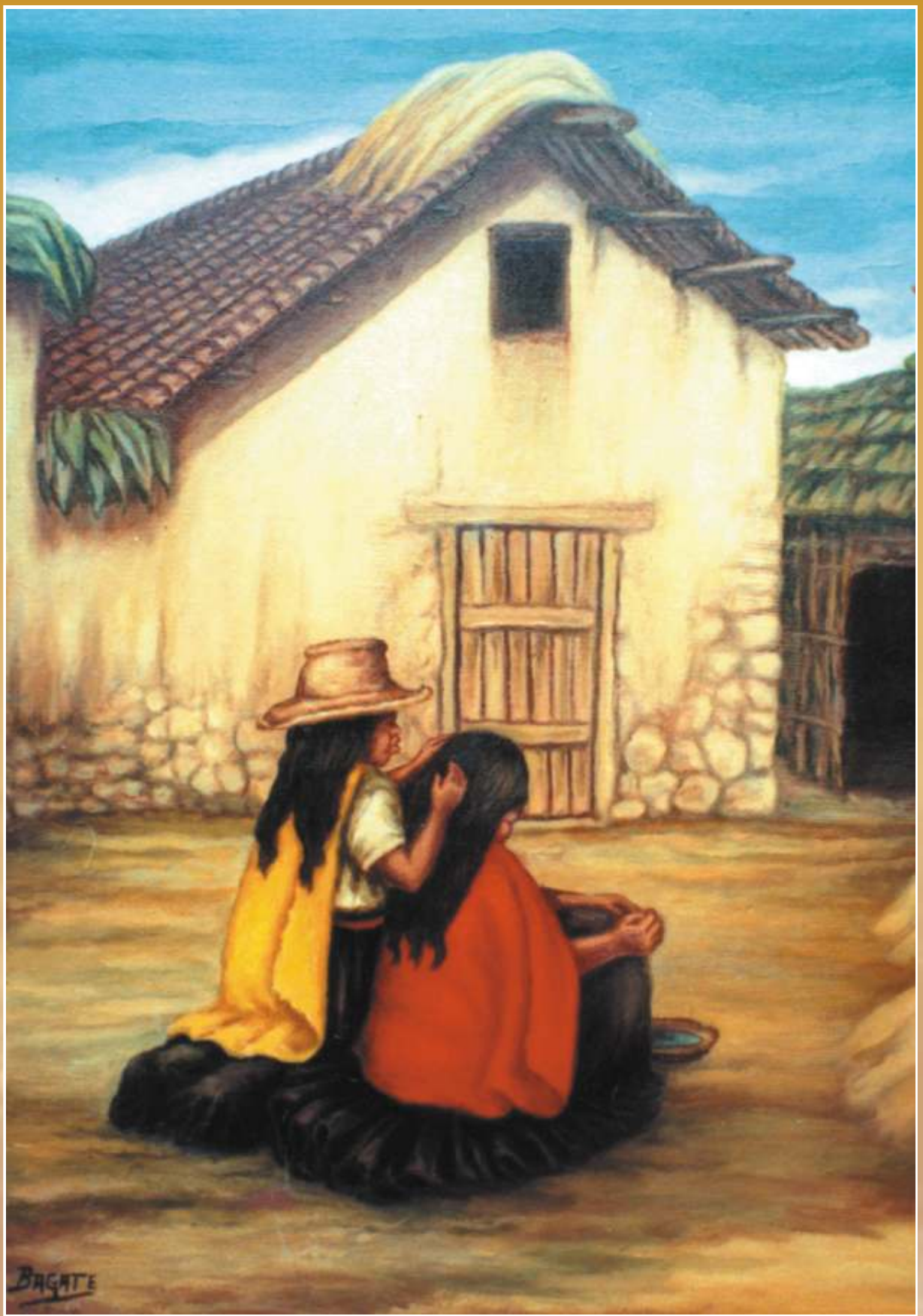
© **Universidad Privada Antenor Orrego**
La Universidad autoriza la reproducción de los trabajos de este número, siempre que se identifique su procedencia.

Portada: "La Escuela Indígena", óleo sobre lienzo del artista peruano ***Juan Villanueva Rodríguez - BAGATE.***
Prop. Luis Chávarri Rodríguez - Cajamarca.
Contraportada: "La Escuela", óleo en nordex - *BAGATE.*
Prop. Flavia Villanueva de Martinet - Trujillo.
Ilustraciones interiores: Oleos de *BAGATE.*

Los artículos que aparecen firmados en esta revista expresan las opiniones personales de sus autores y no la de la Universidad Privada Antenor Orrego.

PUEBLO CONTINENTE

Cátedra orreguiana



"Despiojando"

PUEBLO CONTINENTE (IV)

Antenor Orrego

EL TETRAGRAMA RACIAL DE AMÉRICA LATINA

1º TERRENIDAD, HEMOFILIA Y MUCHEDUMBRE

I
LA PRESENCIA DE LA MASA

La única forma de vida que conoce el hombre se expresa desde las raíces, crece y medra de abajo hacia arriba; antes de alcanzar y bordear el cenit, precisa que absorba y beba las fuerzas oscuras y las potencias gravitadas del nadir. Como el cohete, debe arrancar de la apretada tiniebla de abajo antes de florecer en luz y sonido en el espacio. La mejor concreción de la vida terrena es el árbol que pende, como una membrana, entre el suelo y el cielo, y que sólo es capaz de nutrirse lanzando sus raíces buidas y elásticas a las entrañas de su madre. Sólo a este precio la savia adquiere su potencia tonificante y vitalizadora para alimentar y acrecentar la copa. Es significativo el mito griego de Anteo, quien para adquirir vigor necesitaba tocar el nadir con sus pies, y es un simbolismo profundo la tara hemofílica de los reyes en que la sangre se dispersa de los vasos fisiológicos hacia la periferia por ausencia de contención interna, de coagulación adherente, y se esteriliza por falta de gravitación popular, por haber pedido su contacto con el impulso vitalizante de la multitud. La sangre azul tiende a volatizarse y a tornar a la nada.

Por eso, la política, que es por excelencia la ciencia y el arte de la terrenidad, tiene que ser realista, concreta, específica; tiene que manejar las fuerzas del nadir y prenderse a las necesidades y anhelos de la multitud para que ésta pueda alzarse hacia el Espíritu. Por eso también, toda política inteligente tiene que ser económica, debe fincarse en las relaciones de producción y de cambio, debe estructurar en su acción las necesidades primarias de la masa. Toda política "idealista" y "romántica" en el sentido negativo de estos vocablos, que no ha contado con el satanismo de la tierra, con las fuerzas infernales del nadir, con las energías abismales de la vida telúrica, ha fracasado siempre en la historia. Nada más superficial ni más necio que ignorar las fuerzas inferiores que sostienen al mundo. Valdría tanto como el filósofo que no contara con su estómago para pensar. Un gran movimiento político se hace siempre con toda suerte de gentes y de espíritus, y el genio del estadista consiste en crear una ecuación vital con todas estas fuerzas, cuya incógnita, al despejarse, sea un poderoso vuelo hacia el espíritu. América Latina, en su aspecto social y humano, es un infierno, y en ninguna parte el Estadista necesita un genio más poderoso para coronar una obra de luz. El político debe realizar una labor de congruencia entre las fuerzas inferiores y las fuerzas superiores, si quiere realizar una obra creadora. Sólo cuando se establece una verdadera congruencia vital entre las funciones digestivas y las funciones del pensamiento, sólo cuando el estómago nutre las células cerebrales se produce, en realidad, una criatura, un ser auténticamente creativo.

El hombre no es un ser angélico, aunque las viejas metafísicas y teogonías del Oriente digan que está en trance de serlo, pero lo importante es que ahora no lo es y que tiene que trabajar, pensar y vivir en la tierra y con la tierra. La esencia del ser actual del hombre es de un carácter ascencional: se proyecta, como una fiesta carnal, viva fulgurante, de abajo hacia arriba, del nadir al cenit, de la raíz a la copa.

Empero, este acoplamiento, este contacto absoluto entre el hombre y la tierra no ha sido logrado aún en su máxima realidad. Todo el esfuerzo de la historia, desde los más remotos tiempos, ha tendido hacia esta meta que importa para la criatura humana la acomodación de su ser al punto focal de su propia vida, que debe alcanzar así la plenitud de su sentido ascendente. Si no ha estado del todo abajo y absorbido toda la esencia de su densidad, no puede estar, tampoco, nunca completamente arriba, no puede fulgurar y florecer en el espacio.

Los éxitos de las espléndidas civilizaciones del pasado se deben a la medida en que el hombre se acopló, se unió hacia la tierra, entró en mayor y más apretado contacto

con ella. Anteo no podrá alzar los ojos hacia el cenit mientras no hunda el pie con plenitud de gravitación en el nadir.

La cultura y las civilizaciones se descomponen y se disuelven cuando han perdido su contacto con la tierra, cuando la jerarquía y el núcleo dirigente de su estructura pierden su conexión con el pueblo, con la potencia enérgica de la multitud, con el limo fecundante de la llanura. Tómanse, entonces, culturas y civilizaciones hemofílicas, en las cuales la jerarquía y el gobierno son como excrecencias parasitarias, que han perdido su función orgánica y que succionan las energías vitales de la masa en lugar de dirigirlas, conducirlas e incrementarlas.

II
LA INVERSIÓN HEMOFÍLICA

La realidad catastrófica de la cultura contemporánea se debe al esfuerzo convulsionad y gigante que está realizando el hombre de hoy para vitalizarse de nuevo con los jugos de la tierra; para restablecer el equilibrio, la retroversión ascendente de abajo hacia arriba. La jerarquía hemofílica ha matado la salud humana porque ha invertido el proceso de la Naturaleza; porque ha vuelto del revés la doble corriente directora del mundo. Los gobiernos se han tornado en oligarquía de clases; los organismos de la cultura, en cenáculos; las leyes, en reglas de excepción; la moral, en códigos de fuerza al servicio de grupos minúsculos; el arte, en camarillas de iniciados; la riqueza, en explotación de banqueros; el trabajo, en esclavitud, en vez de ser liberación de necesidades; la escuela, un privilegio. Nuestra mal es la casta hemofílica que se ampara en la *subversión capitalista* y que necesita para sostenerse organizar la metralla y la matanza colectiva, levantándose, como un muro de hierro, ante las vastas intuiciones y los anhelos vitalizantes de la multitud. ¿Qué estructura jurídica es ésa que mantiene minorías cuyos intereses no son los intereses de la multitud, del pueblo, de la tierra: ¿Qué hay detrás de esa mampara de fuerza que se niega a traducir en la vida pública del mundo las aspiraciones y los anhelos de la masa? ¿Qué significan esos gobiernos que se olvidan de gobernar, de conducir y dirigir para sólo usufructuar el privilegio?

La respuesta es hemofilismo de nuestras organizaciones políticas, económicas y sociales; la inversión de la jerarquía que ha renunciado a todas sus responsabilidades de dirección y de gobierno y que ha multiplicado sus privilegios y sus gajes. Es el renunciamiento a la función que la justifica. La sangre se dispara fuera de las arterias porque se ha empobrecido y se ha tornado hemofílica.

Así como la inversión sexual es un caso patológico del individuo que se llegara a generalizarse echaría a perder el porvenir de la progenie humana, la inversión de la jerarquía es, también, un caso patológico en la historia y no puede prolongarse más allá de cierto límite sin poner en peligro el planeta entero como fuerza ascendente y progresiva. Necesario es que vuelva el equilibrio, que surjan esos períodos de repulsión como el que vivimos actualmente; que se haga reversible la desviación en enmienda, el dislocamiento en rectificación saludable.

III
EN POS DE LA MÁXIMA DENSIDAD

No es una casualidad que el antiguo indio peruano haya vivido, en cierta manera, bajo el signo de la *Pacha-Mama,* la Madre-Tierra, toda nutridora y paridora de todo. Hasta el sistema de su alimentación fue esencialmente terrestre. La papa, el camote, el olluco, la yuca, la oca son, más que ningún otro alimento, fruto de la entraña de la tierra, raíces y tubérculos que extraen de la gleba, del limo geológico, sin cualidades nutritivas. El más grande agricultor del mundo ha sido, sin duda, el indio peruano, porque ningún pueblo entregó al disfrute del hombre una tan inmensa variedad de productos alimenticios, pero, la mayor parte, productos terrestres, en contraposición a los alimentos esencialmente solares, que fructifican al aire y al sol, envolviéndose en los fluidos de la atmósfera.

El hombre latinoamericano es el hombre que se encuentra más pegado a la tierra, a la capa mineral del globo, a ese estrato duro y pétreo en el que parece que la materia hubiera alcanzado al nadir de su densidad. *Hombre-mineral,* le llama al latinoamericano una de las mentalidades más potentes del mundo, es decir, criatura alimentada, sostenida y procreada por los jugos terrestres. En ninguna parte como en América, el mundo abisal e inferior ejerce un tan poderoso imperio sobre el hombre; más, en ninguna parte, tampoco, del mundo, el hombre tiene la posibilidad de expresar en mayor grado la potencia inmaterial del espíritu, porque se ha apoderado y está dominando el material más denso y, por eso, el más rico en capacidad de expresión humana, en potencia traductora de esencia terrestre. Es la antigua fábula de Anteo, el cual se vigoriza a condición de su terrenidad; es el símbolo de la cometa que se remonta al espacio, gracias al hilo que la retiene pegada al ombligo vital de la tierra.

Y el signo de la *pacha-Mama* es, también, el signo del destino latinoamericano. Aquí el abrazo de todas las razas ha sido más apretado, más estremecido y más estre-

cho que en ninguna parte del planeta; aquí han venido todas las sangres a hundirse y abrirse en el limo fecundante de la tierra, a entremezclarse para curar la hemofilia del mundo y, aquí será también, donde la multitud, con la poderosa fuerza de su gravitación, revierta la jerarquía hacia sus funciones conductoras y directoras; aquí volverá el árbol humano a nutrirse desde sus raíces hacia la copa desde el nadir hacia el cenit. Ningún continente ha acogido con más ancha recepción a las multitudes de toda la tierra. *Continente-Multitud* se puede llamar a América y, especialmente, a América Latina. De esta contigüidad y entrezclamiento telúricos de todas las progenies esta surgiendo ha surgido ya- un gran pueblo con posibilidades inauditas de nuevas y superadas expresiones espirituales. La *Multitud,* organizando y estructurando sus instrumentos de expresión humana se ha hecho *Pueblo, un Pan-Pueblo, un Pan-Mundo, un Pan-Universo.*

La planta de la civilización humana, que es la planta del espíritu inmortal, se nutre impregnándose del *humus* de la tierra, que es el limo de la Multitud, absorbiendo sus esencias vitalizantes, hundiendo sus raíces tan profundamente como le sea posible para que la fluorescencia sea en el espacio un vivo y fulgurante encaje de luz.

Si examinamos los últimos movimientos latinoamericanos, políticos, culturales, sociales, no podremos dejar de ver el soplo multitudinario que los anima, síntoma evidente de que la masa no está anarquizadas, sino conducida y emulada por un ímpetu constructivo, y que dentro de ella se forjan los hombres que en este momento son los hombres representativos de Indoamérica. Todos ellos *hombres-masa,* en el sentido positivo de la palabra, hombres de multitud y de *élan colectivo,* el tipo radicalmente diferente al hombre ingrávido de gabinete, al hombre hemofílico de academia, al hombre de invernadero literario y filosófico que esteriliza su espíritu en su torre de marfil, sintiéndose separado y distinto del *demos,* es decir, del pueblo, de la tierra.

En estos países, actualmente, el hombre de acción forja su obra y se forja él mismo con la masa; el hombre de pensamiento encuentra su discipulado en el pueblo y dialoga socráticamente con la multitud; el hombre de sacrificio y de apostolado encuentra sus hermanos en el tugurio y, junto a ellos, encuentra, también, muchas veces, el martirio, mientras las oligarquías invertidas y hemofílicas levantan con metralla la cortina de fuego que pretende impedir el ascenso vitalizante del pueblo hacia la nueva jerarquía directora y conductora de los destinos humanos; mientras el intelectual burocrático y mercenario teje zalemas retóricas a la organización del asesinato colectivo; mientras el sacerdote que se llama sacerdote de Cristo ese ser de proyección multitudinaria, por excelencia- se alía a la violencia y justifica el privilegio de la ineptitud; mientras el corchete llamado del orden impone con el fusil que el pueblo puso en sus manos, la injusticia, la subversión y el desorden organizados desde arriba por las clases dominantes.

El espíritu necesitaba que el cuerpo del hombre adquiriera su máxima densidad terrena para que el ala del pensamiento hendiera vigorosamente el espacio. Por eso, el latinoamericano se ha puesto en contacto con toda la gravidez del planeta hasta mineralizarse; con todas las amarguras y tristezas abismáticas de los estratos geológicos; con todas las lacraduras de la carne macerada y martirizada por la violencia; con todas las lacerías de la inteligencia invertida y satánica, hecha casta dominadora; con todas las desgarraduras cósmicas de la miseria y del hambre que no encuentra otro alimento que la carne de llama y la corteza seca y exprimida de los árboles silvestres; con toda la ferocidad de la Naturaleza y del hombre mismo que azotan sus huesos hasta la crepitación y el colapso de la muerte. Hijo martirizado del dolor terreno, sabrá ascender hasta las supremas creaciones del Espíritu.

El Anteo de la carne y hueso redivido, el Anteo arrancado al mito y echado a la vorágine quemante de la Vida, es el indoamericano porque ha consumado el descenso terreno hasta sufrir todas las angustias lacinantes de la materia, y de su mismo dolor extrahumano arrancará y extraerá su salvación. Sólo él supo vencer el sobrecogimiento primordial de la máxima terrenidad y sólo él supo hundir el pie sin miedo y con absoluta plenitud en la caverna negra y abismática de la tiniebla geológicas.

2º VALOR, AVENTURA Y HEROÍSMO

I
LA CARABELA DEL ESPÍRITU

Cuando la "Santa María", la "Pinta" y la "Niña" hincharon sus velámenes en el puerto de Palos, rumbos a las Indias Occidentales, en verdad rumbo a lo desconocido, el Espíritu, como en los días del Génesis, se asentaba sobre las aguas de España. Si la vida terrena asciende desde sus raíces y se expresa del nadir al cenit, la vida del Espíritu desciende desde arriba, por inspiración vertical y, luego, se alumbra por iniciativa interna del hombre. Cuando el salvaje abandona los bosques y construye su cabaña para comenzar a vivir históricamente, recoge los cantos de las riberas y la pedrisca de los roquedales y los alinea bajo el signo de la plomada que da su voz de orden de arriba hacia abajo. La plomada levanta la ciudad, forja

el ágora y permite al pensamiento que venga a insertarse en la conducta y en las acciones de los hombres.

Cuando el hombre está ya impregnado de los jugos de la tierra y ha recogido todos los materiales de expresión y está lista para cumplir su destino último, se cumple, también, entonces, una obra de sacrificio y el Espíritu desciende para insertarse en una nueva concordancia cósmica y elevar a la Creación hacia una escala superior. Surge, en tan dramático trance, el Valor con toda su formidable energía creativa y ayuda al hombre a romper con su miedo, con su hambre, con su seguridad, con el egoísmo inmediato y cómodo de su contorno; le ayuda a romper sus ataduras terrenas y próximas y a lanzarse en brazos de la Aventura para conquistar un Nuevo Mundo. El Valor hace que el hombre someta a sus fines superiores su miedo animal y biológico y, solamente así, puede arrancarse de la pura terrenidad mineral, vegetal y zoológica. Por eso Cortés quema sus naves al desembarcar en las tierras de la Nueva España y Francisco Pizarro traza, en la Isla del Gallo, la línea decisiva, señalando, hacia el sur, lo desconocido, la riqueza; y hacia el norte, la miseria de la tierra ocupada y exhausta. El Valor es la prístina manifestación del Espíritu.

Mas, como el Espíritu no se expresa sino con los materiales de la Tierra, el Valor se disfraza de codicia de oro, de fanatismo religioso y proselitista, de sangre que borbota en el choque de las espadas, y sólo en las grandes altitudes de su expresión se hace apostolado e íntegro don de sí mismo. Se alza, entonces, un padre Las Casas que se enfrenta a la poderosa Corona de España a favor del indio y se yergue, como en el *Gaghavad Gita indostano* el legendario y simbólico Arjona que en la contienda contra el Mal, por mandato de Krishna (el espíritu) tiene que sacrificar en la batalla a sus hermanos, tíos, primor y parientes.

La obra del Espíritu es obra de sacrificio y no puede cumplirse sino abandonando, a veces, lo más caro a uno mismo, reemplazando totalmente con un hombre nuevo, el antiguo. De allí que la abnegación conmueva profundamente las entrañas de los hombres y, por eso, será siempre la ley suprema del Universo, porque es la fuerza de la superación, de la ascensión y de la creación. Se adquiere para dar, se recibe para servir, y si el instituto adquisitivo y de la propiedad es tan hondo y tan fuerte en el hombre, es que éste obedece, inconscientemente, a ese designio cósmico, que se traduce aún en los planos inferiores, de enriquecerse para dar sus frutos, es decir, para rendirse después a una misión superior, para sacrificarse. Y esta ley se cumple aún desde los procesos meramente fisiológicos. El alimento ingerido no se convierte en quimo y, después, en quilo, listo para asimilarse en la sangre y en los nervios, sino a condición de que la sangre misma y los nervios desciendan, en cierta manera, se sacrifiquen, le rindan su energía y su fuerza para trasmutarlo y elevarlo a un nivel superior.

La plomada gravita de arriba hacia abajo, conduce y dirige del cenit al nadir; pero, el cimiento del edificio, como la Vida, asciende, piedra tras piedra, de la tierra hacia el cielo, de abajo hacia arriba. Y sólo gracias a esta doble corriente se construye la arquitectura de las culturas, el hogar vital del hombre, su realización y su expresión en el espacio y en el tiempo.

II
COLÓN, EL GERIFALTE

En un ensayo anterior hemos dicho que América es el gran tropezón histórico de Colón, es la hija de lo fortuito y de lo desconocido, es decir, de la Aventura y, por eso, la hija del valor y de la heroicidad. Si el espíritu no hubiera tomado la iniciativa desde el hombre interno, son hubiese descendido para vender el complejo elemental y animal del miedo, América no habría sido descubierta y el mundo ignoraría su otra faz, el lado opuesto y complementario de la tierra que ahora comienza a fulgurar para el hombre.

Ante la ciencia de la Rábida, cónclave de sabios y eruditos, Colón despliega la certidumbre de su intuición, que ha tomado carne en la totalidad de su ser, que surge desde adentro y que organiza y da sentido a la vida. El no cree, como el investigador, y el científico, que la tierra es redonda, él sabe que la tierra es redonda. Es un saber positivo y fecundante, un saber creador que moviliza con el tiempo todas las fuerzas de España. El no va desde las hipótesis y los razonamientos científicos hacia la verdad. Su camino, como el de todos los creadores es inverso: va desde su verdad directa hacia las hipótesis y las razones. Se sirve de éstas para expresar, para explicar su intuición. La famosa demostración del huevo, ante el estupor un tanto escéptico y burlón de los eruditos, es el esfuerzo creador para inducir, para impregnar en los otros el carácter genial de su certidumbre. A nadie se le había ocurrido navegar hacia las Indias Occidentales, como tampoco a nadie se le ocurrió chafar el huevo por el vértice para mantenerlo derecho sobre la mesa.

Y la prueba de que él sabía y no creía simplemente, la vemos en todo el trayecto d5ramático de la navegación. Las tripulaciones, cuando se encuentran ante la soledad insondable y amenazadora del mar, se rebelan varias veces contra ese loco y soñador que las conduce hacia el sacrificio y hacia la muerte. Pero el saber de Colón impo-

ne su autoridad y su fe, los velámenes avientan su turgencia audaz, como el anhelo del Caudillo, hacia Occidente,; unos pocos días más y aparecerán las aves, mensajeras de la nueva tierra.

Colón es el primer gerifalte de España y es, también el prototipo de toda esa progenie de gerifaltes ultramarinos que levantan el ala, hacia el otro lado de la tierra, para insertar en el Nuevo Mundo, resignado en su insularidad milenaria, la iniciativa aventurera del Espíritu, va a incorporarse en América buscando nuevos y mejores instrumentos de expresión y va a esperar la hora que advendrá, la hora rica, sazonada e ingente del porvenir.

III
LA EXPECTATIVA MILENARIA

El mundo hasta Colón fue un mundo contiguo; sus aristas se ligaban y se prolongaban en trayectoria ambivalente. El África con respecto a Europa no era sino la prolongación de las tierras mediterránea y viceversa. Europa, con respecto al Asia, no era sino la prolongación de Rusia hacia el Occidente. Desde muy antiguo, desde la Prehistoria, el Espíritu ensayó y realizó todas las posibles concordancias en gran estilo que podrían darse con los factores combinados de esa área conexa de la tierra. Las civilizaciones marcharon ora de Oriente a Occidente, ora de Occidente a Oriente. Las diferentes tierras estaban unidas en un sistema de vasos comunicantes, material y culturalmente.

Con América se abre una nueva perspectiva para el planeta. No todas las tierras eran contiguas; más allá de los mares conocidos existían las regiones de los antípodas, que los iniciados hindúes denominaban Ptla la tierra de las sombras, y que la Edad Media presentía en sus vasos y clarividentes ensueños.

Todo el mundo antiguo vivió bajo ese presentimiento y en el Occidente, en la Edad Media, la existencia de América se hizo realmente un estado premonitorio. Los vaticinios proféticos se multiplicaban día a día. Algunos de los códices más curiosos de las ermitas medievales forjan extensas y nebulosas disquisiciones acerca de las tierras desconocidas. Colón se hizo el instrumento, la antena más sensible de ese mensaje, que surgía de toda la humanidad conocida y que llegó a él por el camino directo de la intuición. Sólo el supo, entonces con entera certidumbre, que la nueva tierra existía.

El mundo vivía, pues, con la expectativa de América. Hacia ella confluían todas las esperanzas y todas las interrogaciones del hombre. Era el secreto milenario del Planeta que a su tiempo debido abriría sus entrañas de esfinge. Cuando Colón pegó sus velámenes a las costas de El Salvador, el Nuevo Continente comenzaba a vivir en la historia bajo el signo de la *Confluencia Universal.* Todos los pueblos y todas las razas se apresuraron a encontrarse en esta cita cósmica que los iba a fundir en un solo pueblo, presurosos de llegar a tiempo, como si corriesen el albur de no encontrar sitio en su retraso. Sólo, entonces, comprendieron, también, que su trabajo aislado y sus rivalidades circunscriptas tenían un objetivo común, un profundo y vasto sentido humano. Diría que un Demiurgo Omnipotente en esa hora decisiva de la Confluencia, reunía en un nódulo mancomunado todos los hilos dispersos de todas las razas, para luego, proyectarlo en conjunto, ligados ya y soldados los pueblos en su ajuste preciso, hacia la tarea del futuro.

IV
BAJO EL SIGNO DE "INTI"

Si el antiguo indio peruano vivió bajo el signo de la *Pacha Mama* , toda nutridota y paridora de todo, también vivió bajo el signo de "Inti", el Padre-Sol, que todo lo vivifica desde arriba, que todo lo preside y rige, y que desciende en sacrificio hacia la tierra para fecundarla con su energía creadora. Si el cuerpo y el ánima del latinoamericano están amasados con los materiales que han alcanzado la máxima densidad terrena, si la tierra los ha procreado con sus jugos más entrañados y si de sus abismos geológicos geológicos han surgido, tras de angustias sin cuento, hacia los bordes de la luz, el Espíritu que preside su destino creativo, su *Logos Spermátikus,* que decían los griegos, procede del Sol, de Inti, que a su vez fecunda a todo el Universo.

Nunca, como en este caso, la función docente y conductora de los mitos de una raza, se proyectan con tan largo alcance hacia el porvenir. En realidad, ellos encierran una sabiduría tan profunda que el tiempo se encarga de realizar y descubrir su sentido simbólico. Si no tuviéramos ya otros ejemplos aleccionantes en la historia de los diversos pueblos, la vida de América sería un caso extraordinario de esta verdad, tomada a veces por los espíritus superficiales con harta ligereza.

La fiesta del "Inti Raymi" era la fiesta principal del Incario porque ella simbolizaba la fuerza fecundante, bajo la cual vivía y se desarrollaba el Imperio.

Por eso, el descubrimiento de América se hace, también, bajo el signo del Valor, que es la primera manifestación del Espíritu, venciendo la terrenidad circundante del hogar materno, es decir, venciendo el miedo elemental y biológico, el miedo animal y próximo al egoísmo. El

Valor se echa en brazos de la Aventura, porque el hombre al buscar algo nuevo que rebase el límite de su horizonte familiar, va hacia lo ignorado, hacia lo desconocido, hacia el peligro. Y después cumple y remata la obra de creación, solamente gracias al Heroísmo que vence la flaqueza de la carne, que salva y sortea el peligro; que sabe mantenerse erguido contra los abrojos y las espinas del destino.

Valor, Aventura y Heroísmo, he aquí lo que trajeron a América esos gerifaltes de la Península Ibérica, que hendieron el mar hacia la caza de un Nuevo Mundo. Valías absolutamente viriles que raras veces y en raros momentos de la historia se encarnan íntegramente en el alma colectiva de un pueblo.

En verdad, cuando la "Santa María", la "Pinta" y la "Niña" zarparon del pueblo de Palos, el Espíritu, como en los primeros días del Génesis, flotaba fulgurante sobre las aguas de España.

3º PLASTICIDAD, COLOR Y CANTO

I
EL MILAGRO ESTÉTICO

En ninguna raza como en la negra, el cuerpo es la traducción más cercana del alma, de la *siquis* interna, de la estructura emocional, pasional y sensitiva del hombre. En ella el ritmo interior se hace línea ondulante y gallarda; se hace masa plástica y viva en la elegancia de la cabeza, en el esguince airoso del torso, en la melodía columnaria de brazos y de las piernas; se hace color en el juego múltiple y complejo de la luz, que envuelve y fluidiza el cuerpo, que le torna cambiante y flexible, elástico y dúctil, imprimiéndole el sello supremo de la gracia. La línea y el color, trasmutados al plano de la música, se hacen vibración, se hacen nota, se hacen canto, ese grito interior del alma que se esparce hacia los cielos como florescencia melódica del sonido.

Ortega y Gasset ha dicho, con penetrante inteligencia, que en el español el alma está más ligada al cuerpo que en las otras razas europeas y que a ello se debe que éste tenga una mayor impregnación de vida, que sea más fluyente y armónico, y que no haya en él esa dislocación, esa quiebra, ese desgarbo corporal que se observa, con frecuencia, en las razas del norte. Y ello es cierto por la cantidad de sangre africana o árabe que hay en el pueblo ibérico. No en balde los franceses piensan que Europa acaba en los Pirineos. Y lo que se dice de España puede afirmarse, en mayor o menor grado, de todos los pueblos meridionales o mediterráneos cuyas aristas litorales se rozan con las aristas africanas.

La estética en los otros pueblos es una proyección objetiva del alma en la obra. Tiene una realización periférica y externa que, luego, se torna estática porque se ha desprendido de su centro vital hacia fuera. Es la realización estética hecha para la contemplación y el goce fuera del hombre mismo. Es el valor estético congelado, fijado en un límite intransmutable, en el límite que le fijó el poder creativo del artista. Es la belleza pasiva y sin iniciativa ya para superarse, para transformarse, para seguir creándose y viviendo en cada instante. En las otras razas la estética es literatura, es pintura, es escultura, es arquitectura, es música. Siempre una obra técnica que se desplaza fuera de sí, pero no el hombre mismo que se fluidiza en su cuerpo y en su alma, incesantemente, a cada paso, en una perenne improvisación creadora. La vida estética del negro es su ser mismo que no se desplaza jamás de su centro vital y que vive perpetuamente, vibra y se construye en todos los instantes, se expresa movilizándose siempre al porvenir. Es un presente eterno que no muere porque está ubicado entre el "acaba de ser" y el "no es ya", para ser, luego, otra cosa distinta y viva, impregnada de expresión y, por tanto, de belleza.

Por eso el arte supremo del negro es la danza y el canto, ambas formas estéticas que no pueden cumplirse sino con el concurso del cuerpo, como que surgen de sus tejidos y de sus células mismas. La danza que es ritmo haciéndose línea y movimiento, tornándose en armonía plástica, trasmutándose en color y en luz, realizándose viva en el espacio, trocándose en nota musical, en sonido melódico. Nota, línea, plasticidad, movimiento, color, luz; he aquí la gama estética del negro a través de su cuerpo, instrumento dúctil y vibrátil, como la cuerda de una lira.

Es la raza que realiza en plenitud el milagro estético por excelencia. La plasticidad estatuaria de su cuerpo resurge de la entraña misma de la Vida y muestra cómo puede llegar a ser el cuerpo del hombre instrumento armónico, dócil y dúctil de las más profundas irradiaciones del Espíritu.

II
BAJO EL SIGNO DE VENUS

La pura terrenidad biológica, la estructura pasional y sensible del hombre, en el negro ha logrado equilibrarse, de tal suerte, que ha llegado a construir una ecuación estética, una expresión de tal suerte. La *libido* primitiva, ha encontrado una fórmula en que los diversos elementos de la existencia animal se han trabajo armónicamente, se han hecho equidistantes y orgánicos, han hallado una conformación equilátera y concordante. Gracias a

esta maravillosa coordinación biológica, reverbera en la parte física y ésta, a su vez, es la fulguración de aquélla. Si el indio peruano vivió en su terrenidad biológica bajo el signo de la *Pacha-Mama,* la terrenidad del africano ha vivido bajo el signo de la Venus griega, la Venus Afrodita, en su encarnación de ébano y dentro de la atmósfera caliginosa y ardiente del trópico. Ha elevado la terrenidad a su máxima expresión estética. Raza procreante, pero, armoniosa y bella; raza de una lujuria potente, pero, de una lujuria que se torna melodía y canto.

Cuerpo troquelado en las selvas ubérrimas del África y que se han plasmado, a lo largo de los siglos, envuelto y penetrado por los efluvios de la tierra canicular. El Sol vertical se ha infiltrado en sus tejidos, los ha hecho elásticos y flexibles; tejidos cenitales que se despliegan reverberantes en su modalidad expresiva.

Raza en que la forma lo es todo, porque como en ninguna otra, la forma humana es alma. El negro no comprende el mundo por abstracción sino como realización concreta y tangible. Para él, el espíritu es materia, tanto como la materia es espíritu. Hasta sus concepciones trascendentales están penetradas de vida y encerradas y realizadas en una forma. El mundo es una vasta coordinación de formas que revelan su sentido último. No existe el espíritu independiente, abstraído, desplazado y proyectado fuera del mundo. Hasta sus dioses mismos son dioses concretos, percibibles al tacto y a los sentidos ordinarios. El africano es de un agudo sentido realista y trascendido de vida por todos sus lados. Sus "tabú" y sus "tótem", si bien provistos de formidables potencias mágicas, son, eminentemente, formas actuantes que operan tangiblemente, como con la mano.

El negro ha vivido bajo el signo de Venus, la diosa del amor y de la belleza porque es la diosa de la forma. La verdad para el negro es la Belleza, y el mundo es sólo verdadero y tiene un sentido porque es bello. Donde hay una dislocación y una quiebra no hay Vida para él, porque la Vida en concordancia, es armonía, es ritmo que se actualiza y se hace plástico en una forma.

III
CAMINO DE CRUCIFIXIÓN

La hora en que zarpó Colón del Puerto de Palos hacia las Indias Occidentales, fue, también, la hora cósmica de la crucifixión del negro africano. Llegada fue la tercera hora de la agonía para el Cristo de ébano y encendida la hoguera en el ara del sacrificio. En esa hora debió estremecerse el alma colectiva de la raza con sobrecogimientos inauditos y pavorosos, allá en el Continente de los trópicos y cercada por sus selvas milenarias que parecían inaccesibles a las pisadas del blanco.

Para el indio, fue la esclavitud y el aherrojamiento en su propio suelo; para el negro, la esclavitud y el aherrojamiento en el exilio. El buque negrero colmaba sus sentinas de abundante cosecha humana e hinchaba sus velámenes, rumbo a las Indias, donde trocaba su pesca con las riquezas de El Dorado fantástico. Galeras cargadas de gemidos y de angustias; trenos y lloros por la tierra amada que, cada vez, se alejaba, más y más, perdida en las brumas del horizonte. Núbiles doncellas que dejaban allá sus amores y sus hogares, niños adolescentes que apenas habían tenido tiempo para recoger en sus pupilas el esplendor de la luz africana. Era el éxodo de un pueblo hacia la esclavitud dentro de una sociedad regida y presidida por la cruz cristiana.

Fue inmenso el sacrificio del negro, pero, fue, también, inmenso su aporte a la nueva progenie. Llevó lo que nadie podía llevar; el milagro vital de la estética, el milagro de la sangre destilada en el ritmo, en la armonía y en la gracia del mundo. El rindió en el seno prolífico de América, lo que le había costado milenios de trabajo en el plasma del hombre. El fue a poner esa floración maravillosa de su cuerpo y de su alma en el crisol ardiente del planeta que iba a fundir el metal humano de la nueva progenie.

Y así, una vez más, se cumplió el sacrificio de la terrenidad para la expresión del espíritu. Llegó para el negro la tercera hora de la agonía, pero llegó, también, para América una categoría vital que ha de volver para el mundo en nuevas, superadas y espléndidas floraciones.

Bajo el látigo misericorde del caporal que levanta túrgidas dolorosas a cada golpe de la fusta, el milagro del torso armónico y vibrante se alzaba en los vastos campos de arroz o se perfilaba en los sembríos rumorosos de la caña de azúcar para notificar la presencia del África estética en la vasta obra humana que comenzaba.

IV
EL DESQUITE DEL ÁFRICA

América inició su vida nueva dentro de la algarabía y de la muchedumbre de todas las razas del planeta; bajo la babélica confusión de todas las lenguas y de todas las sangres. Las diversas filiaciones étnicas comenzaron a convivir bajo la fusta imperiosa y tiránica del blanco. Comenzaron a forjarse los pueblos, se roturaron los campos, se abrieron las selvas y los bosques, y se levantaron las ciudades. La obra de fusión, imperceptible, invisible casi a los ojos físicos, pero, segura, eficaz y cierta, también comenzó su grandiosa tarea cósmica de creación.

El blanco no había aprendido a dominar su cuerpo, como el negro, hasta convertirlo en la expresión directa y fiel de su conformación síquica interna. Sobre todo, el blanco sajón y el francés que ocuparon Estados Unidos y el Canadá. Por eso, su cuerpo no podría trasladar íntegramente su alma, cuya modulación principal y más fina se quedó en Europa, pegada al claustro materno de la raza. El negro, en cambio, tenía una estructura síquica completamente individualizada y un caso corporal que la contenía en integridad y en plenitud. Verdad que el alma del blanco era más compleja y, por ello, más difícil de encarnarla en su totalidad, pero, dentro de su nivel, la realización del negro era mucho más perfecta. Así se explica que el alma del negro se traslade a América junto con su cuerpo y que sea en Estados Unidos una realidad viviente de mayor potencia creativa que la del blanco.

Así se explica, también, que el arte norteamericano denuncie, al primer golpe de vista, su filiación africana, y que en Cuba y algunos otros países de América Latina el acento negro haya llegado a traducirse, a veces, en expresiones poéticas verdaderamente profundas.

La música norteamericana es casi por completo africana, música selvática y primitiva, música sincopada que refleja el contrapunto de la Naturaleza y el traumatismo sinfónico del Trópico. De hecho, la intimidad del norteamericano no tiene, por ahora, otra traducción que el ritmo de los *jazz* y de los *fox,* ritmo sincopado y traumático, que carga en sus baterías la estridencia de las selvas. El norteamericano en el amor dice, con la gramática y con el léxico inglés: "I love you", "Give me a kiss", "I give yoy my heart", nombre s también de algunos de sus fox más populares, pero, el alma, la vibración interna, la acentuación íntima que pone en sus palabras, es negra, africana; engolas, mozambiques, congos, ugandas… Y ése es el desquite del negro tras de varios siglos de crucifixión, desquite cósmico, como su sacrificio, desquite en el momento mismo en que los *ku klux klanes* consuman crímenes repugnantes e ignominiosos, y que en los restaurantes, los ferrocarriles y los hoteles, los teatros y las universidades se dividen en secciones de blancos y en secciones de negros.

Sólo su hermano de esclavitud y de dolor, el indio, comparte con el negro, la estructura, la conformación síquica de América. Pero, es porque el indio se quedó con su cuerpo y con su alma en su propia tierra. Y los dos ritmos son los únicos instrumentos. Ambos se destacan ya, hermanados en la tragedia, en la floración del canto. La melancolía y la nostalgia doliente del indio, junto con la lujuria triste y plástica del negro. Música que se habla y se articula como una frase en una oración gramatical, articulación lenta y cansada de angustia; o hablar que se musicaliza y se arrastra, se glisa y se enerva en el dolor y en la voluptuosidad de los sufrimientos y la tragedia.

Es el buen desquite del África. No el desquite brutal y torpe de la fuerza, sino aquel otro, más sutil pero más poderoso, de imponerla la modulación de su alma, de regalarle su riqueza expresiva para sus propios amores y decirle a su opresor y despreciador secular: *te notifico que cuando estés ya en la capacidad y en el trance de crearte un arte propio, un arte tuyo que no se confunda con el europeo, tendrás que partir de mí y sólo de mí.*

Y en verdad, no hay otra salida para América que partir del arte indio o partir del arte negro, porque el blanco fue incapaz de trasladar el alma de Europa, por falta de maduración y gravitación corporal y anímica.

4º SABIDURÍA, INTUICIÓN Y MISTICISMO

I
EL ALUMBRAMIENTO DEL ESPÍRITU

Durante largos milenios en que las edades galoparon en la Tierra, durante evos innumerables y distantes, el Oriente fue preparando los instrumentos de su expresión, afinando su cuerpo y su alma con los materiales más acendrados, más dúctiles, más vibrátiles, como si se tratara de una celeste arpa eólica, presta a traducir las armonías más sutiles de las otras esferas. De ciclo en ciclo, la tarea fue perfeccionándose, entre angustias y sobrecogimientos desgarrados, ascendiendo, paso a paso, la espiral simbólica, la fúlgida "escala de Jacob" que dice la Biblia. Tras de evoluciones e involuciones sucesivas, resurgía del Caos hacia la Vida y tornaba de la Vida hacia el Caos, llevando siempre latente todas sus disquisiciones anteriores y todas sus posibilidades y potencias futuras. Así construyó el Oriente el instrumento más flexible y rico que haya tenido hasta ahora la humana progenie para alcanzar una de las expresiones más recónditas y maravillosas del hombre.

Durante los primeros milenios la lucha contra la animalidad primordial, que acaba de surgir potente de los senos del Cosmos, ocupó toda la energía legendaria de la criatura humana. El hombre trabajó incansablemente; primero, en su plasma físico, adaptándolo a todas las modalidades de temperatura y clima, haciéndolo resistente a todas las vibraciones telúricas, aguzando sus sentidos para las percepciones más sutiles, construyendo un sistema nervioso capaz de traducir el registro íntegro de su estructura pasional y sensitiva. Después, perfeccionó su alma que estaba destinada a ser un instrumento supe-

rior de expresión, pero, en íntima concordancia, en ligamen correlativo y profundo con su cuerpo físico. Esta segunda tarea fue más larga, más onerosa y más difícil porque el elemento que manipulaba era frágil, quebrantadizo, evanescente, impalpable.

Pero, la concordancia del alma con el cuerpo en el oriental aspira a una síntesis superior y más profunda de la Vida. En el negro fue una síntesis de primer plano, una síntesis plástica inmediata y tangible. Para el negro, el mundo principia y acaba en la Belleza, es decir, en la forma; para el asiático, el mundo principia y acaba en la Verdad, es decir, trasciende de la forma. Y así como el negro tuvo a través de su cuerpo y de su alma la experiencia estética, el oriental hizo de su cuerpo y de su alma, instrumentos experimentales capaces de darle la certeza de la Verdad y del Espíritu. Por eso es que el *yogi* aspira al dominio absoluto de su cuerpo físico y de su estructura emocional, pasional y sensitiva, no para aniquilarlos, sino para convertirlos en vehículos directos y flexibles de su más íntima y recóndita realidad espiritual. Esa es la experiencia mística de que nos hablan los iluminados de todas las confesiones religiosas.

Sólo cuando los instrumentos corporal y anímico hubieron alcanzado un determinado nivel de perfección, comenzó a alumbrarse en la conciencia del tercer elemento del hombre, el elemento creador de la historia, el elemento fecundante por excelencia, el elemento que toma la iniciativa en las grandes transformaciones del mundo. Surge, entonces, lo que se ha llamado la *conciencia de vigilia,* la conciencia absolutamente despierta, y el hombre alcanza una nueva dimensión del conocimiento y de la vida.

Este hecho inaudito ocurre, por primera vez, a lo que alcanza nuestra información histórica, en las tierras milenarias del Asia, que estaban destinadas a dar el primer paso en esta empresa decisiva.

II
LA CONQUISTA DE LA VERDAD

Si para el negro africano el mundo es la Belleza porque su ser logra una plena encarnación formal, para el asiático el mundo es la Verdad porque la forma es ilusoria, es *Maya,* es un simple vehículo, una mera revelación, un reflejo empañado de ella. "De lo irreal llévame a lo real", es la plegaria por excelencia de la religión hinduista, porque la forma es apenas el débil destello y, por lo tanto, la versión engañosa y preciara de la recóndita realidad del espíritu. No quiere decir esto que la forma no exista en el plano objetivo o que no debemos contar con ella, sino que no puede nunca traducir completamente la esencia profunda de la Verdad, a la manera como el virtuoso no alcanza a traducir en su plenitud el sentido último que puso el artista creador en su obra.

Así se comprende que el centro vital del Oriente resida íntegramente en la sabiduría. Para su ser es una necesidad vital alcanzar el sentido último, la fuente primigenia, no sólo de la existencia humana, sino de la existencia total del Cosmos. Tiene hambre y sed de conocimiento directo porque el hombre en su esencia es un Pensador, un conocedor de la Sabiduría; porque, según el oriental, el Verbo creó el mundo y el Universo es hijo del Logos, porque el hombre mismo es una emanación del Logos, que preside las evoluciones y las involuciones de los mundos, a través de los *Palpas*, a través de todas las edades y ciclos de evolución. Mas, para el oriental, el Espíritu no es producto de la mera disquisición intelectual, de la mera especulación teórica y racional del cerebro; para él es una verdad experimental, un hecho vivo, él ha visto cómo ve el científico el microbio a través de su microscopio; sólo que su instrumento de comprobación es su campo síquico que ha logrado dominar y manejar, como el anatomista domina y maneja el estilete y el microscopio para sorprender la constitución de los tejidos y la estructura de la célula.

El oriental afirma la realidad del Espíritu a través de la experiencia. El éxtasis, el *Samadhí,* no es la plenitud de la comprobación y de la visión directa. De allí que él hale siempre de una ciencia del Espíritu, y no de una mera especulación o divagación metafísica y arbitraria, a la manera como se entiende generalmente en Occidente. De allí, también que los grandes fundadores de religiones tengan un agudo sentido realista, un extraordinario sentido político, porque ellos jamás suprimieron las realidades corporales y síquicas del hombre sino que las incluyeron en su doctrina y en su acción proselitistas. Así lograron constituir el cuerpo de sus iglesias y estructurar sus enseñanzas en el mundo, como hechos vivos e históricos.

El *dominio de sí mismo,* el sometimiento de las fuerzas corporales y síquicas, como medio de llegar a su expresión última y suprema, he ahí el objetivo principal de todo el Oriente. La ciencia del *Yoga,* es decir, la ciencia de la Unión con el Todo, la trasmutación de lo particular en lo universal, que es la ciencia de la Sabiduría, es, también, la ciencia del Ptanjali, cuyo sutilísimo y penetrante análisis del yo, no ha sido aún superado, en algunos aspectos, por el Psicoanálisis. Y este dominio de sí mismo que hace al hombre dueño de sus fuerzas interiores, es predicado y enseñado a sus discípulos, lo mismo por Buda que por Confucio, lo mismo por Lao Tse que por

Rama Krishna, lo mismo por el Vendante que por la filosofía Sankhya y por todos los demás sistemas filosóficos de la India.

III
SABIDURÍA Y PODER

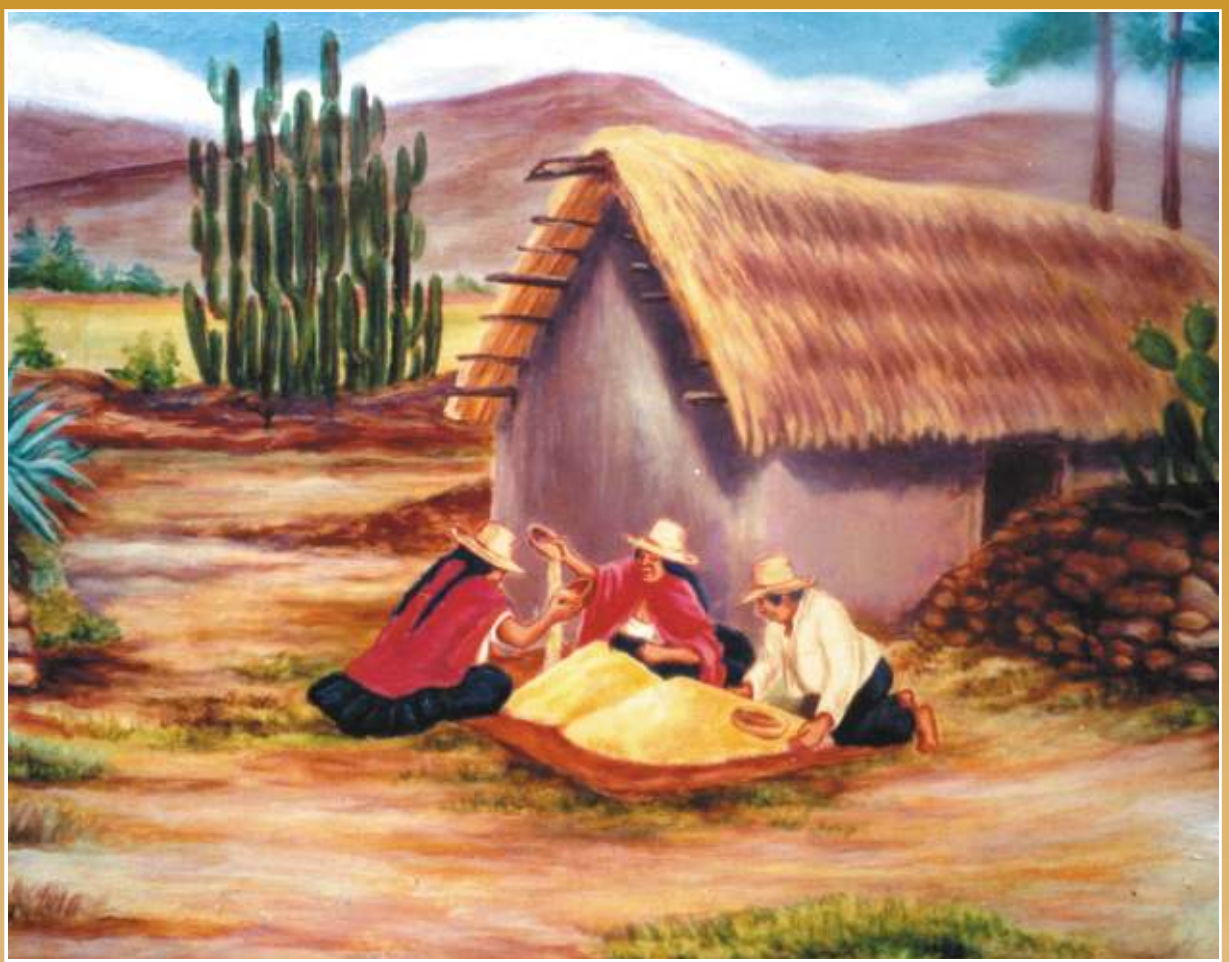
En el Occidente la sabiduría consiste más que en la posesión de la verdad, en la investigación, en la rebusca de ella. Más que la meta, que sabe ya de antemano que es inaccesible, al científico le atrae la voluptuosidad del camino hacia el conocimiento. LEl sabio occidental siente la *embriaguez* del camino. La ciencia es, hasta cierto punto, hedonista, sensual, voluptuosa y, en algunos casos en aquellos que encarna mejor este espíritu-, es casi báquica y orgiástica. De allí, que la facultad racional haya sido elevada hacia el pináculo de la inteligencia y que haya usurpado todas las otras valías esenciales del ser humano. Más que la verdad, a Europa le ha interesado siempre la demostración de ella, el camino lógico, la prueba y la contraprueba del proceso. Nunca el mundo discutió más, con mayor superficialidad y esterilidad, que en el llamado Siglo de las Luces o en el Medioevo con la Escolástica. Todavía se sigue ergotizando sin alcanzar verdad sustancial alguna en el orden de la creación, de la superación y de la vida misma. El único tipo de realizar en Occidente ha sido el técnico, y el técnico industrial sobre todo, que ha sabido aplicar a la vida colectiva, hacer carne cotidiana y sabiduría práctica, los descubrimientos de la ciencia. Los inventos más eficaces han sido realizados, no por científicos puros en los laboratorios, sino por el tipo del hombre técnico en el tráfago cotidiano y en la vorágine práctica de la vida. El técnico es el verdadero constructor del mundote Occidente, el realizar de su espíritu y de la misión que le asignó la historia. En el futuro, cuando se quiera comprender esta etapa de la vida humana, se verá en el técnico el hombre representativo de nuestra época, el hombre que la define y la significa en su máxima totalidad.

La sabiduría en Oriente es, sobre todo, Poder. El saber oriental no sólo es información externa y eruditismo impotente es capacidad práctica de realización, es facultad vitalizante y creadora. La sabiduría arranca desde los estratos más profundos del ser y lo compromete en su totalidad interna y en su contorno periférico. La verdad para él no es algo externo, como la verdad científica occidental, que se puede encontrar en los libros y en las enciclopedias, sino una determinada conformación del ser mismo con el Universo. El sabio oriental no busca la Verdad sino que la posee, la lleva en sí mismo. El temperamento religioso de Oriente, por ejemplo, realiza en la vida su concepción de la divinidad, su verdad religiosa, y cuando se trata de personalidades excepcionales, funda religiones y encarna doctrinas. Lo mismo se puede decir del artista, del estadista, del apóstol, de todas las actividades humanas creadoras del hombre.

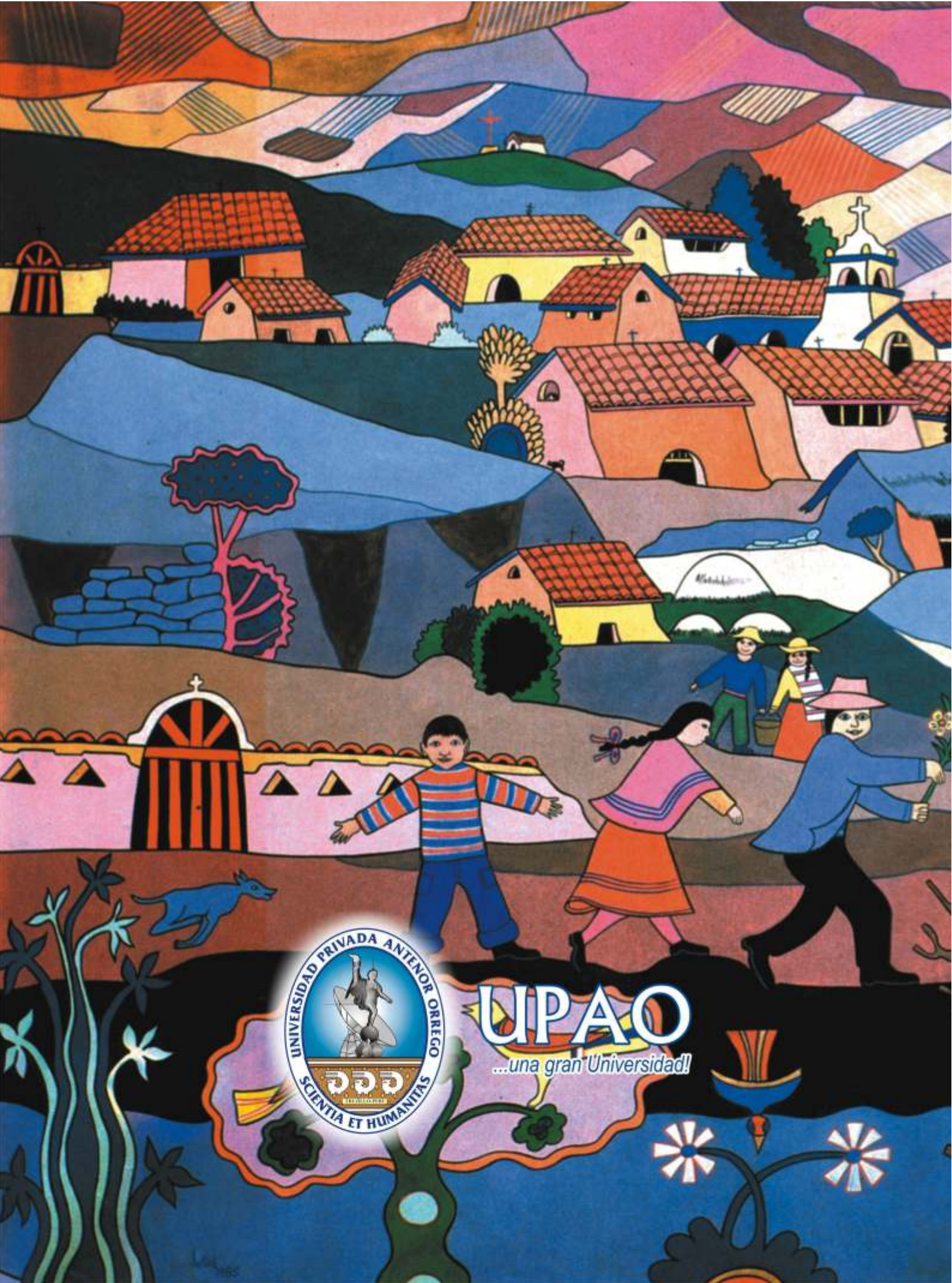
El oriental encuentra la Verdad en sí mismo, en las profundidades de su ser, en su propio espíritu, que es la gran fuente creadora del hombre. Es una sabiduría intransferible porque es la coordinación, la ecuación vital de su espíritu con el mundo. Los libros no le dan la Verdad sino que, a lo sumo, le facilitan su comprensión y su alumbramiento en sí mismo. El maestro no trasmite la Verdad, como un don, sino que pone al discípulo en el camino de hallarla en su propio ser. El antiguo lema del Oráculo de Delfos: "Conócete a ti mismo", antes que en los griegos, era practicado y vivido en todos los pueblos orientales, porque en realidad, de allí emanaba su más profunda sabiduría.

En el Occidente hemos tardado algunos milenios para comprender esta enseñanza y, aún no está del todo comprendida; por eso, muchas de las llamadas verdades del Oriente las calcamos al pie de la letra, porque no hemos comprendido el espíritu de la enseñanza. El Oriente tuvo su Verdad como conjunto colectivo, tuvo realizaciones espléndidas en sus pueblos y en sus razas, pero, la Verdad nuestra es distinta que la del Oriente, porque nosotros tenemos otra misión histórica, tenemos otro ser y otras realizaciones.

Por eso, el grito que surge del Oriente hacia América es: "Conócete a ti misma", apodérate de la realidad íntima de tu ser, coordina tu alma y tu vida con el alma y la vida universales y sólo por ese camino llegarías a tu Verdad, que nadie te la puede dar, que Europa note la puede trasmitir como regalo de maestro, sino que tú debes hallar en tu esencia más acendrada, en tu fibra más recóndita, en tu seno más íntimo. Por ese camino llegarás al Conocimiento y a la realidad de de tu misión histórica; sólo por allí alcanzarás la Sabiduría y con la Sabiduría a la Verdad, y con la Verdad, el Poder. Sólo, entonces, serás una raza creadora, es decir, una raza que Sabe y que Puede; solo entonces no serás una redundancia en la historia del mundo porque lo habrás enriquecido con una realización nueva, y tu mensaje será una palabra sagrada y prolífica para los hombres de todos los tiempos y de todas las latitudes.



"La minga"


UNIVERSIDAD PRIVADA ANTENOR ORREGO
SCIENTIA ET HUMANITAS
UPAO
...una gran Universidad!